



Bodleian Libraries

UNIVERSITY OF OXFORD

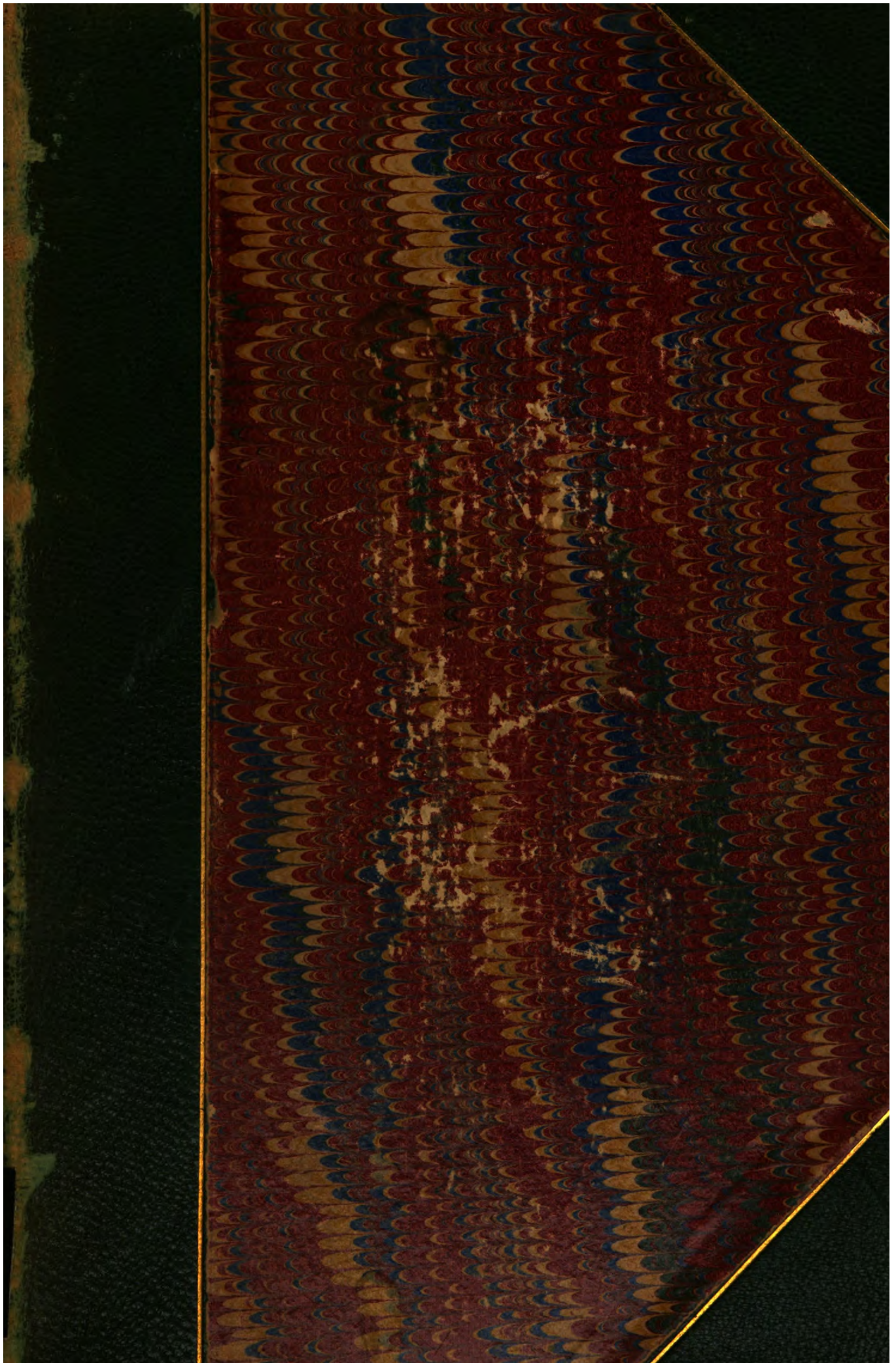
This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

For more information see:

<http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks>



This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.



~~58 d. 22~~

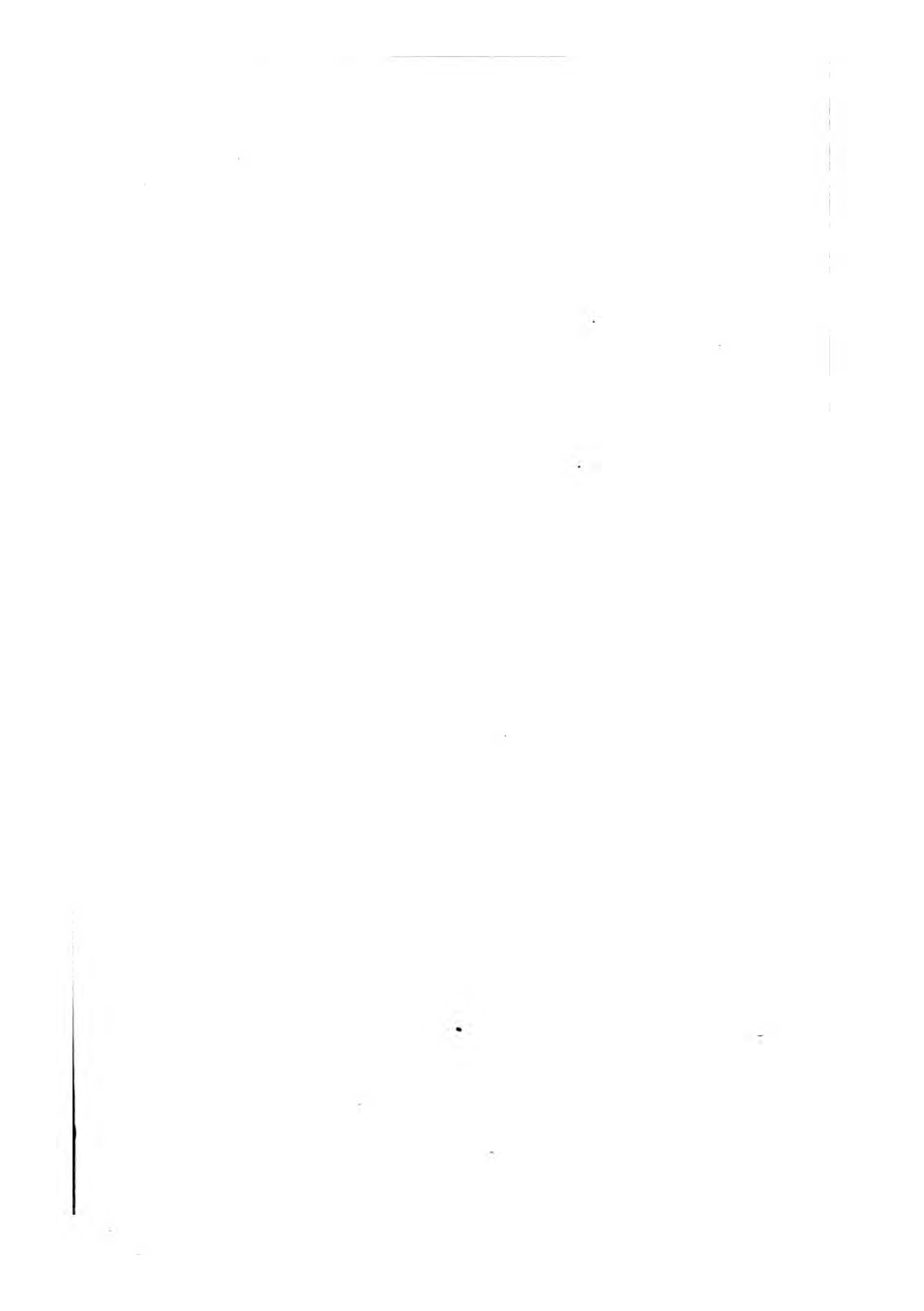
~~273 f 30~~



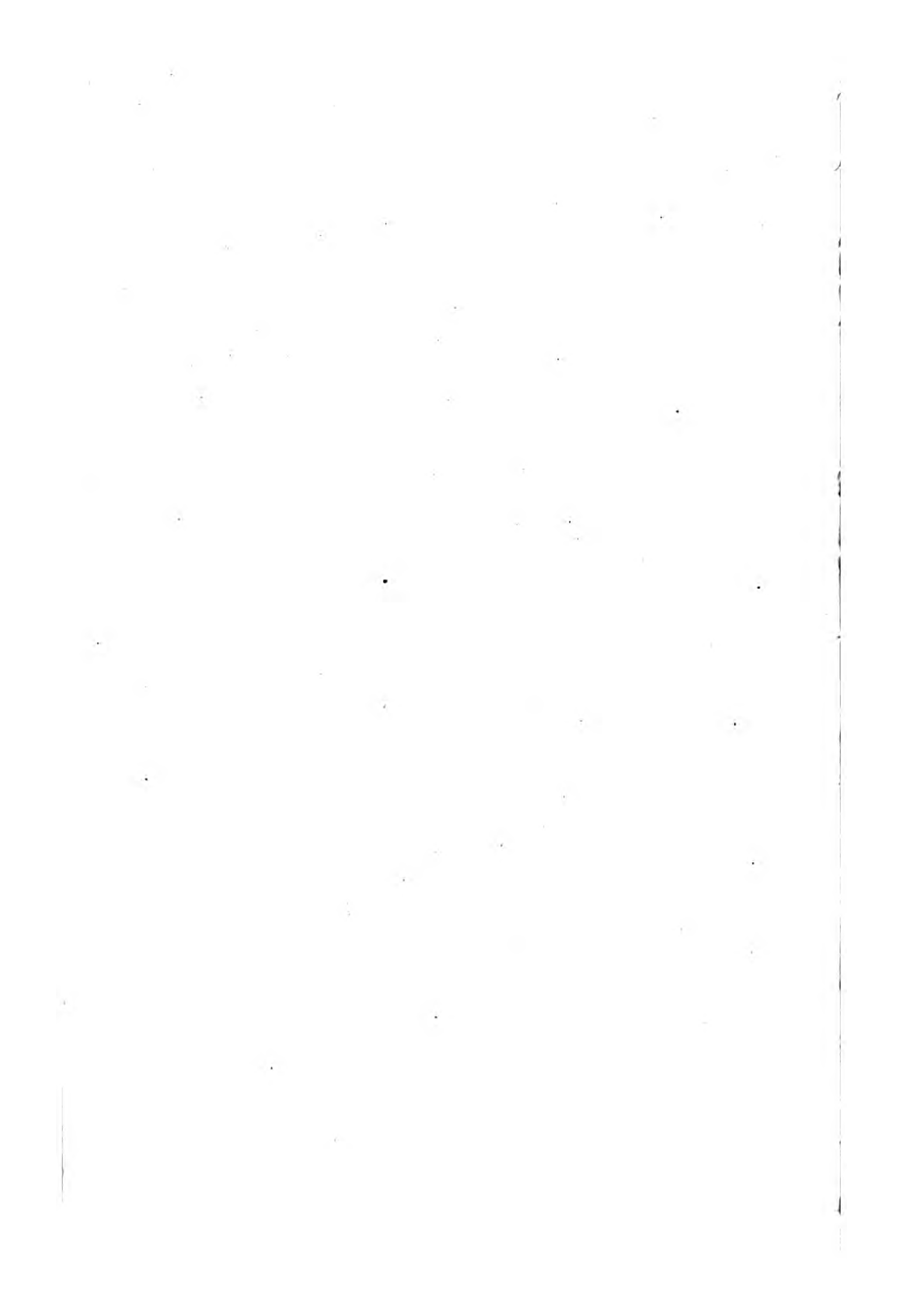
~~BSQ 8888 A.1~~

Vet. Span. III B. 407

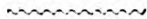




PASARSE DE LISTO



JUAN VALERA



PASARSE DE LISTO

NOVELA ORIGINAL



BIBLIOTECA PEROJO

MADRID.
Pizarro, 15, bajo.

PARIS.
19, rue de Provence.

[1878.]



Es propiedad.





PASARSE DE LISTO

I.

Toda persona elegante que se respeta debe ir á veranear. Es una ordinariez quedarse en Madrid el verano.

Lo más tónico es ir á algunas aguas en Alemania ó Francia; pasar luégo una temporadita á la orilla del mar en Biarritz, en Trouville, ó en Brighton, y acabar el verano, ántes de volver á esta villa y corte, en algun magnífico *château* ó cosa por el estilo, que debemos poseer, si es posible, en tierra extraña, y cuando no, aunque esto es ménos *comm'il faut*, en nuestra propia tierra española.

Tal es el supremo ideal aristocrático á que aspiramos todos en lo tocante á veraneo. Para realizarle totalmente se ofrecen no pocos obstáculos. Lo más comun es no tener *château*, ni algo que remotamente se le asemeje, ni en

la Península, ni en la vasta extensión del continente europeo; pero esta falta se suple ó se disimula si poseemos una casa de campo, una casería ó un cortijo, lo cual, hablando en frances, puede calificarse de *château*, sin gran escrúpulo de conciencia.

Todavía, sin embargo, ocurre muy á menudo que la familia elegante, ó con humos de elegante, carece de hogar de donde los humos procedan; esto es, no tiene ni siquiera cortijo. Si le tiene algun amigo ó pariente, la familia puede aprovecharse de la amistad ó del parentesco. Si de ningun modo hay ni cortijo, se suprime la parte meramente rústica, y se limita el verano á la parte hidropática, dulce, salada, ó ambas cosas. Quiere esto significar que, no habiendo *château* ni cortijo donde pasar un mes, se emplea todo el tiempo en los baños, aunque nadie de la familia se bañe nunca. Basta tomar las aguas por inhalacion, respirando, pongo por caso, las brisas del Atlántico en el mencionado Biarritz, en San Juan de Luz, en San Sebastian, en Santander ó en Deva.

Por último, si el afán de eclipsarse en estos meses de calor atribula demasiado, y la bolsa se halla tan escurrida que no hay ni para ir á bañarse, ó á ver la mar en Motrico, se va el elegante ó la familia elegante á cualquier lugar de la Mancha, donde á veces lo llano y escueto

y sin árboles ni matas del terreno imita la mar, y los cigarrones, los cangrejos y peces, y allí se está tomando el fresco á todo su sabor, hasta que ya es la época y sazón oportuna de volver á Madrid, sin infringir las leyes y liturgias del buen tono.

Hay familias, pero yo apenas si lo quiero creer, de quienes se asegura que por no infringir dichas leyes y liturgias, hacen como que se van de viaje, y con discreto y económico disimulo se quedan aquí, en reclusion severísima, sufriendo este linaje de martirio, para tener propicia á la deidad á quien rinden culto, que es la Moda.

Sea como sea, ya de véras, ya valiéndose de tretas y de recursos algo sofisticos, ello es el caso que en los meses de Julio, Agosto y Setiembre, apenas queda en Madrid persona conocida.

Las personas que quedan, se dice en estilo culto, que no son conocidas, para dar á entender que no son de la crema de la sociedad; de la flor y la nata. Por lo demas, harto conocidas suelen ser de los que se han ido, no pocos de los cuales, cabe en los límites de lo verosímil, y á veces de lo probable, que les deban el dinero con que se fueron, ó el calzado ó la vestidura con que se engalanaarán en los baños.

Tranquilicémonos, no obstante, y no compadecemos á las personas *no conocidas* que fia-

ron ó prestaron. Ya lo cobrarán, como es justo, incluyendo en el cobro todo lucro cesante y todo daño emergente. Más seguro lo tienen que con doña Baldomera.

En suma, y sin meternos en más averiguaciones, ni en honduras económicas ó crematísticas, Madrid en verano se queda sin su aristocracia; se queda como acéfalo, se queda como jardín sin sus más bellas flores, se queda como haza segada; parece un barbecho de distincion y de finura.

Yo lo siento y lo extraño. Madrid, desde que vino el Lozoya, ha ganado mucho, y no merece este abandono general, cuando no es verdaderamente necesario tomar aguas ó visitar la heredad ó hacienda propia, ó cuando no se posee bastante dinero para viajar por esos mundos como un nababo.

Aquí, en verano, digan lo que quieran los que no piensan como nosotros, no hace más calor que en Biarritz ó en San Sebastian; aquí, en verano, hay no pocas diversiones, más ó ménos inocentes, y no se emplea mal la vida.

Arderíus y sus bufos son baratos y entretenidos. ¿En qué aguas se encontrará un teatro como el de Arderíus? Es cierto que, desde hace poco, nos ha entrado un furor de moralidad, un púdico rubor, que todo lo condena y de todo se solevanta. Críticos y moralistas han levantado una cruzada contra los bufos. Pero los

bufos seguirán triunfantes, á pesar de todas las disertaciones morales que contra ellos se fulminen. Les sucederá lo mismo que á los toros. Hasta se puede sostener que los bufos son más invencibles. Las razones que contra ellos se aducen son infinitamente ménos fundadas.

Sublime espectáculo, sin duda, es ver á un mozo gallardo, sin más defensa ni escudo que flotante velo rojo, vestido de seda, más aderezado para fiesta ó baile que para brava y terrible lucha, ponerse delante de irritada y poderosa fiera, llamarla á sí y darle muerte pronta, cayendo sobre ella con el agudo acero. Si, por desgracia, fuere el lidiador quien en aquel instante muriere, su muerte, ya que no moral, tendrá no poco de hermosa, y la compasion y el terror que causáre estarán purificados por la belleza, de acuerdo con las reglas de la tragedia, escritas por el gran filósofo griego. Lo malo es que para llegar á este trance de la muerte tenemos que presenciar ántes el brutal, largo y rudo suplicio del noble animal destinado á morir; tenemos que ver acribillada su piel con pinchos y garfios, que se quedan colgando, si no se los arrancan con las túrdigas del pellejo; y tenemos que contemplar asimismo la inmunda crueldad con que son tratados los infelices jamelgos. Ellos sirven de diversion en las convulsiones y estertores de la agonía; derraman por la arena su sangre y sus entrañas;

se pisan al andar el redaño y los sueltos intestinos, y andan, no obstante, á fuerza de los espolazos del picador, y en virtud de los palos que sacude en sus descarnados lomos un fiero ganapan, quien innoble y grotescamente va por detras dando aquella paliza, á fin de aumentar el dolor y sacar del dolor un resto de movimiento y de energía en nu sér moribundo, que, si no tiene pensamiento, tiene nervios y siente como nosotros. Con escenas tales no debiera haber tan duro corazon que á piedad no se moviese, ni sujeto de gusto artístico y de alguna elegancia de costumbres que no las repugnase por lo groseras y villanas, ni estómago de bronce que no sintiese todos los efectos del mareo.

En resolucion, la muerte del toro es bella, si el matador atina y no pasa de dar dos ó tres estocadas; pero, francamente (hablo con sinceridad; yo no soy declamador ni aficionado á sentimentalismos), lo que precede es abominable por cualquier lado que se mire.

Repetimos, á pesar de todo, que los toros seguirán. Nosotros mismos no nos atrevemos á pedir que se supriman, porque hay en ellos algo de poético y de nacional que nos agrada. Nos contentaríamos con ciertas reformas, si fueran posibles. Casi nos contentaríamos con que no muriesen caballos de tan desastrada y fea muerte.

En cuanto á los bufos, que, segun hemos

dicho, tienen hoy más enemigos que los toros, ni reforma ni nada pedimos. Nos parecen bien como son. Casi no comprendemos la causa de la censura que de ellos se hace.

En primer lugar, los bufos son los bufos, y no son el sermón ó el jubileo. La madre que anhele conservar el tesoro de candor que hay en el alma de su hija, y hasta acrecentarle, llévela á cualquiera de las muchas iglesias que contiene Madrid, y no la lleve á oír las zarzuelas. Vayan sólo á los bufos, si tan malos son, los hombres curados de espanto, y aquellas mujeres, que no faltan, curtidas ya en todo género de malicias, ó bien las que son tan inocentes que, si alguna malicia llegan á oír, no aciertan á entenderla.

Por otra parte, yo me atrevo á sostener que en la más desvergonzada zarzuela bufa no hay la quinta parte de los chistes primaverales ó verdosos que en muchas comedias de Tirso, que en muchos sainetes de D. Ramon de la Cruz, y que en muchas otras producciones dramáticas de nuestro gran teatro clásico.

El principal motivo de la censura contra los bufos procede de una curiosa manía que, desde hace pocos años, se ha apoderado de las inteligencias más sentenciosas. Los bufos vinieron de Paris; en los bufos suele bailarse el cancan; los bufos gustan en Francia; Francia ha sido vencida por Alemania en la última guerra; lué-

go los bufos, enervando y corrompiendo á la nacion, han tenido la culpa de la derrota. Esto se ha dicho ya en todos los tonos, y sobre esto se han escrito profundas disertaciones. A nadie, con todo, se le ha ocurrido declarar que en Alemania agradañ los bufos más aún que en Francia, que en Alemania se pirran los hombres por el cancan, y que los que han vencido á los franceses no salían de zurrarse con unas disciplinas, sino de ver bailar el cancan ó de bailarle, cuando los vencieron.

En cuanto á que los bufos corrompen ó tiran á corromper el buen gusto literario, aún es más infundada la acusacion. ¿Pues qué, la música, mala ó buena, es incompatible con la discrecion, con el sentido comun, con el ingenio, con la gracia urbana y con otros requisitos y excelencias de que va ó pudiera ir adornada una fábula dramática? Si alguna fábula dramática de estas ligeras, regocijadas ó bufas, carece de tales prendas, cúlpese singularmente al autor y á su obra, y no al género todo y á todos los autores. ¿Tiene más el público que silbarla? Y si el público no la silba, sino que la aplaude, y la zarzuela es tonta, esto probará la bondad del público. Denle algo ménos tonto, y lo aplaudirá más.

Y cuando no se da algo ménos tonto, crean los críticos que es porque no hay nada ménos tonto. Si lo hubiera, se daría.

Lo que acabamos de decir parece una perogrullada; pero reflexiónese bien, y se verá que no lo es. El autor de zarzuelas es siempre autor dramático. Si escribe malas zarzuelas, peores dramas escribirá. El discurso del crítico que condena la zarzuela, despojado de tiquismiquis, es éste: «Tu zarzuela es tonta y chabacana: escribe dramas y no escribas zarzuelas.» A lo que modestamente pudiera contestar el autor: «Si escribiendo zarzuelas, que son más fáciles y tienen ménos pretensiones, lo hago mal, ¿qué haré si me pongo á escribir dramas?»

La zarzuela, además, es una cosa, y otra cosa es un buen drama ó una buena comedia, y no se opone el que se escriban zarzuelas á que salgan á relucir nuevos Lopes y Calderones que escriban dramas magníficos.

Veo que me voy muy léjos con mi digresion. Volvamos al asunto de que quiero tratar aquí.

Decía yo que, en verano, aunque se van de Madrid las personas más elegantes, Madrid queda bastante animado y divertido.

El centro de la animacion, el principal hechizo de Madrid en verano, está en los Jardines del Buen-Retiro, de nueve á doce de la noche.

La historia que voy á referir empezó allí, hoy hace justamente cuatro años, á 9 de Agosto de 1873.



II.

Era noche de grande entrada. Allí estaban casi todos los jóvenes periodistas, empleados y poetas; cuánta *cursi* hay en Madrid, esto es, todas las señoras y señoritas de poquísimos dinero que aspiran á ser notadas ó conocidas en la buena sociedad, ó dígase en la sociedad de más dinero, por mala que sea; muchas familias honradas de la clase media, sin otras aspiraciones que las de aspirar el aire fresco y distraerse un poco oyendo la música; las *suripantás* ó *heteras* de todos los grados y categorías, con tal de haberse encontrado poseedoras de una peseta á la hora de entrar; multitud de hombres políticos notables de los quince ó veinte partidos que hay en España; un centenar de generales; no pocos diputados, senadores y ministros; y, por último, aquella parte del *beau monde* que aún no había salido á veranear, que prometía salir, ó que se hallaba tan segura de su crédito de pudiente que no

temía comprometerle pasando en Madrid un verano.

Todo este público, ó estaba sentado en sillas y bancos, formando corros, murmurando, politiqueando, coqueteando ó enamorándose, ó giraba en torno del kiosko, desde donde sonaba la música, dando vueltas y vueltas, aunque sea pérvida comparacion, como mulos de noria.

El jardin, como nadie ignora, es muy bonito; y, por la noche, iluminado con luces de gas veladas por globos de cristal blanco y opaco, parece mayor. Aquella iluminacion presta á los árboles y á la verde hierba y á las flores cierta vaguedad y hermosura. La animacion y el bullicio dan al conjunto superior agrado.

Las mujeres, cuando no las ciega la vanidad ó el prurito de distinguirse, van por lo comun bien vestidas. De cada veinte se puede afirmar que una, á lo más, y no es mucho, suele encomendarse al diablo para que la vista y la peine, por donde aparece en los Jardines hecha una tarasca; pero las otras diez y nueve van como Dios manda; unas de mantilla, otras de sombrero, y no pocas son muy guapas, sea como sea lo que lleven.

Lo único que, en general, pudiera censurarse aquella noche, y puede censurarse aún en el traje de las mujeres, es lo largo de las colas. Para ir á pié á los Jardines, y, aunque se

vaya en coche, para pasear luégo á pié, es feísimo y sucio todo aquel aditamento de enagua blanca y de vestido que ya arrastrando, llenándose de polvo, levantándole y esparciéndole en el aire, y barriendo, por último, cuanta inmundicia encuentra al paso. La cola no está bien sino para andar sobre limpias y mullidas alfombras, ó sobre mármol bruñido y lustroso, ó sobre preciosas y pulidas maderas, incrustadas en forma de primoroso mosaico. Para andar por las calles ó por el campo, donde suele haber lodo y quién sabe cuántas cosas peores, toda mujer de gusto debe prescindir de la cola. Algunas, aunque son las ménos, prescinden ya.

En la noche á que nos referimos, iba declamando contra las colas un caballerito, como de veintiocho años, recién llegado de Alemania y de Francia, y de lo más elegante, atrevido y alegre que puede imaginarse. Rodeábanle é involuntariamente le admiraban y le reían las gracias otros cinco jóvenes de lo más atildado y encopetado de Madrid.

Nuestro declamador había venido tan extemporáneamente para un negocio de su casa. Pensaba pasar en Madrid tres ó cuatro semanas á lo más, é irse á Biarritz en Setiembre.

Tenía fama de calavera; pero no de los calaveras víctimas y explotados, ni tampoco de los verdugos y explotadores. Aunque generoso, no solía prestar á los que se llaman amigos, ni

había tomado prestado de los usureros, y sabía contenerse cuando jugaba y perdía, y no se dejaba saquear de sus administradores, y llevaba en la memoria todas sus fincas, rentas y productos, y miraba por todo, y cuando daba era con su cuenta y razón y sin cegarse nunca por vanidad ó por afecto.

Este caballero poseía más de 15.000 duros al año; era soltero, andaluz, no tenía una sola deuda, y llevaba el título de Conde de Alhedín el Alto.

Jamás había querido estudiar ni seguir carrera ninguna. Era, sin embargo, curioso y despejado; había leído muchas novelas y libros populares y amenos de toda clase de ciencias; y con esto, y con el trato del mundo, y los viajes por lo mejor de Europa, había llegado á tener un espíritu bastante cultivado y que lo comprendía todo, si bien someramente.

Detestaba la política. Abominaba de los periódicos. Jamás tomaba uno en la mano sino para leer anuncios. Los acontecimientos públicos contemporáneos le fastidiaban, y no quería enterarse de ellos. Hallaba mil veces más poéticas las historias antiguas que las modernas, y le interesaba mucho más la caída de Sardanápalo que la de Napoleón III y las fabulosas conquistas de Osiris que las del primer Napoleón.

No había querido decidir consigo mismo si

era realista ó republicano, liberal ó no liberal, partidario de esta Constitucion ó de aquella.

En religion y en filosofía era ménos perezoso; pero, si en política era indiferentè, en esto otro era vacilante. En aquellò, poco le importaba no resolverse; en esto, á pesar suyo, no se resolvía.

Por lo demas, en cuanto tenía que hacer con lo práctico de su vida y de su conducta, el Conde de Alhedin tenía una filosofía propia, una doctrina determinada, una coleccion de principios que le servían de pauta y de norma para su conducta.

Réstame decir que este héroe, que pongo en campaña, era de mediana estatura, airoso, fuerte y ágil. Tiraba al florete como pocos, y con una pistola en la mano casi nadie se le adelantaba. Gran jinete y buen cazador, jamás había presumido de torero. A lo que sí tuvo aficion, durante dos ó tres años de su juventud más temprana, fué á imitar á Leotard, y con tan buen éxito, que volaba por los aires, en los combinados trapecios, como si fuera brujo. No lo era, sin embargo, sino un lindo muchacho, moreno, con hermosos ojos, pelinegro y de retorcidos bigotes y bien peinada y reluciente barba.

Despues de haber disertado contra las colas, refirió una serie de anécdotas, ocurridas á él ó á algun conocido suyo, en las tierras extrañas

de donde venia. Algunas de estas anécdotas eran de caza ó de equitacion; las más fueron de amores, hallando medio de divulgar sus triunfos y conquistas, que aparentaron creer ó creyeron sus interlocutores, ó mejor dicho, su auditorio, pues el Conde era de aquellos que, si bien hablan primorosamente, fatigan y ofenden á los ménos sufridos, monopolizando el uso de la palabra y no consintiendo, como vulgarmente se dice, que nadie meta baza ó cucharada sino ellos.

A pesar de este monopolio no se ha de negar que el Conde era divertido en su conversacion. Hablando, encantaba ó deslumbraba. Narraba como pocos, y con tal arte, que él mismo se creía la historia, aunque fuese mentira, y el auditorio solía creérsela tambien. Se diría que la imaginacion y la memoria eran en el Conde una sola y única facultad del alma.

Era petulante, pero con petulancia graciosa, jovial y dulce que á nadie ofendía. Sus finos modales y su simpática figura contribuían mucho á producir tan buen efecto.

Aquella noche le había dado por denigrarlo todo. Recordando á las princesas rusas, á las ladies inglesas, á las condesas alemanas, á las francesas del Faubourg Saint-Germain, y hasta á las griegas fanariotas que había tratado con la mayor intimidad, iba sosteniendo que no valían un bledo todas las mujeres que

se paseaban en aquel momento en los jardines.

—Apénas, decía, si de toda esta desdichada muchedumbre se podrá entresacar media docena que merezca una declaracion de amor.

Los amigos impugnaban tan cruel censura, y el Conde, para defenderse, sostenía su opinion con gracia y desenfado.

Conforme iba así disputando y paseando, advirtió de pronto que delante de él paseaban dos mujeres, pequeñas ambas, esbeltas, jóvenes al parecer, aunque sólo de espaldas las veía, y que algo habían oido y seguían oyendo de su diatriba y de la disputa, porque de vez en cuando cuchicheaban y se reían, como si hicieran comentarios á la conversacion de los que venían detras.

No había visto el Conde la cara de ninguna de aquellas dos mujeres. El traje de ellas nada tenía de notable para ojos vulgares y profanos. La una vestía de ligera seda negra, y la otra un traje oscuro de pobre percal; las dos iban de mantilla. Había, no obstante, tal pulcritud y aseo en todo el sér y hasta en el ambiente que circundaba y envolvía á aquellas mujeres, que, sin atinar con la explicacion, el Conde creyó sentir como una corriente magnética y se dió á imaginar que aquellas dos mujeres iban impugnando su aserto, y que cualquiera de ellas

se consideraba con sobrada razon un argumento vivo, fortísimo é irresistible, contra sus fatuas afirmaciones.

Advirtió el Conde además que ambas tenían bonito cuerpo y movimientos airosos sin afectacion, y que llevaban la falda bastante recogida para que no se manchase ó empolvase torpemente en la arena y para que se pudiesen columbrar de vez en cuando piés menudos, afilados, altos de tarso y calzados con esmero de graciosos botincillos.

El deseo de verles la cara se hizo sentir en seguida en el ánimo del Conde; pero ellas, quizás sospechando aquel deseo, no volvían la cara, puede que á fin de contrariarle y de hacerle más vivo.

El Conde tuvo que caminar más de prisa y pasar delante de ellas para mirarlas. Entónces vió con grato asombro que ambas eran lindísimas. En el rostro iban declarando que eran hermanas. Se parecían con ese parecido que llamamos aire de familia, y eran, con todo, muy diferentes. La mayor de edad y menor de estatura, la del traje de seda, era trigueña, con ojos y pelo negros, labios colorados como una guinda y blanquísimos dientes, que mostraba riendo. La menor, la del vestido de percal, era bastante más alta; parecía tener cuatro ó cinco años ménos que la otra; diez y ocho á lo más: era blanca y rubia, y con ojos azules, y propia-

mente semejaba un ángel. No reía tanto como la mayor, y se mostraba más seria y menos desenvuelta. Tenía singular expresión de dulzura, serenidad y apacible contentamiento.

Bien conoció el Conde que, las para él desconocidas, ni eran de lo que llaman *la sociedad*, ni podían tampoco colocarse en ninguno de los grados de la jerarquía del *heterismo*.

Su mirada penetrante y experimentada conoció en seguida que eran ambas de la clase media, ó pobres ó muy modestas; que la morena debía de estar casada y que era soltera la rubia. Vió que nadie las acompañaba, y creyó notar que estaban apuradas y como arrepentidas de haber venido solas, y que, si por un lado les lisonjeaba el amor propio haber llamado la atención de tan desdeñoso galán, por otro, andaban recelosas, casi consternadas de aquel pequeño triunfo.

Entre los amigos del Conde los había que se jactaban de conocer á todo Madrid, alto, bajo y mediano, con tal que perteneciesen las personas al sexo femenino. El Conde les preguntó quiénes eran aquellas muchachas. Todos las miraron, y todos dijeron que no las conocían.

—Serán forasteras, añadió uno.

—Serán recién llegadas á Madrid, dijo otro.

—Deben de ser ó malagueñas ó sevillanas, exclamó un tercero.

—Sevillanas son, repuso el Conde. No me cabe la menor duda.

Entónces hizo un pomposo elogio de las sevillanas en general, con claras alusiones á las dos que iban delante y que por tales tenía, y habló en voz mucho más alta que la que había empleado en la diatriba, á fin de que le oyesen ellas y sirviese su discurso como funcion de desagavios.

Pero las damas parecían temer los encomios y no las sátiras. No bien se oyeron encomiar apretaron el paso, y aprovechando un momento de confusion y bullicio, trataron de escabullirse.

El Conde tenía fija la vista en ellas. Siguió aquel movimiento; vió que se iban del jardin; y aprovechándose él tambien del bullicio, se separó de sus amigos, como si por acaso los perdiese, y tomó la misma calle de árboles por donde vió que las dos jóvenes se habían precipitado buscando la puerta del jardin.

Ridículo le parecía que hombre tan corrido como él corriese entónces desalado en pos de dos pobres chicas. No se juzgó Conde aristocrático y soberbio, sino estudiantillo novato ó alférez recién salido de la escuela. Mas á pesar de sus juiciosas reflexiones, el Conde fué en pos de aquellas mujeres, y hasta formó el propósito de hablarles en cuanto saliesen del jardin, á fin de que, en el caso de un sofion, que hartó le

merecería por su vulgar mala crianza, no le viesen sujetos que lo pudieran contar.

Al salir del jardín vió el Conde á su lacayo que iba á llamar al cochero para que se acercase con la victoria.

—¡Ramon! dijo el Conde, id á aguardarme á la puerta del Veloz-Club.

Á poco la victoria partió.

El Conde siguió á pié á las dos mujeres.


Dos ó tres veces se acercó á ellas y quiso hablarlas. Las miró, se encaró con ellas, casi las detuvo; pero hallaba tan feo, tan plebeyo, tan de mala educacion, abusar así de que van solas dos mujeres, y perseguirlas y querer hablar con ellas, que se contuvo y no les habló.

En medio de estas vacilaciones, las dos mujeres vieron pasar un coche vacío. Se apoderaron de él rápidamente, dieron la direccion al cochero, le pagaron adelantado y doble para que picase, y salieron como escapadas, subiendo por la calle de Alcalá y entrando luégo por la del Turco.

El Conde quiso seguirlas, pero su coche había ido á parar al Veloz, y coches de alquiler no parecían.

Quedóse, pues, nuestro héroe parado como un bobo á la altura de la fuente de la Cibéles y burlándose de sí propio, por la serie de tonterías y chiquilladas que acababa de hacer.

¿Quién sabe si serían algunas costurerillas, algunas profesoras de primera enseñanza que habían venido á oposiciones, ó algo no ménos *cursi*, aquellas dos que le habían hecho hacer lo que no hizo jamás ni por reinas y emperatrices?





III.

El Conde de Alhedin se guardó muy bien de contar en el Veloz-Club su conato frustrado de persecucion y el desden con que le habían tratado las dos desconocidas.

—Ya volverán á los Jardines del Buen-Retiro, decía para sí; ya las encontraré por ahí mañana ó pasado. Ellas volverán. No desperitemos la codicia de los amigos con desmedidas alabanzas. Dios sabe cuántos se empeñarían en la conquista, y me serían estorbo, aunque no me vencieran. Yo no estoy enamorado de ninguna de las dos. Jamás he creído en pasiones repentinas. Pero mi curiosidad es extraordinaria. Cada una por su estilo es hermosa y está llena de no aprendida elegancia. No sé por cuál decidirme, si por la rubia ó por la morena. Esta misma indecision aumenta mi deseo de volver á verlas. Lo que observe en la nueva vista me decidirá ó por la una ó por la otra. Verdad es que en esta predileccion sólo entra

por algo el tiempo. Quiero pasar mi tiempo con ambas; pero es menester empezar por hacerme querer de una. Si no fuesen hermanas, si no anduviesen juntas, bien podría yo acometer á la vez las dos conquistas; pero, estando como están, conviene ir por su órden.

Este soliloquio, hecho y repetido de mil formas, aunque en sustancia el mismo siempre, ocupó el pensamiento del Conde por espacio de dos dias y dos noches.

Hallábanle distraido sus compañeros. Él se disculpaba sin declarar el verdadero motivo de su distraccion.

Entre tanto, ni en las calles, ni en los Jardines de noche, ni en parte alguna, volvió el Conde á ver á las dos beldades, por más que las buscaba. Y eso que tenía vista de lince y siempre iba con cuidado para que si pasaban cerca de él no se le escapasen.

El Conde se creía dotado de prodigiosa sagacidad para averiguar misterios, para conocer las calidades de las personas, sólo por la pista ó el rastro. Se juzgaba tan curtido y experto en lo que atañe á la sociedad humana, como los antiguos sabios solitarios del Oriente se dice que lo eran en lo que depende de la madre naturaleza. Zadig había comprendido y descrito todas las condiciones y circunstancias del caballo del Rey y de la perrita de la Reina, con sólo ver sus huellas estampadas en el suelo, El

Conde, en su arte, no era ménos que Zadig, y daba por seguro que él sabría decir quiénes eran las dos desconocidas, por el mero hecho de haberlas visto un instante; pero no quería reflexionar, no quería interrogarse sobre este punto. Otra vanidad mayor que la vanidad de ser tan experto se lo impedía. La vanidad de creerse sobrado interesante para que aquellas mujeres, que le habían visto y que habían notado su persecucion, volviesen al cabo á buscarle, ó arrepentidas del desvío primero, ó no arrepentidas, sino siguiendo en los mismos propósitos, ya que la fuga, segun el Conde, había estado muy en su lugar, so pena de haberse humillado ellas á pasar por harto fáciles y livianas, prestándose desde el primer momento á dejarse acompañar por quien no conocían ni de nombre, sólo porque habían reparado, sin duda, que era rico, titulado y tenía coche.

El Condesito no quiso, pues, molestarse ni con el pensamiento en buscar á sus dos beldades, porque estaba casi seguro de que ellas volverían á buscarle.

Como no volvieron ni la siguiente noche, ni la noche despues, el Conde se sintió picado y hasta ofendido.

En su fatuidad, forjó aún varias hipótesis para explicarse, como involuntaria y muy á pesar de las desconocidas, su ausencia de los Jardines.

—¿Quién sabe? pensaba el Conde. Quizás el marido no las deje salir. Quizás tenga la casada algun chiquillo con sarampion.

En fin, todo lo suponía por no suponer que por su libérrima voluntad dejaban de acudir las muchachas á una cita que, implícita, pero claramente, él, tan guapo, tan distinguido, tan ilustre, tan rico y tan seductor, les había dado para los Jardines, no pudiendo entenderse ni ponerse desde luégo en relaciones con ellas, por no faltar á los respetos y consideraciones sociales.

Con tan consoladores discursos, el Conde dominó á duras penas su impaciencia; acudió otras dos noches más á los Jardines, y tampoco vió á las damas.

Ya entónces resolvió emplear su sagacidad y su actividad para buscarlas.

—Si huyen, si se ocultan, dijo, es porque me temen. Yo las buscaré. Yo las encontraré.

Justificado así el trabajo que en discurrir iba á tomarse, el Condesito discurrió lo que en resúmen vamos á exponer.

Las desconocidas eran sevillanas. No podían ser malagueñas, como presumió aquel ignorante. Confundir á una sevillana con una malagueña es un error tan craso en un galanteador andaluz, que debe saber de mujeres, como en un cazador confundir una codorniz con una tórtola. Era tambien evidente que una era ca-

sada; entre otras razones, porque de ser solteras ambas no irían solas. La casada era la morena. En esto tampoco cabía duda. Se conocía en tener más edad y en otros indicios, que, juntos todos, llegaban á la más completa certidumbre. ¿Con quién estaba casada la morena? Ambas eran forasteras: recién llegadas á Madrid, ya que nadie las conocía. No era probable que hubiesen venido á Madrid á divertirse, porque entónces el marido, labrador, hacendado, mercader ó algo así, de alguna poblacion de Andalucía ó de Sevilla misma, las hubiera acompañado, y él tambien se divertiría y curiosaría. El marido debía de ser un hombre ocupado. ¿Y qué ocupacion podía tener el marido en Madrid sino la de un empleo del gobierno? El Conde decidió, pues, que el marido era un empleado. Calculó, por último, por el aire algo misterioso que tenían las desconocidas, por cierta inquietud que había creído notar en ellas, que la noche que estuvieron en los Jardines habían venido sin prévia licencia del marido, improvisando aquella excursion en un momento en que él faltaba de casa, salva la prudente lealtad de decírselo luégo para que aprobase y legitimase el hecho consumado. Si toda esta suposicion era exacta, el marido trabajaba á veces de noche, léjos del hogar doméstico. De noche se trabaja en muchas oficinas, pero en ninguna son tan frecuentes las largas veladas

como en Gobernacion ó en Hacienda. El marido estaba, por lo tanto, empleado en uno de estos dos Ministerios.

Descubierto ya el enigma hasta dicho punto, faltaba saber el nombre del marido y dónde vivía, pero esto era muy fácil.

Antes de proceder á las convenientes investigaciones, ya que el nombre de una persona y el número y calle de una casa no pueden adivinarse por mero discurso, aunque se tenga un entendimiento águdísimo, el Conde, aficionado á ejercitar el suyo, pensó tambien lo que sigue.

La sociedad elegante es más fácil, más abierta en Madrid que en ninguna otra capital de Europa, hasta para las mujeres. Aquí no se le pregunta á nadie ántes de dejarle entrar, si es más ó ménos noble de nacimiento, ó más ó ménos rico. La dama más encopetada no desdeña por amiga ni se avergüenza de ir acompañada de las hijas ó de la mujer de un empleadillo cualquiera, con tal de que por sus modales y facha no sean impresentables. La pobreza del vestido se perdona tambien, como no se haga notar por presumida extravagancia ó por abominable mal gusto. No hay señora principal ni semi-principal que no acoja bien á la más modesta provinciana, que conoció en el campo ó en algunos baños ó en alguna ciudad de provincia, y que no la llame prima y la trate como á pariente, si por acaso lo es.

En Madrid, pensaba el Conde, falta ahora mucha gente por el verano, pero Madrid no se ha quedado desierto. Mis niñas, que así las llamaba ya, son un primor de bonitas: son natural é ingénitamente distinguidas. ¿Cómo es que no tienen amigas ó parientes entre las personas que yo trato? ¿Cómo es que, habiendo en Madrid tanta gente de Sevilla, ó que ha estado en Sevilla, mis niñas no conocen á nadie? En ninguna casa las he visto. ¿Por qué viven tan aisladas? En la misma Sevilla han de haber vivido en el mayor aislamiento.

De aquí infería el Conde que sus desconocidas, aunque sevillanas, habían vivido léjos del mundo, ó por carácter tímido, ó por excesiva pobreza, ó por extravagancia del marido.

Pasando luégo del pensamiento á la accion, abandonando el método especulativo y apelando al estudio y averiguacion de los hechos, el Conde, que tenía en todas partes buenas relaciones, fué al jefe del personal del Ministerio de Hacienda, y le preguntó por los nombres de los más recientes empleados que en todas aquellas dependencias había. La lista era larga, porque no hacía mucho tiempo que había habido cambios, renovacion y trasiego de empleados; pero no faltaba un oficial en el personal que tuviese algunas noticias biográficas de todos los nuevos.

«D. Anacleto Pérez,» decía, por ejemplo, la

lista.—¿De dónde ha venido éste? preguntaba el Conde. — De la Coruña, contestaba el oficial.—¿Es casado?—Es soltero.—Pues adelante, replicaba el Conde.

Así fué el oficial indicando varios nombres, hasta que dijo:—Don Braulio Gonzalez.—¿De dónde ha venido? preguntó el Conde?—De Sevilla, contestó el oficial.—¿Es casado, volvió á preguntar el Conde.—Es más que casado, dijo el oficial: podemos calificarle de bígamo, porque, á más de su mujer, que es muy guapa, tiene consigo á su cuñada, más guapa aún, si cabe, y rubia como unas candelas.—Ese es el que yo busco, dijo el Conde. Luégo recomendó de nuevo, pues ya ántes lo había hecho al jefe del personal, el sigilo, respecto á su investigación.

Por el oficial supo el Conde asimismo que D. Braulio no hacía más que un mes que estaba en Madrid; que disfrutaba un sueldo de 3.000 pesetas, ménos el descuento; que tenía fama de excelente empleado; que la iba justificando con trabajos que el mismo Ministro le encomendaba; que era un hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años de edad, aunque parecía más viejo porque estaba bastante calvo y muy achacoso; que sólo llevaba tres años de matrimonio; que no tenía hijos; que su mujer doña Beatriz, y la hermana de su mujer, llamada Inesita, eran de un lugar de la provincia de

Córdoba, donde él había estado de Administrador de Rentas; que poco despues de la boda le habían trasladado á Sevilla con ascenso; que en Sevilla él y su familia habían vivido muy apartados del trato de las gentes; que ahora vivían en la calle del Olivo, en el piso tercero de una casa, cuyo número tambien le dió, y que eran todos tan hurones que apénas se trataban en Madrid con alma viviente.

Enterado el Conde de todo, volvió á sus meditaciones y cálculos. Había dado el primer paso; pero era menester dar el segundo. Sabía ya con quien tenía que habérselas; pero esto de nada servía si no lograba con tino ponerse en comunicacion con D. Braulio y su familia.

El Conde distaba infinito de ser un atolondrado. Si bien no le arredraba ningun peligro; si bien no le dolía tener que aventurar la piel, temía siempre dar un golpe en vago; hacer alguna cosa que pudiera ponerle en situacion desairada y ridícula. De esto tenía más miedo, no ya que de una espada desnuda, sino que de quince ametralladoras, que fuesen á dispararse contra él.

Dada esta su natural condicion, las dificultades no eran pequeñas.

¿Cómo hacerse presentar en una casa, donde nadie de su clase, y quizás nadie tampoco de otra clase cualquiera, entraba de visita? ¿Qué

pretexto alegar para encajarse de patitas en la morada de aquella pobre gente?

La presentacion es el medio más correcto de conocer y tratar á las personas; pero el Conde no se sentía con la desvergüenza suficiente para ser allí presentado.

¿Escribiría un billete amoroso á fin de entrar en relaciones?

Sobre cartas de este género, su uso, utilidad, inconvenientes y ventajas, el Conde que, segun hemos dicho ya, era muy circunspecto y arreg'ado, tenía formuladas sus leyes y hechas sus consideraciones, á las que procuraba ajustar siempre su conducta.

Escribir de amor á las mujeres le parecía un excelente recurso. Casi todas dan más solemnidad é importancia á lo que se les escribe que á lo que se les habla. Muchas cosas, de que se ofenden ó sonrojan si las oyen, las pasan y las meditan, y se deleitan en ellas, con morosa delectacion, cuando las leen. Si contestan de palabra á un galan que de palabra las pretende, les es fácil esquivar las cuestiones graves, tomándolo todo á risa. Lo escrito infunde ó impone, por el contrario, casi inevitable seriedad. Contestar de palabra, dejar entrever de palabra algun átomo, rayo ó vislumbre de esperanza, apénas compromete. La palabra es vaga, punto ménos que espiritual, pasa por el aire y penetra en el oido sin dejar el menor rastro.

Hasta en la memoria se borra y queda confusa. Tal vez su mayor valer, su más sustancial significado no está en ella misma, sino en el acento con que se pronunció, en el gesto fugitivo de que fué acompañada, en el mirar suave y rápido, en un relámpago instantáneo de los ojos, cuando la palabra brotó de los labios.

En lo escrito no hay nada de esto. En lo escrito ni el gesto, ni la mirada, ni la voz pueden modificar palabra alguna y darle un valor momentáneo que en sí no tenga. Aunque no sea más que por esto, escribir es comprometidísimo para las mujeres. La manía de escribir es, con todo, epidémica en el día, y, como son raras las mujeres que escriben para el público, cuando presumen de discretas ó lo son y alguien les escribe, sienten las más un invencible prurito de contestar, aunque sólo sea para lucirse. Una vez puestas en este resbaladero es muy factible que se deslicen. El mismo sujeto á quien contestan se magnifica y hermosea en la imaginacion, por poco que en realidad se le estime, gracias á que no se halla presente. El temor del peligro es mayor escribiendo que hablando; pero tambien el rubor, la timidez, el recato ceden á veces con más facilidad estando á solas y cara á cara con el papel que cara á cara con un hombre, y quizá rodeada la mujer de personas curiosas y que se supone que serán maldicientes. Así escriben muchas, sueltan

prendas que permanecen, y se ven al cabo comprometidas. Si hubiera estadística de los enredos amorosos, tal vez más de la mitad de ellos se vería que habían nacido del prurito de escribir que tienen las mujeres.

Todo esto lo sabía y pensaba el Conde; pero pensaba asimismo que un hombre prudente y discreto, que no quiere hacer una cadetada, se compromete en cierto modo y se expone á burlas, risas y desaires si se adelanta á escribir ántes de que llegue cierto período; ántes de que se presente la ocasion oportuna; ántes de haber pasado por ciertos trámites; ántes de tener, por lo ménos, ciertos indicios racionales de que será bien recibida la primera carta. Y como ni la casada ni la soltera, ni con sonrisas, ni con miradas, ni recibiendo de dulce modo indescriptible, aunque inequívoco, las miradas y las sonrisas de él, habían dado motivo á que él considerase que la una ó la otra, ó ámbas, estaban ya predisuestas á recibir la carta, creía una absurda temeridad escribirles: lo miraba como un acto de delirio estudiantil, como un arrebató de hortera ó de mozo de café, que en un Conde tan discreto, atildado y hábil como él, que en un hombre de mundo, conocido en todos los salones de Europa, casi no tenía perdon ni disculpa.

Por lo pronto, sin embargo, no se le ocurría otra más ingeniosa manera de entrar en co-

municacion con las de D. Braulio Gonzalez.

Pero ¿á cuál de ellas escribiría? ¿A la señora ó á la señorita?

Una y otra resolucion estaban erizadas de gravísimos inconvenientes.

Ninguna de las dos mujeres, valiéndonos de una expresion vulgar, le había dado pié para nada. Ni le habían excitado, ni le habían animado mirándole, ni le habían sonreido, ni se habían mostrado enojadas cuando las siguió, cuando casi las detuvo, cuando descaradamente se quedó mirándolas. La más glacial indiferencia había aparecido en ambas mujeres. Habían estado tan dignas, tan severas, tan naturales, tan sin espantos ó alharacas de hembra vulgar que es honrada ó presume de serlo, como si hubieran sido dos duquesas ó princesas que hubieran tenido el capricho de salir de noche á recorrer las calles y se hubiesen visto perseguidas, durante algunos minutos, por un lacayo mal criado y bastante vano para creerse seductor.

El Conde, á pesar de todo, quizas porque así fuese, quizas porque el amor propio le engañaba, había creido notar, en gestos imperceptibles, en el ademan, en algo que apénas se había podido ver y que apénas se podía apreciar ni evaluar sino por un entendimiento tan sutil como el suyo y tan perito en las aventuras amorosas, que la casada se le había mostrado ménos indiferente y más propicia; que se adi-

vinaba en su cara el contentamiento, la vanidad satisfecha de verse seguida por un jóven tan principal y tan gallardo, y hasta que le miró una ó dos veces, de soslayo y con disimulo, con curiosa simpatía.

¿Escribiría, pues, á la casada? Pero ¿qué derecho tenía para ello? ¿Qué le iba á decir? ¿Y si el marido era celoso y cogía la carta? ¿No se exponía desde el principio á imposibilitar ó dificultar así grandemente para lo futuro el buen éxito de su aventura?

El Conde desistió, por consiguiente, de escribir á la casada.

La soltera le parecía más bonita y más distinguida, pero estaba enojadísimo contra ella. Allí sí que no se forjaba ilusiones: allí sí que no le cabía la menor duda. Inesita no había hecho más caso de él que de un perro callejero. No acertando á explicarse aquella serenidad olímpica, aquel suave endiosamiento, que por extraña contraposición se conciliaba con la humildad y la modestia, el Conde se daba á sospechar si Inesita sería idiota; pero recordaba sus ojos, su airoso modo de andar y la expresión inteligente de su hermosa cara, y tenía que confesarse que, ó él no sabía lo que son mujeres, ó Inesita era de lo más discreto que había nacido de madre.

¿Cómo, pues, escribir á Inesita? Esto era más difícil que escribir á doña Beatriz.

No incurramos aquí en la necia hipocresía de suponer, cuando se escribe una historia, que la sociedad tiene una moral muy superior á la que realmente tiene. Digamos las cosas como son.

Es singular, es poco lógico, es absurdo, pero ocurre lo siguiente. Está tan en los usos y costumbres que cualquier caballero diga su atrevido pensamiento á una mujer casada, que ésta se ofenderá rara vez. Por virtuosa que sea, se limitará á rechazar ó á desengañar con dulzura al pretendiente. No se dará por ofendida, cuando en realidad le han propuesto la infracción de una ley moral, civil y religiosa, su deshonra y la de su casa, y tal vez la vileza de un hurto de bienes materiales, si llega á tener un hijo. En cambio, apénas habrá soltera, como no esté completamente perdida, que no se considere injuriada si le piden amor, sin presuponer matrimonio de un modo explícito ó implícito: y, en realidad, la falta á que entónces se induciría á la soltera, sería mucho menor que la que se pretendía de la casada. La soltera, libre, no engañaría á su marido, no faltaría á ninguna promesa, no se expondría á dar á nadie por heredero legítimo á aquel que no debiese serlo.

Esto es exacto. No hay argumento que pueda valer en contra. Y con todo, apénas habrá seductor, por brutal, irreverente y desaforado


que sea, que ose pretender á una soltera, sin proponer *la buena fin*: y apénas hay Tenorio, por enclenque, canijo y fehuelo que Dios ó el diablo le hayan hecho, que no tiene el vado, se declare con desenfadada audacia y se atreva á pretenderlo todo de una mujer casada.

Nuestro héroe, sin meterse en filosofar sobre lo dicho, lo tenía más que sabido. Así es que, por esta consideracion, aunque no atendiese á otras, hallaba más difícil escribir á Inesita que á doña Beatriz. Escribir á doña Beatriz, como casada, el uso, la práctica, la jurisprudencia establecida, lo consentía sin que pasase por injuria. Escribir á Inesita, en cambio, no podía ser sin menospreciarla y vejarla cruelmente, como el Conde no dijera ó diese lugar á que se sobreentendiera que aspiraba á casarse con ella.

Ahora bien, el Conde ni estaba enamorado, ni pensaba en casarse con nadie, ni mucho ménos con Inesita: sólo aspiraba á pasar el rato; pero el Conde tenía también su moral, y no había rato, por bueno que fuese, que mereciera que él se rebajase hasta mentir y engañar á una pobre chica, haciéndola creer que podría casarse con ella.

Así, pues, el Conde desistió de escribir á doña Beatriz por razones de prudencia y estrategia amatoria, y desistió de escribir á Inesita por más delicadas consideraciones. Mas

no por eso desistió de conocerlas y tratarlas á las dos. Dejémosle cavilando y discurriendo el medio más atinado de lograrlo, y adelantémonos nosotros, penetrando invisibles en casa de nuestras heroínas y conociéndolas ántes que el Conde.





IV.

El crítico más hábil y atinado quizás, entre cuantos hay en España, me ha hecho ya dos ó tres veces, al juzgar otras novelas mías, un favor y un disfavor que no creo merecer; pero si los merezco, esta vez léjos de enmendarme, incurro más de lleno que nunca en su censura, que por otra parte me lisonjea. Supone el crítico que mis personajes todos son yo, con lo cual hace de mí un Proteo, pues harto diversos caracteres he retratado; y supone además que todos hablan, como yo en igual situación hablaría, con erudicion, discretas sutilezas y espíritu filosófico impropios de su condicion humilde y hasta de su sexo, ya que á menudo *mis mujeres se pasan de listas*.

En la presente historia, donde, segun el título lo indica, los más importantes personajes, cada uno por su estilo, van á pasarse de listos,

pecaré, sin poderlo remediar, contra lo que el crítico quiere. La culpa, si la hay, porque me resisto á declararme culpado, está en la eleccion del asunto. Ya elegido, no tengo más recurso que hacer á mis héroes, conservando á cada uno su índole, sus pasiones y su singular fisonomía, todo lo más discretos, sutiles y listos que yo sepa y pueda, porque tal ha de ser el defecto mayor de todos ellos, y sobre todos ellos, del protagonista de la historia.

Hago aquí esta declaracion para que doña Beatriz, á quien pronto oirán hablar mis lectores, no los coja desprevenidos. Doña Beatriz era listísima.

No recuerdo en qué libro, tratado ó epístola del Antiguo ó del Nuevo Testamento, se dice que *el espíritu sopla donde quiere*: sentencia con la cual basta y sobra para justificar la verosimilitud de que el espíritu, ora sea divino, ora sea diabólico, hubiese soplado y penetrado en el sér de una muchacha de veintidos años, que no tenía más doña Beatriz, nacida y criada en un lugar de la provincia de Córdoba. Hay tambien otra sentencia macarrónica, llena de verdad, que reza de este modo: *Quod natura non dat, Salamanca non prestat*, de la cual puede inferirse, segun buena lógica, que la madre naturaleza no há menester de Salamanca, ó dígase de hondos estudios y largo trato de mundo, para hacer muy sutiles y entendi-

dos á aquellos á quienes gusta de favorecer, áun cuando sean mujeres, y mujeres de lugar.

En este número se contaba doña Beatriz, la cual, sobre su innato despejo, si bien no había cursado en ninguna Universidad, tenía cierto saber adquirido en la conversacion frecuente de su marido D. Braulio, quien gozaba fama de sujeto muy ilustrado, aunque sólo tuviese 3.000 pesetas anuales de sueldo.

Doña Beatriz é Inesita, huérfanas de padre y madre, desde la niñez habían estado bajo la tutela y criadas en casa del cura del pueblo. No eran enteramente pobres. Tenían algunas finquillas, que venían á producir, bien administradas, unos 4.000 reales de renta para cada una. Con esto era difícil que en el pueblo, á no infundir una violenta pasion, se casase ninguna de ellas con los hidalgos ó señores ricos; y como ámbas eran muchachas finas, señoritas verdaderas, no era probable que se hubieran querido casar con ningun arriero palurdo ó con ningun labrador rústico é ignorante.

El padre cura receló, aunque tarde, que había educado á sus pupilas mal de puro bien, y que, de resultas de su esmerada educacion, iban á quedarse para vestir imágenes. Por fortuna no sucedió así. El Administrador de rentas, D. Braulio, trató á doña Beatriz, y la halló tan bonita y discreta que se enamoró de ella. Ella pensó haber hallado en D. Braulio un hom-

bre que, aunque viejo, podía enamorar por su talento y por otras nobles prendas del alma, y enamorados, ó persuadidos de que lo estaban, se casaron, despues de un noviazgo corto.

El cura tutor, que era muy anciano, murió pocos meses despues de este casamiento.

Nada absolutamente dejó á sus pupilas.

De una hermana suya, viuda, tenía el cura un sobrino, de edad de 28 años, llamado Paco Ramirez. Este fué el universal heredero de su tio, consistiendo el activo de la herencia en la casa con los muebles y libros, que valdria todo 40.000 reales, y el pasivo en varias deudas, que pasaban, tambien en reales, de 30.000.

Paco Ramirez era un mozo muy guapo, y tan morigerado, económico, activo y fecundo en recursos, que con 50.000 reales que su padre le había dejado en dinero, empleando en cebada y en trigo, comprando mosto barato en tiempo de vendimia, haciéndole vino potable en unas cuantas pipas que tenía, vendiéndole luégo por cargas á los arrieros, y, en suma, trapicheando de otras mil maneras, si bien todas lícitas, no sólo mantenía con holgura á su madre, sino que se vestía él hasta con majeza y elegancia, al uso del pueblo, é iba, poco á poco, aumentando el capital.

Muchas veces había pensado el cura en que su sobrino podría ser un buen marido para cualquiera de sus dos pupilas; pero como no

era un buen partido, calló el cura su pensamiento y propósito, y jamás hizo nada por realizarle.

Paco, Beatriz é Inesita se querían como hermanos. Paco, que tenía seis años más que la mayor de ellas, y diez más que la segunda, lo cual en la primera edad parece enorme diferencia, les tenía un cariño que él calificaba de paternal. Ellas eran hijas del caballero más ilustre del pueblo, por más que hubiesen venido á tanta pobreza, y él, plebeyo y archi-plebeyo por todos cuatro costados, y con ménos bienes de fortuna que las pupilas de su tío, ¿cómo había de atreverse ni siquiera á imaginar que podría casarse con ninguna de las dos?

Así las cosas, se casó D. Braulio con doña Beatriz, y á poco, como ya hemos dicho, murió el cura, que era excelente sujeto.

Inesita, segun era natural, se fué á vivir con su hermana y cuñado; los siguió á Sevilla, y despues los siguió á esta alegre capital de las Españas.

Desde que salieron del lugar, dejaron encomendada á Paco la administracion de los bienes que en él tenían, con la seguridad de que nadie había de administrarlos mejor. Paco, en efecto, respondió á aquella confianza. Así es que en la época en que comienza nuestra historia, cuando aparecen en el Buen Retiro nuestras dos heroínas, tenían entre ambas algo

más de 8.000 rs. al año, que juntos á los 12.000 mal contados de D. Braulio, sumaban una ta-
leguita anual muy corrida y larga de talle.

Aunque hacían vida retirada, como todo está caro, y se trataban bien, y se vestían con cierto lujo para su clase, renta y sueldo se consumían completamente, y gracias si no se hallaban á veces en apuros.

Para salir de ellos, vivir con esplendidez y elevarse á mayor posicion en la jerarquía social, se presentaban dos caminos, iluminados por la esperanza, á la aguda consideracion de doña Beatriz, la cual cavilaba mucho sobre estas cosas desde que había salido del lugar, ya casada.

Doña Beatriz tenía el concepto más elevado de la inteligencia y del saber de su marido. Atribuía su poco éxito en el mundo á descuido, desprecio ó desden que D. Braulio tenía de todo lo práctico, á cierta falta de estímulo que notaba en su alma, y se inclinaba á creer que si ella estimulaba y aguijoneaba el alma de su marido, apartándola de vagos ensueños y de teóricas distracciones que á nada conducian, aún era posible que le viese de ministro de Hacienda, ó por lo ménos de director de Rentas Estancadas.

El otro punto, que era como cimiento ó piedra angular sobre la cual levantaba doña Beatriz el alcázar de sus esperanzas ambiciosas,

era la hermosura, el garbo y la distincion de su hermana Inesita.

Doña Beatriz, casada ya con un hombre á quien veneraba y quería, y á quien era deudora de haber salido del lugar, donde se ahogaba, y de espaciarse por grandes ciudades, limitaba su mision para lograr el engrandecimiento á servir como de espuela á la reacia voluntad de su marido; pero en Inesita, soltera y libre y llena de atractivos, que ella sabría completar y hacer valer con su prudencia, veía doña Beatriz un filon intacto aún, un minero riquísimo de todos los bienes, encumbramientos y prosperidades.

Importa declarar, en honor de doña Beatriz, que al trazar en su imaginacion el proceso ascendente de uno y otro plan de ventura, ora valiéndose de D. Braulio, ora de Inesita, jamás se le ocurría poner en la composicion de su cuadro el menor toque pecaminoso. Nada de fullerias. Doña Beatriz quería jugar limpio. Don Braulio había de ser personaje de primera magnitud sin mancharse las uñas, é Inesita había de ser condesa, marquesa, y quién sabe si duquesa, sin la menor liviandad y con todos los requisitos eclesiásticos y civiles.

El orgullo de doña Beatriz, su decoro aristocrático, que le tenía, aunque nacida en pobres pañales, y sus creencias cristianas, vivas y fervorosas como de persona educada por un

sacerdote de ejemplarísima virtud, repugnaban todo recurso que pudiera mancillar; pero su afán de elevarse y de elevar á su familia le sugería, á su ver, medios decentes y honrados por donde lograr riqueza, dignidades y distinciones, con facilidad y sin desdoro ni culpa.

Doña Beatriz no descubría por completo sus planes y sus esperanzas á D. Braulio y á Inesita. Temía asustarlos y que del susto saliesen la contradicción y la oposición. Cauta y astuta, soñaba con atraer diestramente al uno y á la otra por los caminos que ella juzgaba conducentes al término á que aspiraba, y ya comprometidos y metidos en él, y cuando fuese muy difícil volver atrás, declarar ella su propósito y mostrarles el término, si no le veían.

Con Inesita, sobre todo, que era sobrado poética é inexperta, procedía doña Beatriz con superior cautela y disimulo.

Desde la noche que habían ido al Buen Retiro, le había hablado varias veces del gentil caballero que las había seguido, pero sin descubrir jamás todo su pensamiento.

Doña Beatriz, por las frases que había oído al Conde de Alhedin y á sus compañeros, por el coche que había visto y por algunas noticias que despues había recogido con habilidad, sabía que el Conde era soltero, muy rico, muy noble, huérfano de padre, y con una madre que no tenía más voluntad que la suya. Ahora

bien: ¿qué imposibilidad habría en que el Conde se enamorase resueltamente de Inesita y se casase con ella? Más desiguales casamientos se han visto y se ven todos los días.

Con un poco de fortuna y con la rara discrecion de que doña Beatriz se juzgaba dotada, bien podría casar á Inesita con el Conde. Inesita era, como ya se ha dicho, una criatura adorable. Hasta su indiferencia, hasta su espíritu dormido á toda ambicion podría contribuir al triunfo. Nada suele perjudicar tanto á otras muchachas, en esto de atrapar un buen casamiento, como el afan cándido y mal encubierto de atraparle.

Así, pues, doña Beatriz dejaba dormir á su hermana y no procuraba despertar su ambicion. Aquel sueño indiferente y sublime era un arma poderosa de que no convenía desprenderse. Ella, sin decírselo hasta que llegase la ocasion oportuna, guiaría á su hermana sin sacarla del poético sonambulismo.

Sonámbula y todo, importaba, no obstante, que Inesita por sí misma se moviese; y para ello doña Beatriz había ya tocado, y áun pensaba tocar, cualquiera otro resorte de su alma, ménos el de la ambicion y la codicia.

Con estos planes é intenciones, la noche del día en que el Conde supo en el Ministerio de Hacienda quiénes eran sus desconocidas, hablaban éstas á solas en su pobre casa, mientras

aguardaban á D. Braulio, que estaba trabajando en la secretaría.

—No te entiendo, Inesita, decía doña Beatriz, sentada en una butaca enfrente de su hermana. Que yo no rabie, nada tiene de particular. Quiero bien á mi marido; mi deber y el fin de mi vida estriban en hacerle dichoso, y así nada tengo que buscar fuera de casa. Puedo vivir encerrada entre cuatro paredes sin desesperarme. ¿Qué voy á hacer yo, á qué puedo aspirar yo fuera de aquí? Pero tú, soltera, jóven y tan bonita, es un prodigio que te resignes á este retiro y aislamiento en que vivimos. Braulio es muy bueno; sería un santo si fuera mejor cristiano; pero es un huron y tiene sus caprichos. No quiere que volvamos solas á los Jardines. Y eso que ignora la persecucion de aquel condesito. Yo deseo llevarte á los Jardines á ver si te distraes, porque me pareces melancólica; pero, ¿qué le hemos de hacer? Solas no podemos ir con licencia de Braulio, ni ménos aún á escondidas. Dios me libre de oponerme á lo que él ordena. Además, sería fácil que lo supiese todo. No hay, pues, más recurso que aguardar á que Braulio quiera y pueda acompañarnos. Pronto acabará su tarea extraordinaria y no tendrá que ir de noche al Ministerio. Entretanto, no irá mañana, que es domingo. Mañana nos llevará. Yo lo conseguiré. ¿Te acomoda?

—Yo no tengo impaciencia ninguna ni afan

de divertirme, respondió Inesita. Comprendo bien que Braulio no quiera que vayamos solas. ¡Somos tan muchachas ambas!... Casi pareces tú más jóven que yo. Nos exponemos á mil sustos... á que nos persigan... á que nos falten al respeto... como el libertino de la otra noche.

—Tú exageras... el Conde de Alhedin no nos faltó al respeto. El pobre nos siguió como un tonto... tuvo sus tentaciones de hablarnos; pero al cabo no se atrevió, é hizo bien. Hubiera sido una botaratada imperdonable en persona de tantas campanillas y tan corrido. La verdad es que se entusiasmó demasiado para jactarse de tan hastiado, desdeñoso é invulnerable. Hija mia, le diste flechazo.

—Hermana, replicó Inesita con la mayor sencillez y naturalidad, no trates de lisonjear mi amor propio. No te creo. En todo caso fuiste tú y no yo quien flechó al Condesito: aunque, dejándonos de bromas, lo que debemos creer es que ni tú ni yo le flechamos. Excitamos su curiosidad por lo mismo que nadie nos conoce. Como es un vago, quiso seguirnos para pasar el tiempo. Tal vez la causa de que nos siguiese no fué para nosotras lisonjera, sino ofensiva; tal vez al vernos solas y tan jóvenes formó de nosotras una idea...

—Es posible... quizás al principio nos juzgó mal; pero, no lo dudes, juicio tan aventurado y poco favorable fué pasajero. No se sigue á

quien no se estima, como nos siguió el Conde. Aquellas vacilaciones, aquellos miramientos, aquella timidez en persona tan desenfadada y atrevida, nacen de respeto y no de menosprecio. Además, un hombre de mundo, entendido como es él, no podía caer sino por un breve instante en tan absurda alucinación. Mírate en aquel espejo (y doña Beatriz señalaba uno que estaba colgado enfrente, adornando la sala); sería menester ser un estúpido para no comprender quién eres tú; para pensar mal de tí al ver esa cara.

Doña Beatriz dió en ella á su hermana una docena de sonoros besos, alzándose de su asiento y abrazándola.

—¡Qué buena y qué loca eres! dijo Inesita. En seguida añadió :

—Vamos, quiero dar por cierto que el Conde nos siguió con entusiasmo; pero el entusiasmo ¿por qué había de ser yo y no tú quien le inspirase? ¿Crees tú que el Conde adivinó que estás casada?

—Indudable. No pudo creer de mí otra cosa, al verme sola contigo y al tenernos por mujeres honradas.

—Pero yo he oido decir que los libertinos persiguen más á las casadas que á las solteras, prosiguió Inesita con la terrible franqueza de su inocencia casi infantil.

—No es regla general. Voy, sin embargo, á

conceder que lo es. Todavía afirmo que no hay regla sin excepcion, y que en este caso el Conde ha perseguido á la soltera.

—¿Y por qué lo afirmas?

—Porque lo he visto.

—Yo no ví nada, porque no miraba.

—Apruebo que no mirases. Ese recato, esa indiferencia tuya picaron al Conde. Si llegas á mirarle, te hubiera seguido, aunque más audaz, con ménos empeño.

—Entónces, tú que le miraste, ya que observaste tantas cosas, ¿cómo no le hiciste formar ruin concepto de tí?

—Porque las casadas, cuando no somos muy tontas, usamos diversos estilos de mirar, y yo le miré como debía.

Inesita abrió los ojos y la boca como espantada al oír que había diversos estilos de mirar.

Doña Beatriz, sin desistir de su idea de que el candor de su hermana le daba más precio, empezó á reflexionar que, si este candor rayaba en ceguera, podía perjudicar á sus planes. Algo le pareció que convenía ya, cuando no desatar la venda, aflojarla un poquito. Era tiempo de iniciar á Inesita en los más sencillos misterios de este pícaro mundo. Moviada por este pensamiento, añadió doña Beatriz:

—Sí, hija mia, hay diversos estilos de mirar.

—Está bien, hermana, ya me lo explico, contestó Inesita. Aunque soy bastante boba é ig-

norante de todo, porque en el pueblo me he pasado la vida cosiendo, jugando á las muñecas, cuidando á nuestro anciano tutor y arreglando el altarito donde estaba San Antonio con el Niño Dios en los brazos, miétras que tú leías, estudiabas y conversabas, todavía se me alcanza que se mira de distintos modos: por ejemplo, con afecto y con indiferencia.

—Así es.

—Lo que no comprendo es por qué las casadas saben de eso, y no saben de eso las solteras.

—Porque las solteras no deben saberlo; porque, si lo saben, deben aparentar que lo ignoran, y porque pierden mucho si miran con arte, á no ser tan maravilloso el arte con que miren, que ni el más ladino le note.

—Y dime, hermana, ¿no pudiera ser que sin reflexionarlo y en virtud de ese instinto, más inspirado y ménos falible que la reflexion, mirase á veces una soltera boba tan bien ó mejor que las más hábiles casadas?

—Todo es posible. El ingenio lo puede todo. Voy, no obstante, á indicarte los tres principales escollos en que puedes tropezar si te pones á mirar á los hombres. Primer escollo: que se te vayan los ojos tras de aquel á quien mires, lo cual es rendirte, entregarte como atada de piés y manos, hacer que se entibie el amor si ya le inspiras, ó que burlen y profanen y escar-

nezcan tu amor, si no te corresponden. Segundo escolló: que por timidez ó desconfianza mires como asombrada y arisca, exponiéndote á pasar por boba ó por sosa no siéndolo. Y tercer escollo: que, poseedora de la ciencia del mirar y de las otras ciencias que la del mirar presupone, no atines á disimular y velar esta sabiduría, y te acusen y zahieran de lagarta, de licurga, de desenvuelta y libre y de harto sabida para soltera.

—Me parece, Beatriz, que para evitar esos escollos lo mejor es dejarse llevar del natural impulso.

—¡Ay, hija mia! No hay frase más vacía de sentido. Segun Braulio, que lee muchos librottes en los ratos de ocio, lo ménos lleva ya el género humano doce mil años de civilizacion. ¿Dónde habrá ido á parar el legítimo y puro natural impulso, despues de tanto jaleo de creencias, leyes, doctrinas, costumbres, usos, modas y convenciones sociales? Échale un galgo á tu natural impulso. Hazte salvaje, ó búscale entre los salvajes, si quieres tenerle. Además que el natural impulso, el impulso meramente natural, es vicioso y malo. Extraño mucho que una jóven, tan buena cristiana comó tú eres, se fie del natural impulso. Pues buena quedó la naturaleza, despues del pecado original, para que de ella nos fiemos.

—Mujer, me equivoqué, me expliqué mal. Lo

que yo quería decir era que debía dejarme llevar, para mirar, como para todo, de mis sentimientos cristianos, de ese natural impulso mio, modificado y depurado por la educacion moral y religiosa que á Dios gracias he recibido.

—¡Pero ven acá, inocente! ¿Qué trae la doctrina del Padre Ripalda sobre esos interesantísimos pormenores? No los previó y te dejó á oscuras. Nuestro tutor, en los largos sermones que nos echaba, jamás tocó este punto. ¿Cómo habían de calcular el Padre Ripalda ni nuestro tutor que ibas á pasearte en el Buen Retiro, y que ibas á ser perseguida por un condesito, buen mozo, elegante, ilustre, con coche, y con más de 15.000 duros de renta? En este caso complicado intervienen mil elementos ajenos á la teología moral. Y lo que es el coche, la elegancia, el condado, la renta de los 15.000, los conciertos del Buen Retiro y otra infinidad de circunstancias, nada tienen que ver con la naturaleza: están por cima de ella; pueden y deben calificarse de *sobrenaturales*, ya que van añadidas y como sobrepuestas á lo natural por la cultura del siglo.

La risa y el buen humor con que doña Beatriz decía todo esto, desconcertaron un poco á Inesita. No sabía si echarlo tambien á broma ó replicar seriamente. Resolvióse al fin por lo segundo, y dijo:

—Hermana, sean naturales ó *sobrenaturales*

las circunstancias, persisto en creer más seguro que cualquier artificio y estudio esto que yo llamo mi impulso natural. La sinceridad y la franqueza son siempre lo que más cuenta nos trae hasta por el lado práctico y útil. Niego esa ciencia ó ese arte del mirar. Para nada le necesito. Una doncella honrada y modesta debe mirar á todo galan como la buena crianza le aconseja, para no aparecer grosera, con el afecto general que siente ó debe sentir por todo prójimo, y con la debida circunspeccion para que el galan no interprete mal su benevolencia y se las prometa felices. Si el galan pasa de galan indiferente á galan amado, ya el amor inspirará á la doncella el conveniente modo de mirar á quien la enamora, sin que se canse en en aprenderlo por arte.

—Oye, Inesita, dijo doña Beatriz; no te hablo de broma, sino con gran seriedad en el fondo. Tú tendrías razon en lo que dices, si no hubiese período de transicion entre el estar enamorada y no estarlo. Tú misma lo has dicho: *Si el galan pasa de indiferente á amado*. Pues bien: para este paso son las reglas y el arte. A quien te ame y sea correspondido de véras, mírale como quieras. El amor mismo te enseñará el modo de mirarle; pero, hija mia, no se trata de eso; se trata de aquel á quien no amas aún y que aún no te ama.

—A ese le miraré como á prójimo.

—Ahí está tu error, Inesita. Tú no pones término medio entre el desamor y el amor. Ese salto sí que es anti-natural, peligroso é inverosímil. Nadie pasa, por fortuna, de la indiferencia al amor, sin grados, trámites y términos medios. ¡Pues no faltaba más! Hija, el amor viene poquito á poco. Desde la indiferencia, ó mejor dicho, desde el afecto general á todo prójimo hasta ese exclusivo sentimiento que se llama amor, hay una escala gradual que se va subiendo punto por punto, y que constituye el período del coqueteo. Sin tal coqueteo, sin irse encaramando por los grados ó escalones de la precitada escala, nadie llega jamás hasta el templo del verdadero amor, ni alcanza su gloria y sus favores regalados.

—¿Cómo es eso? ¿Con que yo no podré amar ni ser amada nunca sin coquetear ántes?

—No te niego la posibilidad; pero sería difícil, extraordinario. En novelas, en poesía sólo, se ve, por ejemplo, á un señor que ve pasar por la calle á una dama, y pataplum..., de repente..., cátales muerto de amor por ella... Ella también le mira..., y adios reposo y juicio; sin saber si es un tunante ó un hombre de bien, un tonto ó un sabio, un rico ó un pobre, ya la tenemos enamorada. Lo racional no es esto: lo racional es que las personas se traten, se hablen, se conozcan, se estimen, vayan aficionándose una á otra, hasta que al cabo se amen.

Todo este período es lo que yo he llamado el coqueteo. Mira tú si el coqueteo es necesario y útil. Sin él no hay amor. Y si no, ponte con una cara que despida huéspedes, no hagas caso de nadie, no mires á nadie sino como á prójimo, miéntras no sientas amor, y el amor ni acudirá jamás á tu alma ni tú le infundirás jamás en otra alma humana. El coqueteo es, pues, un rito, un culto, una plegaria, una evocacion del amor para que venga. Digo todo esto á fin de que te dejes de gazmoñerías y vayas siendo algo coqueta. Y como yo deseo que lo seas con distincion y suavidad, sin desafuero de ninguna clase, con la compostura y modestia que se requieren, y conservando ese maravilloso candor, ese aspecto de inocencia purísima que Dios ha puesto en tu ademan y en tu semblante, por eso te recomiendo el arte divino.

—Y con ese arte ¿qué ganaré?

—Ganarás que te amen. Vamos á un caso particular. Hablemos del Condesito de la otra noche. Bien sé que no le amas. Demos gracias á Dios de que no te ha hecho tan inflamable que te pongas á amar á un hombre sólo con verle de pasada. No es de presumir tampoco que él esté perdidamente enamorado de tí. Tampoco los hombres se enamoran de súbito. Lo que sí es probable, casi seguro, es que el Condesito te ha encontrado bella, airosa y elegante; ha imaginado que eres buena y que estás bien educada,

en lo cual no se equivoca, y te admira y le atraen hácia tí curiosidad, simpatía y otros vagos deseos y pensamientos. Te concedo, además, que el Condesito, con su petulancia, que es mucha, se promete triunfos y victorias que no te hacen favor. Pues bien; todo esto es el fundamento de un coqueteo. Importa no espantar esas simpatías nacientes poniendo cara de baqueta; importa refrenar las esperanzas infundadas y atrevidas; es menester domar con el debido respeto todo irreverente propósito; y se debe, por último, atraer al Condesito á ver si te ama y tú le amas.

—Pero si yo no le amo.

—Ya sé que no le amas. ¿No lo he dicho? Ni él te ama tampoco. Pero, ¿te amaré nadie nunca ni tú amarás á nadie si sigues así? ¿Cómo ha de acudir á tí el amor, si le oseas cual si fuese pájaro de mal agüero?

Inesita casi se sintió vencida. Su hermana siguió haciendo tan sábias y profundas reflexiones, que la chica vino á alucinarse y á imaginar que el coqueteo, dentro de ciertos límites, era un deber al que estaba faltando. Inesita prometió, pues, seguir los consejos de su hermana hasta donde, sin violentarse, le fuera posible, y ser un poquito coqueta, con dignidad y con el arte que iría aprendiendo.

Doña Beatriz dió por cierto que á la noche siguiente, en el Buen Retiro, hallarían al Con-

desito, serían perseguidas por él y habría ocasión de que Inesita mostrase su aptitud, no probada aún, para la coquetería.

Segun doña Beatriz, todo el papel de Inesita, en la noche siguiente, debía limitarse á decir con los ojos, por estilo vago y claro sin embargo, con tal arte que pareciese la frase irreflexiva y espontánea, con impecable pureza y sencillez de intencion, y sin prometer nada que pasase de amistad: «Me es V. simpático, aunque deploro que sea V. un tanto cuanto fatuo. Me alegraré de tratar á V., mas para ello quiero que sea V. ménos presumido y más comedido, y que se haga presentar, como la buena sòciedad exige, y de modo que no choque.»

Inesita sostenía que con los ojos era imposible enjaretar tan larga perorata. Doña Beatriz, por el contrario, aseguraba que con los ojos se decía todo sin dificultad alguna.

En esta cuestión estaban, cuando llamó á la puerta D. Braulio y entró luégo en el cuarto, interrumpiendo á las dos hermanas.

El hombre era segun se le habían descrito al Conde de Alhedin: flaco, calvo, pequeño de cuerpo, nada bonito; y, aunque sólo tenía 45 años, parecía tener 10 más, porque el trabajo, los cuidados y los disgustos le habían envejecido. Estaba vestido con limpieza y sencillez. Su rostro moreno tenía admirable expresion de bondad y de inteligencia. Sus ojos negros,

única cosa bella que había en él, brillaban á cada mirada con luz viva y penetrante. Sus mejillas hundidas estaban surcadas de arrugas; pero en su boca, más bien grande que pequeña, había firmeza y brío, y sus labios delgados se plegaban con gracia, prestando animacion á toda la fisonomía y dejando ver dos hileras de dientes blancos, sanos y bien puestos. La nariz de D. Braulio, aunque no deforme, era un si es no es acaballada ó de pico de loro.

Don Braulio venía muy fatigado, y á las pocas palabras que habló con las mujeres pensaron todos en retirarse á dormir.

La primera que salió de la sala fué doña Beatriz.

Don Braulio quedó un momento solo con Inesita. Acercóse entónces á ella y le dijo en voz baja:

—Inés, tengo que cumplir con una comision que para tí me han dado. Toma esta carta, guárdala y léela con detencion y reposo. El que la escribe exige que no hables con nadie de la carta sino conmigo, si quieres. Hasta para tu hermana ha de ser un secreto. ¿Lo entiendes? Hay además otra condicion extraña. La contestacion que has de dar no se te admite hasta dentro de un mes, y se te suplica al mismo tiempo que no retardes el darla más de cuatro meses.

Don Braulio, dicho esto, puso la carta en

manos de Inesita, y se fué por donde su mujer había ido, sin aguardar á que Inesita leyese la carta ó le hiciese alguna pregunta sobre ella. Parecía que D. Braulio deseaba tambien que Inesita meditase con sosiego, ántes de hablarla del importante negocio de que sin duda la carta trataba.





V.

Apénas Inesita se quedó sola, miró el sobrescrito de la carta, y, sin emocion, casi sin curiosidad, al ménos perceptible, iba á abrirla y á leerla, cuando apareció en escena un nuevo personaje, que hizo que la muchacha se guardase precipitadamente la carta en el bolsillo.

Este nuevo personaje era el ama Teresa. Llamábanla ama, no porque jamás lo hubiera sido de cría, sino porque había sido ama de gobierno del señor cura. Estaba ya más cerca de los 60 que de los 50 años, y había cuidado con grande esmero y cariño de Beatriz y de Inés, desde que ellas habían quedado huérfanas. A las dos las quería mucho; pero como había cuidado á Inesita desde más niña, y como Inesita seguía soltera, tenía con ella mayor familiaridad y confianza.

Por extraña alucinacion, más frecuente de lo que se piensa, el ama, como si los años hubieran pasado en balde ó no hubieran pasado, no veía en Inesita á la mujer ya formada, sino á la niña pequeñuela que había mimado tanto.

Seguía, pues, mimándola y tratándola como si Inesita tuviera cinco ó seis años. Sus acciones con relacion á Inesita se resentían de dicha alucinacion; pero en sus discursos, cuando hablaba con ella, había una combinacion graciosa de los mimos é inocentadas con que se habla á las criaturitas, y de los esfuerzos de ingenio y de estudiada discrecion con que las personas ignorantes y rudas procuran nivelarse con aquellas de cuyo saber é inteligencia han formado el concepto más ventajoso.

En cuanto tenía ó creía tener por experiencia alguna superioridad, el ama hablaba á Inesita con dulce imperio, miéntras que en negocios de más alta trascendencia, en lo que iba más allá de lo material y presuponía cierta cultura del espíritu, el ama se dirigía á Inesita con respeto profundo y con el afan de ponerse á su altura. Por lo demas, el ama se complacía en discretear con Inesita, en contarle sus impresiones y en buscar modo de poder decir que discurría como ella; que su espíritu y el de Inesita estaban en completa consonancia.

—Vamos, dijo el ama; ¿qué haces aquí ton-teando? Ven á acostarte. Nada es más dañino

para la salud que esta pícara usanza de Madrid de hacer del dia noche y de la noche dia.

—Ya voy, contestó Inés.

Y siguió al ama, que la acompañaba siempre, la ayudaba á desnudarse, como á vestirse, y nunca se apartaba de ella por la noche hasta dejarla en la cama.

El cuarto de dormir de Inés estaba puesto con singular esmero y limpieza. Sobre la cómoda, en una urna de vidrio, se veía un San Antonio de Padua, de bulto, hecho de barro cocido y pintado por no vulgar artista. El jóven Santo, gloria de Lisboa, era muy lindo de cara, tenía buenos colores, como si la vida penitente no le hiciese mella por la gracia de Dios, y se mostraba alegre y extasiado, mirando al Niño Jesus, el cual estaba en sus brazos y le prodigaba mil regalados favores.

La pobre cama de Inesita, las tres sillas que tenía, y un pequeño velador, sobre el cual había recado de escribir, eran la pulcritud misma. Completaba el mueblaje un armario de pino con puertas vidrieras, dentro del cual había varios libros y no pocas curiosidades y primores de casi ningun valor; pero que allí estaban custodiados como si fueran los más portentosos objetos de arte. Allí aparecían, colocados en buen orden, los reyes magos y algunos pastores y zagalas de un antiguo nacimiento, un ángel, dos muñecas vestidas con mucho aseo, y varias.

cajitas y otros juguetillos, que daban testimonio de lo cuidadosa y guardadora que era su hermoso dueño.

La ropa blanca de Inesita estaba en la cómoda, y los vestidos y demas galas se conservaban en un cuartucho oscuro, inmediato á la alcoba, donde había perchas, y donde los cubrían algunas colchas viejas de indiana y de coco.

Lo primero que hizo Inesita fué esconder la carta con el mayor disimulo entre la almohada de su cama y la funda. Luégo dejó reposadamente que el ama la ayudara á desnudarse, lo cual fué obra de pocos minutos. Y quedó al fin en la cama, con el pelo, no recogido en red ni en cofia, sino suelto en rica y dorada madeja.

Dijo Inesita que no tenía ganas de dormir y rogó al ama que le dejase luz para leer en un libro devoto durante media hora siquiera. El ama, aunque á regañadientes, tuvo que aproximar á la cama el veladorcillo y dejar en él encendida una vela.

Durante todo esto no estaba ociosa la lengua del ama. Inesita casi respondía siempre por monosílabos, deseosa de que terminase la charla y de quedarse sola; pero el ama estaba en vena aquella noche y no acababa con sus reflexiones y discursos.

Entre otras cosas decía:

—Hija, no se me alcanza el gusto que puedan tener tu hermana y su marido en vivir en

este laberinto de la corte. ¡Cuánto mejor estábamos en nuestro pueblo! Verdad es que allí el sueldo era más ruin; pero... si allí con una peseta se hace más que aquí con un duro... Yo, lo confieso, me ahogo en estos tabuquillos y chiribitiles en que vivimos. ¡Cuánto echo de ménos aquellos patios, aquellos corralones de mi tierra! ¡En la cocina del señor cura cabía toda esta habitacion y sobraba sitio! ¡Y luégo... vivir tan altos... tan encaramados! ¡Vaya si hay escalones hasta llegar aquí! Y no es esto lo peor. Lo peor es el poco ó ningun caso que aquí le hacen á una. Todavía no tengo en Madrid persona con quien hablar. Allá en el pueblo, ¡qué delicia! Salía yo á la calle y no había perro ni gato que no me dijese: Dios guarde á su merced: adios, ama Teresa: ¿cómo lo pasa usted, señora? y otras cosas por el estilo. Aquí no hay un alma que me dirija la palabra y me dé los buenos dias. Luégo todo está carísimo: se come oro: ó es menester ponerse á dieta ó gastar en comer cuanto dinero hay. Dentro de poco empezarán los zorzales, y en nuestra tierra llegan á ponerse hasta á cinco cuartos el par. Vé tú á comerte aquí dos zorzales tan gordos como aquellos. Ya, ya... trabajo te mando... Sobre que no los hay... Y toma... Si los hubiera, costarían un ojo de la cara. ¡Pues á fe que te gustaban á tí poco los zorzales! ¿Y las anguilas? ¿Y las ancas de rana? Nada de

esto está por aquí á nuestros alcances, sino cuando repican recio.

—No seas golosa, ama; no seas golosa; no te acuerdes tanto de las ollas de Egipto, como decía el señor cura, quien te solía reprender por ese vicio de la gula, dijo Inesita riendo.

—No es gula, ingrata. Yo me lamento por ti y no por mí. A mí me basta con un plato de alboronía ó con un gazpacho. Por otra parte, yo no me duelo sólo de la comida, sino tambien de otras cosas. Y me duelo con razon. Y si no, seamos francas... ¿Crees tú que es tan fácil que en Madrid te salte un buen novio?

—Déjalo..., que no me salte. Si yo no estoy impaciente por tener novio.

—Pues, ¿qué quieres tener? ¿Qué diablos han de tener las muchachas?

—Nada, mujer; nada...

—No, señorita; es menester que salte un buen novio y casarse. Tu hermana es excelente, tu cuñado es un santo, pero no has de vivir toda la vida con ellos y medio á expensas de ellos.

Inesita exhaló un suspiro, y el ama prosiguió.

—En el pueblo, para ti que eres una real moza, ¿cómo había de faltar algun rico hacendado, algun propietario ó labrador con el riñon bien cubierto, que aspirase á tu mano? Pero aquí me parece difícil. Los ricos andan embau-

cados con las marquesas y con las duquesas ó con mil tunantas de mala ralea que los explotan. ¿Qué es lo queda para señoritas pobres como tú? Nada..., el apodo de cursis que suelen prodigaros..., y algun Don Líquido degollante..., con más hambre que vergüenza y con más trampas que medios de ganarse la vida.

—¿Quién sabe, ama? contestó Inesita. No te apures tanto por mí. Dios proveerá. Adios y déjame ya sola.

El ama no tuvo más remedio que irse. Besó á su niña, y recomendándole que apagase pronto la luz y se durmiese, se salió del cuarto, cerrando cuidadosamente la puerta.

No bien quedó Inesita en la soledad, sacó del escondite la carta, y leyó lo siguiente:

«Mi apreciable señorita y querida amiga: A pesar del respeto con que siempre he tratado á V., no dejará V. de haber notado el cariño más que fraternal que desde que era V. niña le profeso. La diferencia de clase que hay entre V. y yo, y la escasez de mis bienes de fortuna, no me dieron nunca ánimo, miétras estuvo usted aquí, ni para soñar siquiera que podría yo pretender á V. á fin de que hiciese mi dicha, aceptando mi mano. Desde que V. falta de este pueblo, Dios me ha favorecido, bendiciendo mi trabajo y desvelo, y cuento ya con rentas y medios para vivir aquí con familia, casi tan bien como los más pudientes. Este cambio ó

mejora en mi posición y la consideración de que su hermana de V. tomó por marido á un hombre honrado y pobre, y de que V. no ha de ser ni más ambiciosa ni más exigente que ella, me dan al cabo el atrevimiento que me ha faltado hasta el día, y me llevan á declararle que la quiero de amor y que sería yo el más dichoso de los hombres si V. me correspondiese.

»Conozco la nobleza y generosidad del corazón de V., y sé que jamás se casará V. por mero cálculo; pero no soy tampoco tan irreflexivamente entusiasta que no entienda que al dar paso tan importante como el de ligarse para siempre y formar una familia, no deban consultarse, pesarse y medirse las dificultades que ofrece la vida, y los recursos que hay para vencerlas. Por esto último, digo á V. con franqueza, sin creer que en ello la ofendo, que tengo hoy bastantes bienes. De lo que poseo podrá informar á V. circunstanciadamente su cuñado y amigo mio D. Braulio.

»En cuanto á mi persona, V. me conoce y decidirá. Sé que no la merezco á V., pero el amor me hace atrevido, y de él imploro que me preste los merecimientos que me faltan.

»No quiero que V. se decida de repente, sino despues de exámen muy detenido, á fin de que no tenga que arrepentirse de una ligereza. La vida de Madrid debe de tener extraordinarios atractivos para las jóvenes. Quiero que vea us-

ted á Madrid, y que conozca y aprecie todos esos atractivos, á fin de que renuncie á ellos, sabiendo lo que renuncia, cuando me dé un sí, si por dicha me le da. Si V. uniese su suerte á la mia, sería aquí respetada y amada; la rodearía yo de todo aquello que pudiera serle grato, hasta donde el bienestar y la cultura de estos lugares lo consienten; pero tendría V. que desistir de toda idea de volver, como no fuese de paso, á las grandes ciudades. Mi ambicion y todos los planes de mi vida están cifrados en cuidar de mi caudal y en hacerle mayor en este pueblo, donde quiero que vivan tambien mis hijos, si Dios me los concede. Por esto pongo un plazo á la contestacion que deseo, y suplico á V. que no me la dé precipitada. Mi impaciencia es grande, pero sé refrenar mi impaciencia cuando se trata de mi felicidad de toda la vida, y sobre todo de la de V., que me es mil veces más cara.

»Tengo un capricho, y le llamo capricho porque sería prolijo exponer aquí las razones en que se funda: tengo el capricho de que usted, con plena libertad, sin que nadie influya con sus consejos en favor ó en contra, decida de mi suerte, desdeñándome ó favoreciéndome.

»Así, pues, esta declaracion mia es un secreto para todos, incluso para su señora hermana de V., doña Beatriz. Sólo D. Braulio sabe

el paso que doy; pero D. Braulio me ha prometido no abogar por mí y se limitará á dar á V. los informes que V. pida.

»Aguardaré hasta dentro de un mes, lo ménos. No atribuya V. á frialdad de mi alma este largo aguardar que yo mismo impongo. Atribúyalo á la idea tan alta que tengo de la solemnidad y consecuencia del compromiso que induzco á V. á contraer.

»De V. depende mi dicha; pero no dude V. de que, áun desdeñado, seguirá siempre admirándola y amándola su afectísimo.—PACO RAMIREZ.»

Inesita leyó esta carta con muy viva satisfaccion, mostrándola en el carmin que animaba y encendía su rostro. Nadie, sin embargo, que la hubiese observado en aquel instante, á no poseer facultades sobrenaturales para leer en las almas, hubiera descubierto si la satisfaccion era sólo de vanidad por verse querida, ó tambien de amor hácia la persona que se empeñaba en enamorarla.

Leida la carta, Inesita se levantó de la cama, abrió el cajon de arriba de la cómoda, y guardó la carta en él bajo llave.

Luégo volvió á acostarse, apagó la luz, y se colocó cómodamente para meditar quizá sobre el contenido del mencionado documento, y para dormir al fin.



VI.

A la mañana siguiente, Inesita y D. Braulio, mientras que doña Beatriz, ménos madrugadora que ellos, estaba aún en cama, tuvieron una larga conversacion acerca sin duda de la carta de Paco Ramirez.

Despues fueron juntas á misa las dos hermanas; despues almorzaron todos; y por último, D. Braulio, no sin prometer ántes que aquella noche llevaría á las dos muchachas á los jardines del Buen Retiro, se fué al Ministerio de Hacienda. Aunque domingo, D. Braulio motivó su ida ó dió pretexto á ella, suponiendo que tenía ocupaciones extraordinarias.

Ya en su despacho, donde nadie había acudido más que él, D. Braulio, en vez de estudiar expedientes, estuvo largo tiempo sentado, con los codos sobre su bufete y las manos en las mejillas, estudiándose á sí mismo. Este es-

tudio no debió de dar muy satisfactorio resultado. Don Braulio suspiró varias veces; frunció las cejas; mostró cierta cólera dando algunos puñetazos, y acabó por enternecerse y derramar dos lágrimas, que lentamente le surcaron el rostro.

Entonces, como por vía de desahogo y consuelo, escribió á Paco Ramirez la siguiente carta:

«Querido Paco: Anoche cumplí tu encargo con todos los requisitos y precauciones que me encomendabas. Beatriz ignora y seguirá ignorando el paso que has dado. Inés es muy sigilosa. En cuanto al efecto que la lectura de tu carta pueda haber producido en su ánimo, yo no sé qué decirte. Hoy de mañana he hablado con Inés; pero el corazón de una doncella es impenetrable, insondable como un abismo. El pudor, la candidez, la inocencia, todas esas prendas que los hombres estimamos mucho, forman, no ya un velo tupido, sino una muralla, alta y gruesa, que sirve de reparo al corazón para que no se descubra ni se lea lo que en él importa leer. De aquí el engaño que padecen con frecuencia los hombres más despejados; engaño que no ven, sino cuando ya no tiene remedio: despues que se casan.

»Inesita parece, y yo creo que es, candorosa, buena, franca, todo lo que tú te imaginas; pero no deja descubrir, no ya si te quiere ó no, sino

si tu carta la ha lisonjeado ó no la ha lisonjeado. Eso sí: ella se ha mostrado muy agradecida al cariño y confianza que te infunde. De cuanto me ha dicho infiero además otra cosa muy importante. Si Inés reflexivamente hubiera pensado esta otra cosa, sería algo de censurar tanta reflexion; pero yo creo que ella la siente de un modo instintivo, sin darse cuenta completa, y atinando sin embargo con lo justo. En suma, Inés no calcula ni reflexiona, sino siente y percibe que tu plan es malo y ocasionado á error. Tú le propones que se decida en un mes, ó por los placeres de esta capital, por los triunfos de amor propio que aquí pueda tener y por las esperanzas ambiciosas que puedan nacer en su alma, ó por tu persona, tu amor y tu mano. Esto sería discreto si no hubiese una circunstancia que lo echa á perder y que ha descubierto ella en seguida.

»Es esta circunstancia tu ausencia. Ausente tú y presentes todos esos bienes, aparentes ó reales, que ha de abandonar por ti, la partida no es igual. No eres tú quien lucha, sino tu recuerdo, el cual, si por un lado vale ménos que la persona misma, por otro lado puede valer mucho más, si la poesía le hermosea. En resolucion: Inésita no va á abandonar esto por ti, dado que te prefiera, sino por el recuerdo que tiene de ti, á quien no ve hace tres años. El recuerdo además tiene que ser confuso, in-

completo, de diversa suerte, y ella tendrá que completarle y transformarle con la fantasía. Ella no te puede recordar como una mujer recuerda á un hombre, como una novia recuerda á su novio, sino como una niña recuerda á su hermano mayor. Tiene, pues, que añadir imaginariamente la cualidad de amante y pensar en ti de otra manera que hasta ahora ha pensado.

»Todo esto, y más que tú comprenderás sin que yo lo diga, se agita en la mente de Inés. Yo interpreto; acaso me equivoque, pero se me antoja que ella se pregunta: «¿Me gustaba Paco cuando le veía en el pueblo, como debe gustar un novio á su novia? ¿Me gustaba sólo como hermanito? Y si me gustaba ya como novio, ¿era porque él se lo merece ó porque en el pueblo no había yo visto á otros hombres que se lo mereciesen más? ¿No podrá acontecer que ahora poetice yo á Paco en mi recuerdo, y que le halle, cuando le vea, muy por bajo del recuerdo mismo? En su propia alma, ¿no puede darse un fenómeno semejante? Sea por lo que sea, explíquelo él como quiera explicarlo, es lo cierto que nada me dijo de que me amaba cuando vivíamos juntos, y ahora, que no me ve hace tres años, me declara su amor y quiere casarse conmigo. ¿En qué consiste esto?» Inés no responde á tales preguntas. No resuelve ninguna de las dudas que la asal-

tan. Entiendo, pues, que lo que desea, aunque no se atrevió á decírmelo, es que tú vengas por aquí; único modo para ella de verlo claro todo; de convencerse de que la quieres, y de comprender si ella te quiere á ti, prefiriéndote á todos los encantos madrileños, los cuales, á la verdad, son mil veces menores de lo que tú piensas, para los pobres como nosotros.

»Inesita no ha expresado, repito, el deseo de que vengas. Yo soy quien creo adivinar en ella este deseo, que tiene razon para sentir y no expresar. Ella no puede decir: «Venga V. á ver »si me gusta y luégo hablaremos: luégo le diré »que sí ó le daré calabazas.» Esto, sin embargo, es lo razonable.

»Por lo demas, yo nada tengo que censurar en tus planes, sino mucho que aplaudir. Si te casas, debes quedarte ahí donde eres uno de los primeros, y no venir á grandes poblaciones; donde tendrás que ser de los últimos.

»Para hombre de cierta clase y casado con mujer de ciertas condiciones es terrible esta vida.

»A ti sólo, que eres mi amigo más íntimo y leal, puedo decírtelo; y á tí no puedo ménos de decírtelo, á fin de aliviar el peso de mi angustiado corazon: soy muy desdichado.

»Beatriz se casó conmigo por amor. A pesar de la gran diferencia de edad, me quiso, no hallándome inferior á cuantos ahí había visto.

Creo que Beatriz sigue queriéndome; pero el temor de que me pierda el cariño, la sospecha de que el alto concepto que de mí formó vaya rebajándose de continuo, me tiene constantemente sobresaltado.

»El menosprecio es contagioso. A fuerza de mirar mi mujer el pobre papel que hago; lo desdeñado que estoy; la humilde posición que ocupó, ¿no acabará por desdeñarme también? ¿No acabará por odiarme, si considera que la hago víctima de mi mala ventura? Ahí, aunque pobre, era una señorita de las primeras. Aquí es la mujer de un oscuro y miserable empleado, de quien nadie hace caso.

»Yo tengo mi teoría, con que me consuelo de mi mala ventura y saco á salvo mi orgullo. Pero ¿cómo convertir á mi mujer y hacerla creyente de mi teoría? ¿No le parecerá falsa?

»Mi teoría es como sigue. Yo creo que el entendimiento es uno, y me figuro un instrumento para medirle semejante al termómetro. Pongamos en él 100 grados, que es número redondo, y con 20, en mi sentir, bastará para todo lo práctico de la vida si la fortuna sopla y las circunstancias son favorables. Con los 20 grados se llega á ser ministro celebradísimo, príncipe de gran mérito, presidente de república, banquero poderoso y hasta cardenal y papa. Para hacer todos estos papeles medianamente, basta con la mitad de los grados; basta

con 10. Seamos, no obstante, pródigos, y concedamos 20 á las más altas notabilidades de la vida social y política. Todos los grados de entendimiento que tengas por cima de los 20, no sólo te serán inútiles, sino nocivos; te distraerán de lo que importa á tu interes; te harán pensar en multitud de asuntos inútiles en que no piensan los tontos; te concitarán el odio de los demas hombres, ó harán que te miren como á un bicho raro y estrafalario; y de nada podrán servirte si no llegan á los 100, que son ya los grados del *genio*. Podrán tambien perjudicarte excitando tu amor propio y haciéndote pensar que eres *genio* ó estás cerca de serlo, con lo cual es probable que te pongas en ridículo. Para ser *genio* se requieren los 100 grados bien cubiertos, y áun así, el *genio* suele quedar latente si el hado propicio no le saca á relucir. Entónces aparecen Cervántes, Newton, Shakspeare, Hegel y otros tales. Miéntras esto no aparece, no hay sér más deplorable y cómico que el hombre que tiene, en nuestro siglo, más de los 20 grados de entendimiento, necesarios para llegar á lo más sublime de la vida práctica, en el medio ó ambiente de civilizacion que nos circunda. Claro está que, segun progrese el género humano, subirá el nivel y serán menester más grados para lo práctico, así como, en antiguas edades, se requerían ménos. En el estado salvaje, pongo por caso, bas-

tarán dos ó tres grados. No se requería para cazar y pescar, para estratagemas guerreras, etc., sino cierta astucia, cierto instinto poco superior al de las bestias feroces. Todos los grados de entendimiento, que sobre esto tenía entónces un hombre, eran dón funestísimo y absurdo lujo. Ahora, como ya se han aplicado á la guerra las matemáticas y otras ciencias, y se caza y se pesca en la Bolsa, en los Congresos, en sociedades mercantiles é industriales, no disparando flechazos, sino creando valores, acciones, obligaciones y otros proyectiles más complicados, los grados que se necesitan son 20. Repito que, como el mundo va de prisa, dentro de un par de siglos se necesitarán 40; mas por lo pronto, ya está aviado el que pasa de los 20. ¡Qué estorbo tan horrible en los grados que le sobran! El sentido más hondo, más filosófico, más transcendental de la frase *pasarse de listo*, consiste en esta superioridad lastimosa. Todos los tiros que se disparan se escapan por cima del blanco. La crítica asesina precede además á toda inspiracion y te la mata. No haces mil cosas porque te parecen tonterías; otro las hace, y medra. En cambio, lo que tú haces por parecerte discreto, ó mal comprendido, ó juzgado sólo por el éxito, que suele ser deplorable, parece tonto á todo el mundo.

» Tal es, en resúmen, mi teoría. Con ella trato en balde de consolarme de mi corta ven-

tura, teniendo la inocente vanidad de creerme con más de los 20 grados y de *pasarme de listo* en el sentido más profundo y filosófico de la frase.

» Esta triste satisfaccion que yo me doy es por demas alambicada para que le valga á mi mujer. Ella no mira sino que va á pié, que vive en pobre casa, que nadie la atiende, y que el respeto, la consideracion y la lisonja de que anhela verse rodeada, le faltan por mengua mia.

» Yo noto, mido, calculo instante por instante el rápido progreso que hace este mal en el corazon de ella. En esto tambien me paso de listo. Soy listo para atormentarme. Me comparo al médico cuando advierte los progresos de la tisis en una persona querida; prevé los estragos que va á hacer, y no sabe ni evitarlos ni remediarlos.

» De sobra veo patente el desprecio de mí que poco á poco va entrando en el corazon de Beatriz y devorando el afecto que me tiene. Pero ¿cómo impedir esto? ¿Cómo probarle que valgo más que los dichosos y encumbrados y ricos? Cuanto discurso haga contra ellos parecerá sugerido por la envidia y me hará más despreciable á sus ojos.

» Si yo fuera jóven, hermoso y robusto, me quedaría la esperanza de que por ello siguiese Beatriz amándome, aunque dejase de tener elevada opinion de mis prendas intelectuales; pero

estoy viejo y achacoso, y soy enclenque y feo como el demonio. Me aplico, pues, con amargura aquella pregunta del poeta:

¿Qué le queda al demonio ¡vive Cristo!
Si se le quita la opinion de listo?

Y sin vacilar respondo: Nada. Pronto no quedará nada para mí en el corazón de ella, sino ofensiva compasión, si no gasta toda la que tiene en compadecerse á sí misma. Y más vale que no me compadezca. Bien dice nuestro inmortal novelista: «Y sobre todo, el cielo te »guarde de que nadie te tenga lástima.»

» Yo estallaría, me ahogaría si no comunicase con alguien mis penas. Por eso te las confío. Beatriz no advierte nada. ¿Cómo, de qué, por cuál motivo quejarme con ella y de ella?

» Yo la amo con toda mi alma, y necesito para ser feliz que ella me ame y me respete. Pero aquello de que el amor impone el amor, es una mentira. Y tampoco quiero yo que me ame y me respete, para cumplir una obligación, en virtud de un contrato.

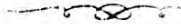
» Veo, pues, que voy perdiéndolo todo en el alma de Beatriz, y no le doy á conocer que lo veo. Percibo claramente el abismo en que voy á caer, y sigo caminando hácia él sin que me sea posible torcer por otro camino ó cegar el abismo.

» Esta es mi horrible situación. A nadie, ni á

ti mismo, debiera confiarla; pero necesito depositar en alguien mi secreto dolor. Vén por aquí á consolarme. Vén tambien por Inesita. Acaso te ame. Es buena y cariñosa como Beatriz, y no tiene ambicion como Beatriz. Además, tú eres jóven y buen mozo... ¡Qué desatino hice en casarme? Pero ¿qué había de hacer, si estaba enamorado! ¿Quién me quitará la gloria de haber sido amado de ella? Ella me ha amado; ella me ama todavía. ¿De qué voy á arrepentirme? ¿Quién, por temor de perder el bien, se lamenta de haberle logrado?»

Tal era la carta que escribió D. Braulio, que cerró cuidadosamente y que certificó para que no se perdiera, ántes de confiarla al correo.

Hechas ya sus delicadas y lastimosas confianzas, se sintió algo más aliviado y sereno, y se dispuso resignado á cumplir la promesa de llevar aquella noche á Beatriz y á Inesita á los Jardines del Buen Retiro.





VII.

Los poetas dramáticos tienen que hacer hablar á sus personajes segun el carácter, condicion y pasiones que representan, sin que en tan estrecho cuadro, como es el de un drama, haya fácil modo de poner correctivo á las malas doctrinas ó sentencias inmorales que dichos personajes puedan emitir. Así es que los pobres poetas dramáticos fluctúan entre dos escollos. O bien convierten á sus héroes en enojosos y pesados predicadores, ó bien, si los dejan hablar lo que la pasion naturalmente les inspira, se comprometen á responder ante la posteridad, y si sus obras no llegan tan léjos, ante sus contemporáneos, de todos los extravíos, delirios y ensueños que ponen por fuerza en boca de los hijos de su fantasía, acalorados y vehementes. Así, para ilustre ejemplo de lo dicho, citaremos á Eurípides, á quien, desde muy antiguo, han acusado de corruptor. Sabido es que César, á fin de justificar todas las insolentes

cias y maldades de que se valió para apoderarse de la dictadura, repetía con frecuencia ciertos versos del trágico mencionado.

Yo, en general, soy muy opuesto á enseñar nada en obras de amena literatura, y mil veces más opuesto si la enseñanza es de máximas pecaminosas. Por esto escribo novelas y no dramas. En la novela caben todas las explicaciones: en pos del veneno se administra la triaca. El autor puede tomar la palabra en medio de la narracion y contradecir á sus personajes, mitigando ó ahogando en seguida el mal efecto que las opiniones de cualquiera de ellos hayan producido.

Prevaliéndome de este permiso, y para aquietar mi conciencia, harto escrupulosa, tengo que hablar ahora de D. Braulio y de su carta, la cual contiene proposiciones aventuradas sin duda, y que creidas por el cándido lector, pudieran pervertirle con una de las más feas perversiones que se conocen, la de considerarse *genio* no comprendido; sér superior desatendido injustamente.

Don Braulio trabajaba como un negro en su oficina, pasaba por un empleado probo é inteligente, y no descubría sus humos de *genio* ó *semigenio* sino con el mayor sigilo y á su amigo más íntimo.

Su teoría orgullosa le servía de consuelo, ó al ménos de alivio en ciertas amarguras y sos-

pechas, que le atormentaban cruelmente, sin que sepamos aún hasta qué punto doña Beatriz había dado motivo para ello.

Don Braulio, por último, si se juzgaba víctima, no culpaba á la sociedad en su conjunto, ni á ningun individuo singularmente, sino suponía que todo emanaba, por manera fatal é inevitable, de la misma naturaleza de las cosas.

En suma, D. Braulio, melancólico por temperamento, poco favorecido de la fortuna, y enamorado y celoso sin saber de quién, deliraba acaso forjando teorías; pero no dejaba que dichas teorías trascendiesen á la práctica; y parecía á la vista del más lince, como un empleado modesto, que sabía todo cuanto importa saber y hacía cuanto importa hacer para ganar el sueldo en conciencia y no estafar al Tesoro público ó tomar las oficinas por hospicios destinados á gente de levita ó á mendigos de privilegio.

En cuanto á la teoría en ella misma, no hay poco que decir en contra; pero aquí no vamos á filosofar, sino á narrar. Diré, con todo, que aún suponiendo que en cada grado de cultura á que va llegando la sociedad, se requieren sólo ciertos grados de entendimiento para lo práctico y diario, y que los demas grados son del todo superfluos, inútiles y hasta nocivos, salvo en casos excepcionales, todavía habrá que conceder que el entendimiento no es la

única potencia del alma que vale al hombre para lograrse; la voluntad, el carácter, entran también por mucho.

Por otra parte, el entendimiento, en su esencia, es semejante á Dios; nadie le ve, nadie le conoce, nadie le reverencia y acata sino en sus obras. Así es que D. Bráulio, ó cualquiera otro, podría tener más de los veinte grados de entendimiento, que, en su sentir, eran necesarios ó convenientes para lo práctico, pero cuando este plus, cuando esta sobra intelectual no se manifiesta en nada, sino en echar á perder el entendimiento que está en uso, no hay razón para quejarse de que el mundo no aplauda ni se pisme de lo invisible y recóndito que no puede sondear, ni penetrar, ni desentrañar. ¿Quién sabe si el amor propio engaña y hace creer á muchos que poseen ese entendimiento excesivo y supérfluo, y tal vez no poseen sino una dosis superlativa de fatuidad? Y si no engaña el amor propio, si en realidad tenemos ese superior entendimiento, y no llegan las circunstancias favorables en que se muestre, lo mejor es callarse, resignarse y vivir como viven los hombres ménos despejados, sin presumir de genios, sino trabajando humildemente para ganarse la vida, tratando de igual á igual con los séres vulgares, y reservando el superior entendimiento para hablar con Dios ó con séres sobrenaturales, ó para conversacion inte-

rior con uno mismo, si no cree en nada el semi-genio, ó si á pesar de su categoría mental no se dignan los ángeles ni los númenes bajar del cielo ó del Olimpo á fin de tener con él un rato de palique.

Voy á poner por caso la vida de Spinoza. Esto explicará mejor mi idea. Figurémonos que aquel sabio no hubiese escrito sus obras filosóficas; que por cualquiera motivo se hubiese llevado al sepulcro el secreto de su admirable, aunque extraviada aptitud para las más profundas especulaciones metafísicas. Claro está que, abrumado dicho hombre extraordinario por sus sublimes y extraños pensamientos, no hubiera sido en la vida práctica ni rico fabricante, ni mercader dichoso, ni hábil hombre político, ni nada por este órden; pero hubiera trabajado en pulir vidrios para lentes ó en hacer zapatos, ó en cualquiera otro oficio ó menester mecánico, y no hubiera tomado por pretexto lo de sentirse genio para ser un vago sin oficio ni beneficio, y lo que es peor, no un vago divertido y alegre, sino un vago quejumbroso y lloron ó maldiciente, mordaz y ponzoñoso como las víboras.

Disculpemos, pues, ó al ménos seamos indulgentes con nuestro D. Braulio, cuyo orgullo se quedaba escondido en el centro del alma, revelándose sólo al más íntimo de sus amigos en el momento en que se mostraban tam-

bien las heridas más profundas de su corazón.

Don Braulio había sentido la necesidad de confiar sus penas á un amigo, á fin de no ahogarse; pero salvo esta confianza, si pecaba por algo, era por reconcentrado y lleno de disimulo.

Su mujer no había advertido aquel disgusto, aquella sospecha que le atosigaba el alma.

Su mujer parecía que le amaba; sin embargo, su carácter alegre y su temprana juventud la excitaban al regocijo y la impulsaban á que tratara de distraerse y divertirse.

No era doña Beatriz despilfarrada, sino ordenadísima y económica. Era, sí, ambiciosa y amiga del lujo y de las galas; y si bien no la atormentaban la envidia ni el despecho al ver á otras mujeres, ménos bonitas y ménos distinguidas por naturaleza, lucir joyas, sedas y encajes, ir en coche y circundarse de la resplandeciente aureola que ofrece el lujo á la hermosura, anhelaba gozar de todo esto, y no acertaba á ocultarlo á su marido.

De aquí el dolor y el punto de partida de las sospechas de D. Braulio.

Si D. Braulio no hubiera amado á su mujer, si hubiera creído este anhelo un capricho irracional, quizás le hubiera importado poco de todo: pero D. Braulio la amaba, y además, según su modo de considerar las cosas de la vida, doña Beatriz tenía razón de sobra para ambi-

cionar. Su anhelo, aunque la llevase hasta el extremo más lastimoso para él, era, según él, fundado, y sobre fundado, involuntario, fatal, preciso.

Don Braulio se culpaba á sí mismo y no culpaba á doña Beatriz. ¿Por qué doña Beatriz le había amado? ¿Por qué se había casado con él? No era por lo lindo, ni por lo jóven, ni por lo galan, ni por lo rico, ni por lo glorioso; era sólo por el entendimiento superior que la había seducido. Si este entendimiento se evaporaba, si no servía para nada, si doña Beatriz dudaba de él, y quizá con razon, ¿qué fundamento le quedaba para seguir amando á D. Braulio? Antes tenía fundamento para aborrecerle. Aunque sea mala comparacion, nadie, que no esté demente, compra un rico vaso de china, un artístico jarron de porcelana de Sèvres para ponerle en el corral y echar en él afrecho que coman las gallinas. Para esto basta y sobra con un lebrillo ó con un tinajon de Lucena. El vaso artístico requiere un bello salon donde colocarle: pide flores peregrinas que luzcan en él. Así una mujer, como doña Beatriz, estaba pidiendo lujo, regalo, elegancia, adoracion, incienso; pasear en coche y no á pié; vivir en un palacio y no en un piso tercero; no ocultarse entre el vulgo, sino resplandecer en la sociedad más elevada.

Al pensar D. Braulio en esto, decía siempre

para sí: ¿por qué me casé con ella? Y él mismo se contestaba lo que ya decía en la carta á Paco Ramirez: yo la amaba, y esto lo explica todo: ella me ha amado, quizás me ama todavía; su amor, aunque hubiera sido sólo de un dia, compensa todos los males que presiento y que en adelante pueden sobrevenirme.

Con tales sentimientos ocultos en el seno, D. Braulio, aparentemente gustoso y hasta regocijado, llevó á su mujer y á su cuñada á los Jardines, á eso de las nueve de la noche.

Ambas iban de mantilla, con vestidos de seda oscuros, sin nada chillon ni disonante, en colores ni adornos; con una innata elegancia que se exhalaba como perfume de la misma sencillez y modestia de sus trajes.

Don Braulio era en el suyo, aunque limpio, harto descuidado. Su levita y su sombrero tenían la forma en moda hacía ocho ó diez años. Su corbata negra estaba algo raida, y el cuello de la camisa, recto y sobrado grande, le llegaba casi hasta las orejas.

Beatriz se había medio peleado con su marido para obligarle á llevar más bajos los cuellos y á comprar nuevo sombrero y nueva levita. No había podido conseguirlo.—¿Qué quieres? decía D. Braulio; manías de señor mayor. Así iba yo cuando muchacho y no quiero variar. Así te enamoré; así me quisiste; así te casaste conmigo.

Doña Beatriz no sabía al cabo qué responder; se callaba, y dejaba ir á D. Braulio como le daba la gana.

Aquella noche, pues, no hizo la menor observacion sobre el traje de D. Braulio; pero no por eso dejó de anudarle con gracia el lazo de la corbata, ni de alisarle el pelo, ponerle pomada y peinarle lo mejor que supo.

Los tres tomaron un cochecito con bigotera y se fueron á los jardines. En el camino decía D. Braulio.

—Me parece, y lo siento, que se van ustedes á fastidiar. No tenemos amigos. Ni siquiera tenemos conocidos. En medio de aquel bullicio vamos á estar como en un desierto. ¿Quién ha de hablarnos? ¿Quién ha de acercarse á nosotros?

—Hombre, no te apures por tan poco, respondía doña Beatriz. Si no conocemos á nadie, si nadie nos habla, á bien que ni tú ni yo nos sabemos aún de memoria. Hablaremos; nos diremos cosas nuevas; nos haremos la tertulia entre los tres; oiremos la música y tomaremos el fresco.

—Para tomar el fresco, replicó D. Braulio, lo mismo es ir allí que al Prado.

—Y aún se ahorraría el dinero de las entradas, dijo doña Beatriz.

Inesita iba silenciosa, y dejaba que siguiese el diálogo entre marido y mujer.

—No lo digo por la miseria del gasto, Beatriz. Ya sabes tú que no soy mezquino, aunque soy pobre.

—Lo sé. No creas que sospeche yo que te duela gastar el dinero en obsequiarnos. Lo digo sin ironía. Lo digo sólo para que comprendas que, vistas las cosas como tú las ves, es una tontería ir á los Jardines; pero yo, y sin duda Inés más que yo, las vemos á traves de otro prisma. Gustamos de ver gentes, aunque no reparen en nosotras. La animacion, la alegría, el espectáculo del lujo nos recrean. Aunque no nos forjemos la ilusion, ni esperemos, ni deseemos siquiera ser vistas y admiradas, queremos ver y admirar la gala, la hermosura y la elegancia de los otros.

—Tienes razon, hija mia, tienes razon. Yo me olvido de que eres una muchacha. Tus gustos son como de muchacha. Mal hiciste en casarte con un viejo... y con un viejo pobre y oscuro. ¿Querriás tú ser conocida y celebrada por ti, quedando tu marido en su oscuridad y en su pobreza? ¿Querriás tú que llegase yo á ser conocido como el marido de doña Beatriz?

—No lo quiero, ni eso es posible. Todo el que me conozca habrá de conocerte á ti; y, conociéndote, no podrá ménos de estimarte por lo que tú vales, que es mucho, y no porque seas mi marido. Los que son sólo conocidos como maridos es porque de otro modo no merecen

serlo. Nadie se acordaría de ellos á no ser por sus mujeres. En cuanto á tu vejez, á tu oscuridad y á tu pobreza, me enamoran más, bien lo sabes, que la juventud, la brillantez y la riqueza en cualquiera otro. Si algo vale mi cariño, baña en él tu alma y te sentirás remozado. ¿No me hablas á veces de la dulce luz de mis ojos? Pues ilumina con esa luz tu oscuridad. ¿No afirmas que mi cariño es un tesoro? ¿Pues cómo te atreves, ingrato, á sostener que eres pobre?

Don Braulio, que iba sentado en la bigotera, al oír tan cariñosas frases en tan linda boca, no pudo contener la emoción; se le saltaron las lágrimas, y tomando la mano de su mujer, la besó fervorosamente.

Doña Beatriz sintió en su mano una lágrima, que cayó sobre ella al dar el beso D. Braulio.

Entonces dijo doña Beatriz:

—Vamos, vamos... dejémonos de niñerías. No me pruebes ahora, no ya que eres viejo, sino que eres mucho más niño que yo. Alegrémonos, serenémonos, y vamos á divertirnos hasta donde sea posible. Apliquemos al caso presente aquel refran que dice: «En casa del pobre, más vale reventar que no que sobre.» Es menester sacarle bien el jugo á las pesetillas que vamos á gastar. ¡Pues no faltaba más! Sería un despilfarro hacer el gasto y no divertirse luégo.

Don Braulio se serenó siguiendo los consejos de su mujer: procuró reír y mostrarse contento, y hasta excitó á su mujer y á Inesita á que se divirtieran.

De esta suerte llegaron á los Jardines, tomaron billetes y entraron.





VIII.

Aquella noche habia en los Jardines más gente que de costumbre.

Unos estaban sentados en sillas formando grupos,orros ó pequeñas tertulias; otros iban girando por el paseo circular, en cuyo centro está el kiosko de la orquesta. Esta tocaba con bastante maestría el rondó final de la *Cenerentola*.

Nuestro D. Braulio y sus niñas no vieron una sola cara conocida.

En vez de sentarse se pusieron á girar por medio de aquella concurrencia.

Pronto notó D. Braulio que, aunque no conociera á nadie, no era lo mismo pasear solo que acompañado por mujeres tan guapas. Aquello distaba mucho de parecer un desierto.

Con frecuencia, sobre todo al pasar grupos de hombres, llegaban á los oidos de D. Braulio vagos murmullos lisonjeros, y de vez en cuando palabras y hasta frases enteras de admiracion y de encomio.

En España, no me meteré á moralizar sobre esto ni á decidir si está bien ó mal, pero los hombres, sin creer que ofenden, suelen requebrar al paso á las damas, en particular cuando van solas.

En esta ocasion, ó por no fijarse en D. Braulio, ó por dar poca importancia á su persona, ó por juzgarle distraido y que no oiría, Beatriz é Inés recogieron buena cosecha de piropos.

Ambas hicieron la recoleccion tan impasibles y con tan fria dignidad, que pronto, como si hubiese corrido la voz de que aquellas criaturas no pedían guerra, los piropos terminaron, aunque no terminó el abrir calle cuando pasaban ellas. Siguieron asimismo los murmullos de entusiasmo y simpatía.

Habían dado ya tres vueltas nuestras muchachas, cuando en un grupo de jóvenes elegantes divisaron las dos á la vez al Conde de Alhedín. Inesita conservó su serenidad olímpica: doña Beatriz se puso muy colorada.

—¿Viste al Condesito? dijo Inesita al oído de su hermana, y añadió con su terrible sencillez:

—¡Ay, ay, qué colorada te has puesto!

Otra nueva onda de roja sangre subió entonces al rostro de doña Beatriz, que se puso más colorada.

—Estás como una amapola, dijo Inesita.

El grupo en que habían visto al Conde venía hácia ellas de frente. El Conde iba sin duda á

pasar al lado. ¿Quién sabe si les hablaría? ¿Quién sabe si les diría alguna palabra atrevida que D. Braulio oyese? Por este recelo quizás se había puesto tan colorada doña Beatriz.

Lo singular fué que el Conde desapareció de pronto del grupo, el cual, al encontrarse con nuestras heroínas, se abrió para dejarles paso, oyéndose por ambos lados murmullos lisonjeros y respetuosos, semejantes á los que de otras personas habían ellas oído ya.

Inesita dijo al paño á su hermana:

—¿Dónde se habrá escabullido el Condesito?

—¿Quién sabe? contestó doña Beatriz.

—Pues así, hermana, no es posible que yo le diga con los ojos todo aquello que me recomendabas anoche que le dijese.

No habían andado mucho trecho despues de este breve diálogo, cuando vieron que de un corro, donde había sentada mucha gente, se levantó y destacó una señora elegantísima, aunque ya algo jamona. No había engruesado, y conservaba su esbeltez y gran parte de su hermosura, á pesar de los años. Estaba sin galas impropias de aquel sitio público; pero todo lo que llevaba puesto era de exquisito gusto: rico sin ser vistoso.

En vez de la mantilla tenía sombrero. Su rostro era gracioso. Su tez sonrosada, aunque algo morena. Tenía en la cara dos lindos luna-

res, que parecían dos matas de bambú en un prado de flores. Sus ojos, grandes y fulmíneos, relampagueaban más, merced al cerco oscuro con que había ella pintado los párpados. Su talle era majestuoso á par que ligero y flexible. En resolucion, todo el porte y el aspecto de aquella dama denotaban que era una *lionne*, una verdadera notabilidad de la corte.

¡Cuál fué el asombro de Inés y de Beatriz cuando advirtieron que la notabilidad venía flechada á ellas! Un caballerete de 25 á 30 años, cargado con un abrigo y con una cajita, la seguía como si fuese su lacayuelo.

Apénas llegó la dama, se puso delante de Beatriz, la miró con ternura, y exclamando: —¡querida mia!—le echó al cuello los brazos y la besó en ambas mejillas.

Beatriz se quedó por un momento mirando á quien así la acariciaba. Reconociéndola al fin, dijo:—¡Rosita!—y le pagó sus besos con otros.

Tal vez el curioso y paciente lector que conozca y recuerde la historia del Dr. Faustino haya caído ya en quién era esta Rosita. Era la famosa Rosita Gutierrez, hija del escribano de Villabermeja, que tan principal papel hace en la mencionada historia.

Rosita parecía inmortal, segun se conservaba. Léjos de perder con la edad, podíase asegurar que había ganado.

Poquito á poco se había ido amoldando y

ajustando por tal arte á los usos de lo más elegante de Madrid, que ya no se atrevía casi nadie á llamarla la Reina de las cursis, que era el dictado que al principio le daban.

Su marido había atinado en los negocios, y se había enriquecido más aún. Ambos esposos se habían hecho muy aristócratas, religiosos y conservadores. Idolatraban á Pío IX, y tenían un título romano. Eran Condes de San Teódulo. Habían ido en devota peregrinacion á Lourdes y á Roma; y de allí habían traído varias reliquias del referido Santo, el cual había sido uno de los seis mil mártires de la Legion Tebana; y por dicha, resultaba probado con evidencia que fué natural del pueblo más importante del distrito por donde el marido de Rosita solía salir diputado. Con las reliquias trajeron los peregrinos la efigie del dicho San Teódulo, y todo lo llevaron al pueblo, donde hubo un júbilo inmenso y fiestas estrepitosas. Nada más natural despues de esto que el que Rosita y su marido llegasen á ser Condes de San Teódulo.

Sin embargo, no contentos ellos con ser Condes por Roma, anhelaban ser Marqueses en Castilla, y hacía tiempo que lo pretendían con ahinco. Entre tanto, cumpliendo con el refran de *niño no tenemos, y nombre le ponemos*, habían cavilado mucho y disputado más los Condes sobre el nombre que había de tener el

marquesado. Convenían los dos en que el nombre había de ser el de alguna finca rústica que ellos poseyesen; pero, por desgracia, los de las fincas del marido de Rosita eran imposibles. Se llamaban: la *Biznaga*, el *Hinojal* y la *Macuca*. No era prudente titular con títulos tan feos. Habían resuelto, pues, que titularían sobre un cortijo de Rosita llamado *Camarena*; y ya soñaban con ser Marqueses de Camarena, conformándose por lo pronto con el condado de San Teódulo, mártir tebano y andaluz á la vez, lo cual, entendido como aquí debe entenderse, no implica contradicción.

Titulada Rosita y más rica y boyante que nunca, sintió desenvolverse en su alma el amor más puro hácia las letras y las artes. Llamó á sus salones á los artistas y poetas, y se hizo una á modo de Lorenza la Magnífica ó de Mecénas hembra.

En cuanto á la antigua *cursería*, hemos dicho que apenas osaba ya nadie acusarla de este defecto; defecto, por otra parte, tan vago é indefinible, que depende casi siempre del criterio de las personas el hallarle ó no hallarle en otras. Lo que sí ocurre, por lo comun, es que las acusaciones son mutuas. No se da apenas sujeto que, al calificar á alguien de *cursi*, haga más que pagarle, porque es seguro que los calificados por él le califican á boca llena de lo mismo.

¿Será esto porque la cursería es una cualidad indeterminada y confusa? Yo creo que no, pues he notado que sucede lo propio con otras cualidades harto determinadas. Siempre que he oído á una mujer hablar de las intrigas galantes, de los enredos y travesuras de las otras, he visto que de ella decían las otras mil veces más. Y en los labios de todo aquel de quien me han referido mil horrores por su conducta poco limpia en los empleos públicos, he oído también las diatribas más enérgicas, acusando á los otros del mismo pecadillo.

Ora, por bondad natural, aunque no ingénita, sino adquirida con los años y la experiencia; ora por desdeñar un arma embotada y mellada á fuerza de que todos la usen, la Condesa de San Teódulo no tenía mala lengua. ¡Cosa rara! No hablaba mal de sus amigos. Sólo hablaba mal de sus enemigos declarados y acérrimos. Entónces se esmeraba y lo hacía con mucho chiste. De vez en cuando, aunque su prosa hablada era exquisita, solía apelar al verso, y mandaba á su poeta favorito que escribiese aleluyas contra la persona á quien quería ella ridiculizar.


Apartada tiempo hacía de la amistad del general Perez, la Condesa no intervenía en la política; no disertaba sobre estrategia, poliorcética y castrametacion. Ahora consagraba todo su ingenio á las musas. Y además, desde su

viaje á Roma, donde había estado tres semanas, había adquirido profundas nociones en el dibujo, pintura y artes plásticas, y se había hecho una arqueóloga más que razonable.

Tal, en resúmen, era la amiga que, sin esperar, se encontraron en los Jardines Inesita y Beatriz.

Rosita, hacía ya ocho años, había estado en la feria del pueblo de ámbas, no léjos del pueblo de ella, y había sido hospedada en la casa del señor cura, amigo de su padre. Pero ¿cómo no se le habían olvidado aquellas mujeres, que eran niñas cuando ella las conoció, y que debían de haber cambiado bastante? ¿Cómo acudía á ellas con tanta llaneza y bondad? ¿Por qué se las llevaba, como se las llevó, á su corro, sentándolas á su lado?

De todo esto D. Braulio estaba tan pasmado ó más pasmado que nosotros. La diferencia está en que nosotros sabremos la causa en el capítulo siguiente, y D. Braulio se quedará á oscuras y cavilando.





IX.

Todas las presentaciones se hicieron con las ceremonias debidas, segun la liturgia de la sociedad elegante. Doña Beatriz presentó á su marido á la Condesa, y la Condesa presentó á los caballeros que formaban el corro, primero á doña Beatriz y despues á Inesita y á D. Braulio. De esta suerte los tres se vieron lanzados en el gran mundo en un periquete, en un abrir y cerrar de ojos.

No estaba allí el Conde de San Teódulo ni había más señora que la Condesa. A ésta, como á casi todas las señoras de alto fuste y suprema elegancia, no le gustaba el trato con las mujeres sino en raros casos. Tanto más de agradecer y de estimar, por consiguiente, la extraña excepcion que había hecho de Beatriz y de Inesita.

Sentados todos de nuevo en el corro, el poeta favorito de la Condesa, á quien llamaremos Arturo, dió conversacion á Inesita, sin que deja-

sen de hablar tambien con ella otros galanes.

Don Braulio, si bien sobresaltado ya y receloso de empezar á hacerse célebre por su mujer, habló con los señores más serios y machuchos.

Doña Beatriz y la Condesa de San Teódulo hablaron largo rato entre sí y en voz baja, recordando su amistad antigua.

A los pocos minutos, la Condesa había exigido de doña Beatriz que se volviesen á apear el tratamiento, que se volviesen á tutear como ella recordaba que allá en el pueblo se habían tuteado.

¿Por qué negarse á tamaña amabilidad? Las dos amigas se tutearon en efecto. Ya recordará el lector lo campechana que era Rosita de lugareña. De Condesa seguía lo mismo con quien lo merecía.

—No acabo de comprender, decía Beatriz, cómo has podido reconocerme entre tanta gente, y despues de tantos años.

—Hija mia, contestaba la Condesa, yo tendré corto entendimiento; pero tengo mucha memoria, y sobre todo, mucha y buena voluntad para aquellos á quienes estimo. Te hubiera reconocido entre cien mil personas, sin antecedentes, sin estar prevenida, sin aviso de que estuvieses tú entre ellas. Además, ¿qué mérito hay en mí? Quien te ve una vez no es posible que te olvide.

—Gracias, gracias: me confundes con tus elogios indulgentes y generosos.

—Digo la verdad. Y luégo tú no has cambiado en la cara. Tu cuerpo es otro; te has desenvuelto; has embarnecido algo; estás hecha una hermosa mujer. Praxíteles te hubiera tomado por modelo. Estas prendas, sin duda, son hoy otras en tí. Cuando nos tratamos en el lugar eras una niña. Yo vi entónces el fresco y tierno capullo; ahora veo la rosa que ha desplegado todo el lujo exuberante de su aromática corola. Pero repito que la cara, la expresión, el mirar... nada de esto ha cambiado. Cuando hablas pareces una mujer casada.... pero en silencio... pareces una niña, más cándida... más inocente que tu hermanita, que también es muy mona.

—De todos modos... es singular... sin antecedentes... sin saber que yo estuviese en Madrid...

—No; eso no. Yo no gusto de jactarme de lo que no debo. Yo he sabido hace poco que estabas en Madrid. Si ántes lo hubiera sabido, hubiera ido á verte á tu casa.

—¿Y quién me conoce? ¿Quién ha podido hablarte de mí? Mi marido es un pobre empleado...

—Será lo que dices; pero su inteligencia y su laboriosidad tienen encantado al Ministro y lleno de envidia á todo el personal de la secre-

taría. El Ministro no hace más que hablar de tu marido. Y lo que es de ti, aunque vives tan retirada, hablan ya muchos desde que, pocas noches há, te vieron en estos jardines.

—¡Es posible, mujer! ¿Quieres burlarte de mí?

—Harto sabes tú que no me burlo.

—No te burlarás porque eres buena, pero querrás embromarme. Es cierto que vine aquí pocas noches há, más nadie me conocía.

—Entónces te conocieron y te admiraron. Alguien, que se precia de hastiado, de descontentadizo, de difícil, quedó tan hechizado que os siguió.

Doña Beatriz se puso colorada otra vez.

—¿Cómo sabes eso? dijo.

—El me lo ha dicho.

—¿Quién?

—¿Quieres que te regale el oído? El Conde de Alhedín; la flor de los elegantes; el más guapo de nuestros pollos.

—Sería por mi hermana.

—De eso no me ha dicho el Conde palabra. Se ha limitado á decirme que os siguió, y me ha hecho de vosotras el más brillante encomio. Asegura que jamás ha visto dos mujeres más bellas y más aristocráticas por naturaleza. Antes de llegar hasta mí había el Conde tomado informes, y yo no sé cómo diablos se las había compuesto que, á pesar de vuestra fuga precipitada en un pesetero, sabía ya cómo os llama-

bais, dónde vivíais, quiénes érais, quién era tu marido, y mil cosas más. Claro está que al decírmelas caí en la cuenta de que érais las niñas que tanto había yo querido en el lugar, y entré en deseo de volver á veros. Si he de hablarle con franqueza, sólo he venido esta noche por aquí á ver si os hallaba. En casa tengo gente: un círculo de amigos. Allá me aguardan, y mi marido está con ellos. En fin, gracias á Dios que os he encontrado. Bien suponía yo que habíais de venir por ser noche de domingo, en que tu marido no tendría quehaceres. La otra noche fué una locura lo que hicisteis, creyendo que nadie lo notaría. ¡Venir solas... dos niñas... exponiéndose á la persecucion de cualquier majadero mal educado!... No todos son la crema de la cortesía. No todos son como el Conde del Alhedin, que sabe distinguir á escape con quién há de habérselas.

—Tienes razon, dijo Beatriz; fué un disparate, fué una imprudencia lo que hicimos la otra noche. No lo volveremos á hacer.

—De aquí adelante sería imposible. Os desentonaríais. Ya á estas horas os conoce todo Madrid; esto es, la sociedad. Debeis venir, ó con tu marido... ó conmigo. Os traeré en mi coche si os divierten los Jardines. Mi poeta y algun otro nos escoltarán. Es menester darse tono. No es cosa de venir aquí dos muchachas como dos aventureras.

—Mucho tengo que agradecerte, exclamó doña Beatriz.

—No, niña mia, no me agradezcas nada. Lo hago por egoísmo. Aquí, para entre nosotras, la vanidad no me ciega; voy siendo ya cotorrona. No tengo amores, ni celos, ni aspiro á nada, y necesito la amistad y la compañía de mujeres jóvenes como vosotras. Mi casa es un casino del cual soy presidente con faldas; pero me voy cansando de hacer este papel. ¿Quieres compartirle conmigo? ¿Quieres ayudarme á presidir mi tertulia?

—Ignoro si Braulio querrá y podrá...

—¿Cómo no ha de querer? Parece afable, alegre, buen señor y discreto. Ya reconocerá que su mujer no ha de estar siempre metida en casa. Cuando se casó con una criatura como tú, se haría cargo de todo esto. No le cogerá de susto.

—Sí... es verdad... dijo doña Beatriz; pero Braulio tiene razones poderosas. ¿Por qué he de avergonzarme de decírtelas? Somos pobres... ¿Cómo gastar en trajes?...

—¿Y para qué esos trajes? En mi casa... estamos de toda confianza... Puedes ir como estás ahora... ménos lujosa aún... y hasta puedes llevarte allí la labor... Ya verás cómo te distraes allí por las noches. Tu hermanita se distraerá también, porque van á casa pollos proporcionados á su edad é irán más cuando se-

pan que va ella. En cuanto á tu marido... no es un requisito indispensable que te acompañe siempre. Esto sería ridículo por varios motivos; porque haría sospechar que era un celoso desconfiado, lo cual redundaría en menosprecio tuyo; ó porque haría presumir que era un hombre incapaz, baldío, que no tenía negocios en que emplearse; pero, en fin, áun cuando tu marido fuera á menudo á mi casa, doy por cierto que, léjos de pesarle, se alegraría. Allí van no pocos sujetos de suposicion. Se daría á conocer, ganaría amigos y hablaría de política, de hacienda, de ciencias, de todo, luciendo lo mucho que dicen que sabe... y que hasta lo presente, dicho sea en paz y sin que te enojés, no le ha servido de nada. Tú lo confiesas... no estais muy lucidos.

—Estamos contentos... y no deseamos más.

—Esa es una virtud... pero infecunda. Cuando no se aspira no se alcanza. Es menester aspirar á todo... Mira tú mi marido... Ya te le presentaré... No vale la vigésima parte de tu D. Braulio. Y sin embargo... ¡cómo sabe ingeniarse...! Es un gerifalte... Yo hablo contigo con el corazon en la mano. Es menester que saquemos á tu marido del limbo en que vive. Tiene elementos... ¿Por qué no ha de aprovecharlos? Para filósofo, menospreciador del mundo y de sus pompas vanas, hubiera hecho mejor en no casarse con un pimpollo como tú.

—¿Qué quieres? ¡Me amaba tanto!

—¡Lástima fuera que no te amase! ¿A quién no infundirás amor? Tú, sin embargo, agradecida...

—No sólo agradecida.... enamorada también...

—Conque ¿le amabas mucho?

—Y le amo todavía.

—Su claro talento te sedujo: doble motivo para que le emplee en hacerte feliz, para que se deje de vagas meditaciones y acuda á lo que importa. No sé qué agudo escritor ha comparado al filósofo especulativo con un mulo que da vueltas á una noria, atado á ella por el diablo de la metafísica, sacando agua que no bebe, y sin comer la abundante hierba y lozana hortaliza que por todas partes le rodea. Pues peor es aún cuando el filósofo ó el mulo, siguiendo la pícara comparacion, tiene una compañera, y la lleva de reata, y no la deja pacer tampoco.

—Mi obligacion y mi gusto es seguir á mi marido por donde quiera que vaya: así me lleve á un desierto estéril como á la tierra de promision. Por dicha, no creo que esté tan hundido en inútiles ensueños, que desconozca la realidad de la vida.

—Mejor es así. Me alegro. Sin lisonja: me va siendo muy simpático tu marido. Tiene buena facha. Se conoce que es pájaro de cuenta. Lo

único que debiera reformar es el sombrero y los picos del cuello de la camisa. Son enormes. ¿Por qué no haces que se los recorten un poco?

—Es un capricho. Insiste en llevarlos así: pero no es terco en asuntos de más importancia.

—Entónces... bueno va. Con picos y todo me parece bien... muy curioso... muy pulcro... Hasta la enormidad descomunal de los picos se me antoja ya que le da cierto carácter original y grave. Pero, señor, ¿dónde se habrá escondido el Conde?

—¿Qué Conde? preguntó Beatriz.

—Tu más fervoroso admirador. Apenas te vió, vino á decirme que habías llegado. Lo singular es el miedo que te tiene. Es absurdo en hombre tan corrido y tan atrevido. Nada... le da vergüenza de que le presente á ti y se ha escapado. Está retardando lo que más desea... ¡Gracias á Dios! Ya viene por allí.

Beatriz dirigió la mirada hácia donde indicaba su interlocutora, y vió que se acercaba al corro el lindo y elegante Conde de Alhedin.

—¿No es verdad que es muy gentil? preguntó la Condesa.

Beatriz hizo un gesto gracioso que nada significaba.

—Y luégo, añadió la Condesa, ¡si vieras qué bueno es y qué sencillo, y qué caballero!

Nada dijo Beatriz tampoco para corroborar estas alabanzas.

Llegó en esto el Conde, y la de San Teódulo le presentó sucesivamente á Beatriz, á su hermana y á D. Braulio.

No era el Conde de la reciente escuela y última cria, que hace gala de gastar pocos miramientos con las mujeres, ó si lo era, sabía distinguir ocasiones y personas, y conociendo que no ganaría con abatirse intrépida y bruscamente sobre su presa, estuvo hasta cortado y tímido en los primeros instantes. Se limitó á decir algunas palabras corteses á cada una de las dos hermanas, sin acercarse demasiado á ellas, y sobre todo, sin incurrir en la insolente ordinariéz, en que ahora incurren con frecuencia los hombres, de alargar la mano á las señoras, apénas los conocen, obligándolas á que los desairen ó á venir de buenas á primeras á términos de amistosa confianza.

Despues buscó el modo más natural de entablar conversacion con D. Braulio; y como si fuese un señor tan formal y de peso como él, le entretuvo más de media hora sobre materias importantes. Hizo más aún. Hizo algo que parecía imposible, dado lo parlanchin que era: supo callarse, escuchar con atencion, y obligar á D. Braulio á que hablara, de lo cual D. Braulio salió encantado.

Por último, haciendo la conversacion gene-

ral, soltó el Conde la rienda á su buen humor, ensartó mil chistosos desatinos, dentro siempre de los límites, no ya sólo de la decencia, sino de la más delicada urbanidad, y divirtió y regocijó á la reunion, logrando hacerse simpático á todos.

Preparados así los ánimos, cuando acababan de dar las once, la Condesa propuso abandonar ya los Jardines é ir todos á su casa á tomar el té. D. Braulio, á pesar de que había reido las gracias del Conde y estaba contento de que le hubiese escuchado discretear, se escamaba de tanto obsequio y sentía no poco sobresalto de ver cómo se iba metiendo en los trotes del gran mundo; pero no supo resistirse. La Condesa le iba á llevar hasta la casa de ella en su coche. Despues, desde la casa de la Condesa á la de D. Braulio había pocos pasos que andar. Allanadas así las dificultades, hubiera sido una grosería no aceptar el convite.

D. Braulio aceptó pues; y en compañía de su mujer y de Inesita, los cuatro en el mismo landó abierto, fué aquella noche á la tertulia íntima y diaria de la Condesa de San Teódulo.





X.

Por lo general, no hay tertulia ó reunion para divertirse donde no se baile ó se juegue á los naipes. Sin tresillo para los viejos y sin polkas y valeses para los jóvenes, todos por lo comun se aburren. Es de admirar, por lo tanto, una tertulia, como la de nuestra Condesa, donde sólo con charlar se divertía la gente. La mujer que logra tener una tertulia así, puede jactarse de haber puesto una pica en Flándes. Cuantos sepan de estos negocios mundanos tendrán que reconocer en la mujer que presida tal tertulia, no comunes dotes de entendimiento.

Otras singulares virtudes resplandecían tambien en Rosita. Era tan buena para amiga, como mala para enemiga. A su marido le quería, le cuidaba y le mimaba como la consorte más fiel y más amante. No había impedido esto que hubiese estimado despues y querido de

otra manera, y con otros tonos y matices de cariño.

Las mujeres, por lo comun, no entienden que haya más que un solo cariño, que dan por completo á alguien ó que reparten de este modo ó del otro. Rosita no era así. Rosita entendía y sentía varios cariños, que no se destruían entre sí y que se armonizaban lindamente. Al Conde de San Teódulo le quería de un modo; á su poeta le quería de otro; y sobre estos afectos, propios y exclusivos de la mujer, surgían otros que parecían arrancar del fondo esencial del espíritu, donde ya no hay diferencia de mujer y hombre: del principio neutro, ántes de que adquiriera determinacion sexual. Quiero decir con esto, que Rosita amaba á muchos de sus tertulianos con una amistad parecida á la que un hombre puede sentir por otro hombre, con más cierta dulzura inefable que ella, por ser mujer, y mujer bonita aún, átinaba á poner en esta amistad, completamente ajena á todo sentir amoroso.

El primero de estos amigos de Rosita era el Conde de Alhedin. Entre Rosita y el Conde no había secretos. Todo se lo confiaban. El Conde buscaba en su amiga consolacion para sus disgustos, y consejos para sus dificultades. Rosita admiraba el talento del Condesito; le reía todos los chistes; hallaba que nadie era más discreto que él; ni su poeta, ni su marido, valían un pi-

toche al lado del Conde, y por él hubiera hecho Rosita cualquiera sacrificio. Nunca, sin embargo, ni el Conde había pensado en enamorar á Rosita ni ésta en enamorar al Conde.

Fundadas tan poéticas relaciones en la estimacion mutua, para Rosita era el Conde de Alhedin como un oráculo, sobre todo, cuando se trataba de una ciencia que nos atreveremos á llamar *Estética social*: esto es, de calificar á las personas y á las acciones y á las cosas de elegantes, de distinguidas y de bellas. Una sentencia del Conde de Alhedin sobre feo ó bonito, sobre buen tono ó mal tono, sobre distincion ó falta de distincion, era inapelable para Rosita.

De este modo se comprenderá su entusiasmo súbito por sus antiguas amigas del lugar. El Conde se las había descrito como dos portentos, y Rosita había dado por cierto que lo eran.

Deseosa entónces de lucirlas en su tertulia, alegre de ver que el entusiasmo de juez tan competente como el Conde recaía en sus casi paisanas, y anhelando que el Conde las conociera y tratara, buscó y halló, como hemos visto, á Beatriz y á Inés.

El Conde mismo, en cuanto las vió, había ido á avisar que venían, por donde fué harto fácil á Rosita reconocerlas.

Por lo demas, ni en esto hubo plan pecaminoso, ni propósito maquiavélico, ni concierto alguno entre el Conde de Alhedin y su confi-

denta. Nada se había tramado ni contra la virtud de Beatriz, ni contra la inocencia de Inés, ni contra el honrado reposo de D. Braulio.

Rosita buscó con alegría y orgullo á sus semi-paisanas, fiada en los encomios del Conde. Cuando las halló, ó sea porque estuviese bien predispuesta, ó sea porque ellas lo merecían todo, le parecieron mejor aún, cada una por su estilo, que lo que había dicho el Conde. Y como Rosita no era envidiosa, cuando no había celos ni emulacion de por medio, deseó todo bien á sus amigas, y fué sincera en cuanto con Beatriz había hablado. Le pasó por la cabeza que en su casa podría hallar Inesita un buen novio; consideró posible que en su casa saliese D. Braulio de su oscuridad, y como le juzgaba pájaro de cuenta, vino á fingírsele en breve tiempo ó Director general ó Ministro, haciendo mil negocios útiles á la patria, y sobre todo á su marido; y no le pareció tampoco inverosímil que en su casa Beatriz y el Conde de Alhedín llegasen á enamorarse perdidamente el uno del otro; pero en esto no atinaba á ver Rosita, dado que ocurriese, y que ocurriese con la debida circunspeccion, nada de trágico, ni siquiera de desagradable para don Braulio, quien, segun ella misma había declarado, le era simpático de véras, y de quien ya formaba elevadísimo concepto.

Con tales ideas respecto á sus nuevas, ó me-

jor dicho, renovadas amigas, la Condesa de San Teódulo se deshizo en amabilidades.

Beatriz estuvo en la tertulia encantada y encantadora. Satisfecha de verse atendida y mimada por todos, desechó la cortedad y *tomó la tierra*, como si hiciera ya años que asistiese en aquellos salones. Todos, hasta los más difíciles, admiraron su ingenio á par de su belleza, y celebraron la natural sencillez de su trato, su no aprendida sino ingénita elegancia, y su espontánea gracia andaluza. Aunque con la embriaguez del éxito propendía Beatriz á hablar demasiado, sabía contenerse y templarse para no pasar por desenvuelta y parlanchina. Merced á su reflexiva prudencia, estuvo, pues, inmejorable.

Inesita, por su estilo, estuvo asimismo muy bien. Su serenidad olímpica, su calma divina, no la abandonó ni un instante. En medio del lujo y los esplendores de aquella casa, ántes desconocidos para ella, no sintió, como su hermana, que le subía á la cabeza algo semejante á los vapores del *Champagne*; y sin la indiferencia selvática del rústico, y sin el afectado desden del vano y orgulloso, no se maravilló de nada, dejando ver que lo comprendía y lo estimaba todo, aunque no lo hallaba extraño á su condicion. En suma, Inesita estuvo en la tertulia como pudiera haber estado una princesa real, para quien todas aquellas magnifi-

cencias eran elemento propio, ó más bien, quedaban por bajo del elemento que ella respiraba y en que su alma vivía.

Esta serenidad de Inés hubiera podido pasar por orgullo si no estuviese suavizada por una mansedumbre angelical; tal vez se hubiera confundido con la necia apatía, si en la luz de sus pupilas, claras y profundas á la vez, no destellase la inteligencia. Quien fijaba su mirada en la de ella, creía penetrar á través de mágicos cristales en el seno de un encantado palacio, lleno de misterios, ó imaginaba hundirse hácia el fondo de transparente lago, poblado de hermosas y vagas creaciones, cuyos divinos contornos no atinaba á comprender con fijeza, porque el más leve suspiro del aura rizaba las puras ondas, y éstas, sin perder ni en claridad ni en pureza, desvanecían y esfumaban toda imágen.

En cuanto á D. Braulio, menester es confesar que estuvo bastante encogido y fuera de su centro en la tal tertulia.

Ya sabemos que era muy *escamon*, como dicen en su tierra. Así es que, si bien disimulaba con habilidad, andaba con la barba sobre el hombro, y le parecían los dedos huéspedes. Era listo, pero presumía de ladino, y llegaba á ser sobrado malicioso. Formó, pues, de la tertulia un concepto muy diferente del que doña Beatriz había formado.

Aunque D. Braulio había vivido casi siempre en lugares y pequeñas ciudades de provincia, y aunque en Sevilla, durante los primeros años de su matrimonio, había estado retiradísimo, sin tratar nunca con lo que llaman el gran mundo, él le concebía y le comprendía más bello de lo que ahora se le presentaba. Dudó, por consiguiente, que aquel fuese el gran mundo puro, sino un remedo falso de él, como el similor es remedo del oro. Y ya en este camino, fué más allá de lo razonable, é hizo juicios aventurados, entendiéndolo todo grotescamente y trabucando las cosas.

Los Condes de San Teódulo le parecieron un si es no es Condes de pega, y aunque en la tertulia había sujetos de verdadero valer y clase, el concepto un poco turbio que tenía don Braulio de los amos de la casa, hubo de proyectar cierta sombra oscura sobre los que á la casa asistían. De casi nadie pensó bien. ¡Extraña condicion de los séres humanos! Uno sólo se ganó desde luégo toda su confianza; uno sólo le pareció elegante, distinguido, noble por completo, discretísimo, ilustre, ameno, dulce y leal: el Conde de Alhedin.

Viéndole cuchichear á menudo con Rosita y estar en la casa con más desenfado que los otros, D. Braulio, pasándose de listo en esta ocasion, hizo un arreglo allá en su mente, y decidió que el Conde de Alhedin representaba

en aquella casa el papel que en realidad representaba el poeta Arturo.

Allá en su interior, D. Braulio perdonó benignamente al Conde este extravío, y considerando sus excelentes prendas, y sin recelo de nada por este lado, casi intimó con él.

En cambio, al poeta, que era muy entrometido, que desde luégo trató con la mayor confianza á las dos hermanas, que se acercaba muchísimo para hablar con ellas, así por mala educacion como por ser algo corto de vista, y que echó á Beatriz en verso y en prosa una infinidad de piropos, D. Braulio le tomó tirria y le miró como á un D. Juan Tenorio menestero y de tercera ó cuarta clase.

De todos modos, á D. Braulio no le encantó la tertulia; pero D. Braulio tenía una pauta para su conducta, de la que había decidido no apartarse.

Tal como está la sociedad, y fuese cual fuese el ideal que él tenía del gran mundo, lo cierto era que la casa de los Condes de San Teódulo era una casa respetable, donde cualquiera otro en su posicion se hubiera quedado contentísimo de ser admitido. D. Braulio podía pensar lo que se le antojase de Rosita y de su marido; podía denigrar, allá en el fondo de su severa conciencia, la tertulia con sus tertulianos; pero ante el mundo, dentro de las condiciones de esta vida que vivimos, no podía oponerse, sin

pasar por huron, por celoso y por tirano, á que su mujer siguiese yendo á dicha tertulia.

D. Braulio no quería además contener á su mujer con sermones, ni con severidad, ni con mandatos. Quería sólo de ella amor por amor. Su plan estaba trazado. No podía ni debía oponerse á que Beatriz tratase á Rosita ni á que estrechase lazos de amistad con ella. Conveníale, por último, dar aviso á su mujer acerca del valor moral de Rosita, á fin de que no se engañase; pero disimular luego su disgusto, si su mujer seguía tratándola. Y esto hizo don Braulio.

Habrá quien crea que D. Braulio hizo mal y que era débil de carácter. Aquí no le damos como dechado de fortaleza. Le pintamos tal como es.

Diremos, no obstante, en su abono, que son muy raros los Catones. Todos se informan de la conducta de los criados que van á recibir en casa, y nadie de la de aquellas personas con quien tratan é intiman su mujer y sus hijas, siempre que dichas personas salven las apariencias y no estén mal vistas en el mundo.

En suma, ya con la tolerancia, ya con el beneplácito de D. Braulio, doña Beatriz é Inesita, desde aquella noche en adelante, siguieron yendo con frecuencia á la tertulia de la Condesa de San Teódulo, y siendo su máspreciado ornato y atractivo.

Rosita, además, las llevaba á veces en su compañía, ya al teatro, ya á los Jardines, ya al paseo, ya á comer en su casa.

D. Braulio, segun sus quehaceres ó su humor, iba ó no iba con su mujer y su cuñada á estas diversiones y fiestas, á las que Rosita tenía buen cuidado de convidarle siempre.





XI.

Pasaron meses desde la noche en que por vez primera habían aparecido en la tertulia de la Condesa D. Braulio, su mujer y su cuñada.

Todas las prudentes reflexiones de D. Braulio á su mujer habían sido inútiles. Beatriz gustaba de brillar en sociedad, y ante esta consideracion daba poca importancia á los consejos de su marido. Parecíale tal vez exageradas cavilaciones de un hombre ya anciano. No desconocía ella que en el fondo D. Braulio tenía alguna razon al sostener que la tertulia de los de San Teódulo no era el verdadero gran mundo, no era el legítimo buen tono; pero ¿podía su marido llevarla á ese gran mundo? Sin duda que no. ¿Había, pues, de desistir ella de ir á parte alguna; había de seguir encerrada entre cuatro paredes en la flor de su juventud, y condenar á Inesita al mismo suplicio, porque no hallaba una sociedad perfecta, por todos estilos, donde poder presentarse?

En varias discusiones que tuvo Beatriz con su marido, ácerca de este negocio, siempre le hizo callar y salió victoriosa.

Sus argumentos eran, en verdad, difíciles de rebatir. Para todo tenía respuesta.

—La Condesa de San Teódulo tiene mala reputacion, decía D. Braulio.

—Será una calumnia, contestaba Beatriz.

—¿Y si lo que se dice contra ella es fundado?

—Entónces...¿qué se le ha de hacer? Á bien que no es enfermedad contagiosa.

—Quiero conceder que no se dé el contagio cuando no hay predisposicion para ello; pero al ménos tú me concederás que la mala fama trasciende; que la maledicencia no sólo se ceba en quien lo merece, sino en las personas que rodean á quien lo merece, áun cuando no sean cómplices suyos.

—Eso quizas será verdad; pero á fuerza de querer probar mucho, no prueba nada. Si toda mujer virtuosa, con sólo tratarse con otra que no lo es, se expone á que confundan é igualen su conducta con la de su amiga, lo mejor es no tratarse con nadie, vivir como en el sepulcro. ¿Qué quieres? ¿Voy á pedir un certificado de virtud á las mujeres con quien hable? Dices tú que la de San Teódulo no es del gran mundo verdadero. ¿Habrá más virtud en las mujeres del verdadero gran mundo? ¿No se habla de ellas como se habla de mi amiga? Pues si

descendemos, si pretendes que me trate con la mujer del escribiente, del portero ó del empleado, ¿de dónde infieres tú que he de hallar en ellas toda la severidad de Lucrecia? ¿Está acaso vinculada la virtud en la gente humilde? ¿Es la honestidad privilegio exclusivo de las hembras menesterosas? Desengáñate, Braulio; lo que tú quieres es que vivamos aquí tan aislados como en Sevilla, hechos unos hurones, sin tratarnos con un alma. Yo por mí me resignaría... por darte gusto, aunque bien conoces que es muy duro... Soy joven aún... Tú, ocupado en tu secretaría y en tus estudios, apenas me acompañas. ¿He de vivir en eterno soliloquio? Y luego, la pobre Inesita... que no tiene, como yo, un marido á quien complacer y á quien amar, ¿por qué ha de ser víctima de ese antojo tuyo?

Tales razonamientos ejercían un poder invencible en el alma de D. Braulio. Nada hallaba que contestar á ellos, y se callaba.

Beatriz, al verle callado y casi rendido, le dirigía una mirada amorosa, le sonreía dulcemente, le hacía un cariño, y D. Braulio acababa de someterse. No sólo no era capaz entonces de prohibirle que fuese á la tertulia de la de San Teódulo, sino que no hubiera acertado á oponerse á cualquier locura que ocurriese á su mujer.

Allá, en lo interior de su alma, D. Braulio le

daba razon en todo, no ya meramente por el afecto que le profesaba, sino por la hechura de su entendimiento y por la condicion y carácter de sus ideas.

—¿Qué derecho tengo yo, decía entre sí, para que esta hermosa mujer, tan discreta, tan graciosa, tan á propósito para ser el encanto y la admiracion de quien la trate, se sepulte en vida en castigo de haberme amado y de haberme tomado por marido? ¿Qué derecho tengo yo para imponer además la misma pena á su linda hermana, más jóven aún y no ménos á propósito para lucir en el mundo? Hasta es ridículo mi antojo de que sea virtuosa la sociedad que frecuenten. ¿Dónde voy á hallar eso? La sociedad no es virtuosa ni viciosa. Lo son las personas que la componen. Y el vicio es más comun que la virtud.

Otras veces pensaba D. Braulio :

—Si yo prohibiese á mi mujer que fuese á acompañar á la Rosita, todos los que lo supiesen ó presumiesen se burlarían de mí..., y con razon. Daría yo muestras de una desconfianza que no me honraria ni honraria á la compañera de mi vida. Haría creer que la sospechaba de liviana ó de fácil. Ejerceria contra mi mujer un acto tiránico, que tendria, además, algo de infamatorio. Ella tendria entónces razon para dejar de amarme..., para odiarme..., quizas para despreciarme.

La sola suposición de que su mujer viniese á no amarle, á odiarle ó á despreciarle..., agitaba los nervios del infeliz. Se sentía convulso, como si el cielo fuese á caérsele encima..., y sólo se serenaba..., sólo pasaba aquella tempestad de su alma..., cuando acudían las lágrimas á sus ojos y desahogaba con ellas el sentimiento del corazón.

Beatriz é Inesita quedaron, pues, en libertad completa de ir con Rosita á todas partes, y no dejaron de aprovecharla. D. Braulio se hacía cómplice de esto, acompañándolas no pocas veces. Entónces solía sentir las más opuestas emociones. Unas eran agradables; otras muy desagradables, pero todas hábilmente disimuladas por él.

Las emociones desagradables de D. Braulio nacían de la desconfianza de sí mismo que le atormentaba. Se reconocía fatigado, melancólico, viejo, poco ameno, mal vestido, nada elegante, y á cada paso veía hombres cuyas prendas de entendimiento, cuyo valer moral, cuya alma, en suma, le parecían muy inferiores á lo que en su sér propio notaba y estimaba, pero que eran al mismo tiempo tan superiores á él en todo lo que más fácilmente se nota y se estima, como, por ejemplo, distinción y soltura en los modales, juventud, hermosura física, salud y brío, amenidad y alegría en el trato, ligereza y gracia en la conversacion, que mi-

raba como prodigio inexplicable que su mujer no gustase, más que de él, de cualquiera de dichos hombres.

Corroboraba en su mente tan triste persuasión el pensamiento de ciertas habilidades que él veía en otros hombres, y de las cuales se juzgaba incapaz. El vals era su desesperación. Se admiraba de un hombre que valsase bien; le parecía precioso, encantador valsando, y decía para sí: «¿Qué pensará mi mujer de mí que no valso?» Más aún se admiraba de los jóvenes que cazan, que tiran á la pistola y al florete, que patinan, que montan bien á caballo, y que son ágiles y fuertes para todo esto. Hasta los que lidian becerros ó van airoso en velocípedo, le causaban envidia. Allá en su conciencia, con todo secreto, se declaraba á sí propio nuestro D. Braulio que, de ser mujer, estaría él muy á punto de enamorarse de un guapo mozo que tuviese dichas habilidades. Así es que se daba el infeliz al diablo, y de fijo hubiera hecho pacto con él entregándole su alma, si de la noche á la mañana le hubiese transformado de torpe en ágil y de enclenque en robusto, concediéndole la virtud de patinar, valsar, cabalgar, esgrimir, torear, cazar y *velocipedear*.

Apénas quería creer D. Braulio en el espiritualismo de las mujeres cuando suelen preferir á las susodichas habilidades otras virtudes varoniles; pero aún siendo así, ¿qué pruebas

había dado él de estas otras virtudes? ¿Qué batalla campal había ganado? ¿Qué poema había escrito? ¿Qué discurso había pronunciado en las Córtes? ¿Qué sumas había ganado en la Bolsa, en el juego ó en los negocios? ¿Qué cuadro había pintado? ¿Qué estatua había esculpido? ¿Qué flamante sistema de filosofía había creado en su mente? ¿Qué nueva máquina ó artificio había dado á la industria humana?

Don Braulio se abismaba en tales meditaciones, y salía de ellas tan mezquino y ruin á sus propios ojos, que se infundía lástima. Se sentía amilanado y postrado.

Miraba á su mujer, que en realidad era hermosa, elegante, discreta. Se le aparecía digna de un trono; digna de ir en magníficos carruajes; de pisar alcatifas de Persia; de vestir blondas y sedas riquísimas; de recibir adoraciones de sabios y de valerosos y de ricos; de premiar el mérito, la destreza, la poesía, la ciencia y la audacia con una dulce mirada de amor. Y como D. Braulio no había hecho nada para obtener el premio, casi se persuadía de que le estaba usurpando, de que era un detentador miserable.

Doña Beatriz, en tanto, tenía encantados á todos los hombres de la tertulia de su amiga. Su alegría era comunicativa, su charla deleitosa. Decía mil chistes, sutilezas y discreciones, que se aplaudían y gustaban más aún por el

acento sevillano con que los decía, por la expresión de su rostro, por la viveza de sus ojos, y por los frescos y colorados labios, y blancos, iguales y apretados dientes, por entre los cuales brotaba suave, argentina y simpática su fácil y espontánea palabra. Sabía ella además infundir amor y respeto. Los mismos que codiciaban su hermosura la cercaban reverentes. Hasta el poeta Arturo dejó de acercarse demasiado y se contentó con doblar los lentes para verla mejor.

De contemplar esto nacían las emociones agradables de D. Braulio. Aquella mujer tan admirada y codiciada era suya. La que, tal vez, ó de seguro y sin tal vez, inspiraba amor á muchos hombres de valía, la que con una mirada, con un ligero favor, los hubiera podido llenar de orgullo y de dicha, le amaba á él solo, y para él solo guardaba toda la ternura de su corazón, y todo aquel tesoro de belleza, tan deseado y encomiado.

Don Braulio, no obstante, era una de aquellas criaturas en quienes toda emoción grata dura poco, á quien acude súbito la idea triste que envenena dicha emoción.

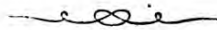
—Mas ¿por qué, se decía, soy yo el que ella ama, el único dichoso, el dueño del tesoro, el que tiene la llave de su corazón? Por una casualidad, primero: por haberla hallado en un lugar donde nadie había que compitiese con-

migo. Y despues, por un contrato, consagrado por la religion: por un deber moral, legal y religioso, que la impulsa á amarme de un modo exclusivo. Si éste, aquel ó el otro fuese su marido, en vez de serlo yo, ¿no le querría como á mí me quiere? ¿Quién sabe? Quizá le querría más.

Entónces recordaba D. Braulio y analizaba en su mente toda caricia, toda palabra de amor, toda señal de simpatía, y pugnaba por descubrir en ello lo que sólo procedía de amor, apartando lo que del deber, unido á la bondad y hasta á la compasion, acaso procedía. Casi siempre sacaba de este análisis, que todo se evaporaba, en bondad, en cumplimiento de una obligacion, en deseo de no afligir, en agradecimiento, y que nada quedaba para el amor en el fondo de la retorta, donde su impía crítica había puesto á alambicar las muestras todas de cariño que doña Beatriz le había dado desde que se casaron.

Fingíase, por último, á doña Beatriz casada con un hombre jóven, hermoso y brillante, con un hombre á quien ella pudiese amar y amase con toda la energía del alma juvenil; y entónces imaginaba D. Braulio coloquios, éxtasis, arrobos, ternuras inefables, deleites infinitos, glorias divinas de amor, ocultas aún en el fondo del alma de doña Beatriz; todo un cielo de bienaventuranza allí sumido, y que él no había

jamás hecho surgir y aparecer con sus débiles conjuros. Considerábase como dueño de un arca misteriosa, fabricada por los genios, arca de cuya exterior y somera beldad gozaba él solo á todo su sabor y talante, miéntras que ocultaba en su seno la joya más rica, la felicidad más cabal en este mundo, un trasunto del Olimpo, del Eden y de cuantos Paraísos y Campos Elíseos soñaron los poetas y los videntes antiguos, la vision beatífica, la union esencial del alma con el objeto condigno de su anhelo insaciable; pero arca que no mostraba todo esto á quien no tocase el resorte que había de hacerlo aparecer, y que él no tenía ni fuerza, ni maña, ni merecimiento para tocar. Don Braulio se desesperaba, perdiéndose en tan crueles meditaciones, de las que no quería confiar nada á su mujer, ni tal vez hubiera acertado á confiarle algo, aunque hubiera querido.





XII.

Miéntras que andaba D. Braulio agitado, allá en el fondo de su alma, de tan varios afectos, de los cuales salía siempre por consecuencia la precision en que se creía de dar á su mujer y á su cuñada libertad completa para ir á casa de la Condesa y acompañarla á teatros y paseos, Beatriz, aprovechándose de dicha libertad, vino á ser casi tertuliana diaria de la de San Teódulo, ora la siguiese sólo Inesita, ora la siguiese tambien su marido.

Cuando iba éste, la natural simpatía le impulsaba siempre á hablar con el Conde de Alhedín, más que con otro alguno. El Conde hablaba con formalidad, con sumo acierto y con sano juicio de las cuestiones más graves, y hasta cuando estaba de broma todos sus chistes parecían á D. Braulio, no groseros y vulgares, sino delicados é ingeniosos, por donde era el primero que los reía.

El Conde, hecho así muy amigo de D. Brau-

lio, hubo de acompañar algunas noches á las dos hermanas hasta la casa de ellas; y, como doña Beatriz se la ofreció, él pudo visitarlas y las visitó del modo más correcto.

Nada de esto hacía recelar á D. Braulio. Él no tenía celos de persona alguna determinada, y, en todo caso, por la especie de admiracion que profesaba al Conde, tenía más confianza en él que en otro cualquiera. Imaginaba que el Conde le comprendía, le respetaba y no abusaría de su amistad aunque pudiese. De esta suerte, por lo mismo que reconocía en el Conde más capacidad de seducir que en todos los otros, temía ménos la seducción por parte del Conde.

No eran de igual parecer los de la tertulia de Rosita. Sin odio, sin deseo de dañar, por pura ligereza y alegre malicia, suponían cuanto hay que suponer, fundándose en los siguientes datos.

El Conde, que debía haber ido á Biarritz, había desistido de su expedicion y se había pasado en Madrid todo el verano.

Con mucha frecuencia hablaba con Beatriz en largos apartes.

Se sabía que la visitaba en su casa.

El Conde estaba sin amores conocidos; la crónica escandalosa no designaba, ni en la sociedad elegante, ni entre la gente de la clase media, ni entre las bailarinas y actrices, ninguna que le tuviese cautivo en sus redes.

En sujeto de tanto valer, tan gallardo y afortunado siempre con las mujeres, era inexplicable esta soledad amorosa, si no se suponía alguna pasión oculta.

La pasión, por consiguiente, se supuso. Y una vez supuesta, se supuso también que no podía ménos de ser correspondida.

La falta de pruebas que había, el enojo del Conde cuando empezaron á embromarle con doña Beatriz, sus negaciones rotundas, y el respeto y consideración ceremoniosa con que trataba en público á aquella mujer, todo ello sirvió sólo para que se pasmasen los amigos del maravilloso disimulo, de la hidalga prudencia y del noble sigilo de aquel dichoso mortal.

Rosita, á quien el Conde se lo confiaba todo, quiso no pocas veces averiguar, en secreto y para ella sola, la verdad del caso.

El Conde negó á Rosita que hubiese caso alguno que redundase en daño de D. Braulio, y mostró enojo de que ella creyese que le había, y le suplicó, y hasta le exigió, que disipase tan absurdos rumores.

Por desgracia, no valió esto sino para que Rosita dejase de hablar al Conde de sus relaciones con doña Beatriz, y hasta para que afirmase con frecuencia en alta voz que no había tales relaciones; pero, en voz baja y al oído, Rosita solía hacer estupendos elogios de la ca-

ballerosidad de su amigo, que ni siquiera á ella le confiaba su triunfo. Este callar era heroico; este disimular demostraba á gritos la vehemencia y sublimidad de un generoso afecto.

—Llega á tal extremo el Conde, decía Rosita, que será capaz de tener un desafío con quien divulgue por ahí que Beatriz le ama.

—*E pur si muove*: añadía el poeta Arturo, si por acaso se hallaba allí.

El rumor, la suposición, la calumnia, si era calumnia; la hablilla, en fin, si así queremos llamarla, se movió en efecto con rapidez portentosa.

Apénas quedó en la coronada villa hombre ni mujer, iniciados en la historia anecdótica de los salones, en aquella historia que Asmodeo y sus imitadores no pueden ni deben revelar por impreso, si bien tiene mil cronistas orales y clandestinos, que no diese ya por cierto, firme y apretado el lazo que unía el corazón de Beatriz y el de Ricardo, que así llamaban al Conde de Alhedín sus íntimos ó los que por tales querían pasar para darse tono.

D. Braulio era quizás el único que ignoraba todo aquello, y la gente se pasmaba de su ignorancia.

Los sujetos más benévoloos decían:

—No es extraño. El buen señor está en Babilonia siempre. ¡Es tan distraído! Vaya: más vale así.

Otros exclamaban:

—Bien se conoce que el hombre es un verdadero filósofo.

Otros:

—¿Quién sabe? Estos varones severos no incurren casi nunca en la torpeza de averiguar lo que no les conviene. La distracción, el andar siempre por los espacios imaginarios suele traer muchos provechos.

Otros, por último:

—Ya verán ustedes cómo el pobrecito don Braulio adelanta en su carrera y llega á ser personaje. Su mujer hará que suba.

El respeto y hasta el temor que inspiraba el Conde de Alhedín, poco sufrido con nadie, pronto para el enojo y diestro y feliz en lances y pependencias, no consentían que los hombres se insinuasen con doña Beatriz, hablándole de sus amores con el Conde.

Beatriz no trataba con mujeres de la sociedad, que no hubieran respetado al Conde y que se hubieran insinuado con ella.

Y Rosita quería tanto al Conde, que por nada del mundo le hubiera causado el pesar de darse por entendida con Beatriz de que sospechaba ó sabía lo que, á su ver, pasaba.

Doña Beatriz, por consiguiente, podía imaginar ó imaginaba sin duda que nadie sospechaba de ella.

Los rendimientos y las deferencias de que

era objeto los podía atribuir á su mérito propio; y el que los galanes no se le acercasen en son de guerra y de conquista, á que su buena reputacion los tenía á raya.

Durante, pues, todo el verano y hasta el principio del mes de Octubre, momento en que ocurrieron casos importantes que pronto hemos de referir, pudo muy bien doña Beatriz, nada experimentada ni escarmentada aún de la maledicencia de los madrileños, vivir tranquila y persuadida de que nadie la acusaba de ser la enamorada del Conde y de que D. Braulio no estaba en ridículo de resultas de haber sido tan bueno y tan complaciente con ella.

Al llegar á este punto, siento yo cierto prurito de declamar y de moralizar, á fin de que mi historia merezca contarse entre las ejemplares. No atino, sin embargo; no me decido siquiera á señalar el blanco contra el cual he de dirigirme.

¿Declamaré contra la sociedad murmuradora? No me atrevo, sin considerarme como injusto. ¿Quién sabe aún lo que en realidad pasaba? Pero las apariencias estaban en contra de doña Beatriz.

¿Declamaré contra ésta? ¿Y si era inocente? ¿Y si las apariencias eran engañosas? ¿Y si ella, ignorante aún de la vida, no notaba que, sin querer, quizás sin merecerlo, daba pábulo á la maledicencia?

Sería, por último, harto cruel que yo me estrellase contra el bueno de D. Braulio, que era tan honrado, tan noble, tan excelente, y cuya única falta, si falta había, se originaba del amor entrañable y de la indulgencia bien meditada con que miraba á su mujer.

Lo mejor, por lo tanto, es que nos abstengamos de declamar y de moralizar, aguardando á ver qué sale en claro de todo esto.

Por lo pronto, lo que podemos asegurar es que la reputacion de doña Beatriz estaba perdida: gravísimo mal, aunque no del todo irremediable, dado que fuese una calumnia lo que se recelaba ó afirmaba, dado que la suposicion no tuviese fundamento alguno.

Verdad es que para poner remedio á aquel mal era ya menester que los pacientes lo supiesen primero; condicion terrible para el enamorado D. Braulio, quien, atormentado por sus vagas y melancólicas imaginaciones, no advertía nada de lo que en realidad estaba pasando en torno suyo, y cuyo corazon, que tanto se angustiaba sólo con presentir la pérdida del cariño de Beatriz, parecía que no había de tener resistencia bastante para sufrir el rudo golpe de la certidumbre y la realizacion de su presentimiento.





XIII.

Confieso con la ingenuidad que me es característica, que he tenido tentaciones de pintar al Conde de Alhedin como á un seductor perverso, endemoniado y profundo en sus ardidés y planes de guerra. De esta suerte, me decía yo, cuando iban ocurriendo estas cosas y yo mismo no estaba aún en el secreto, si doña Beatriz ha sido en efecto seducida, su caída tendrá cierta disculpa, y, si no lo ha sido, su triunfo será más glorioso y memorable.

No hay nada, sin embargo, que me repugne más que la mentira. Ni siquiera gusto de apelar á ella para escribir un cuento. Y como el Conde de Alhedin existe en realidad y yo le conozco y trato, se me hace cargo de conciencia presentarle diverso de lo que es, aunque sea envolviéndole en el velo del pseudónimo.

El Conde de Alhedin, dicho sea en honor de

la verdad, no pasa de ser un buen muchacho, si hemos de juzgarle con el relajado criterio que en el mundo se usa.

El Conde de Alhedín dista tanto de ser un D. Juan Tenorio, como dista el cielo de la tierra. Jamás ha empleado engaño ni violencia contra soltera ni casada.

Doy además por seguro que, si hacía exámen de conciencia, por muy severo y escrupuloso que fuese ántes de la época de nuestra historia, no llegaría jamás á persuadirse de que él hubiese seducido á mujer alguna.

Hallando fácil y abundante cosecha de laureles entre las seductoras y ya seducidas, no tuvo el Conde la mala idea de extraviar á ninguna cándida é inocente doncella, ó de turbar la santa paz de algun matrimonio modelo por lo bien avenido, ejemplar y amoroso.

Si en algunos casos reconocía el Conde que la seducción había sido mutua, en los más, con notable consolación de su ánimo, y con no corto menoscabo de su vanidad, el Conde no veía en su propia persona sino á la que padece; esto es, á la verdaderamente seducida.

Ni una sola de sus conquistas había tenido hasta entónces asomos de carácter trágico. No se acusaba el Conde de haber arrancado de frente alguna el luminoso nimbo de la santidad y de la pureza. No había mujer que hubiese descendido por él de un pedestal sagrado

donde hubiera estado ántes sin que jamás la tocase el lodo de la tierra; sin que se empañase en lo más mínimo la nítida blancura de la fimbria de su veste. Ó bien había sido el Conde uno de tantos, y no el primero en una serie más ó ménos larga y variada, ó bien, si por dicha había sido el primero, el mismo diablo había allanado ántes los caminos tan suave y aviesamente, que harto se podía dar ya por perdido lo que había que perder, y al Condesito sólo le remordía la conciencia como al jóven filósofo de la fábula, por haber cedido con fragilidad al capcioso argumento que estos versos expresan :

Tómelo por su vida, y considere
Que otro lo comerá si no lo quiere.

Cuando me paro á meditar acerca de la virtud en grado heroico se me ocurre un pensamiento que me apesadumbra bastante.

Verdad que hay aún, y seguirá habiendo de seguro, guerras civiles é internacionales, revoluciones violentas, pestes, enfermedades y otra multitud de plagas con que Dios quiere y puede probar y ejercitar nuestra paciencia. Verdad que todos estamos condenados á morir, y no es chico mal la muerte, sobre todo cuando se la contempla desde la cumbre de la vida, en el pleno goce de la mocedad y del brío sano de nuestra primavera; pero en circunstancias normales, en la vida burguesa, ordena-

da y política que hoy se vive, es difícil, cuando no imposible, que aparezca ó se dé en cualquier sujeto un caso de heroísmo, de sufrimiento extraordinario, de entereza sublime ó de otra virtud magna y pasmosa, sin que aparezca ó se dé, como motivo ú ocasion en otro sujeto ó en varios, un caso de vicio, ó de maldad ó de fiereza, no ménos fuera de todo término razonable. Para que haya un Régulo, es menester que haya cartagineses; para que haya un sabio que beba tranquilo la cicuta, es menester que haya jueces inícuos que por odio á sus discreciones y sabidurías le condenen á beberla; y para que haya mártires que se dejen desollar ó que se dejen asar á fuego lento en unas parrillas, es menester que haya tiranos tan empedernidos y atroces que los manden desollar ó asar, porque no se prestan á adorar los ídolos, ó por otra tontería por el estilo.

Ahora bien, no sé si por fortuna ó por desgracia, pero es lo cierto, que malvados y pícaros en grado tan superlativo y extremoso van siendo más raros cada día, y por consiguiente la áspera senda de la virtud se va allanando y macadamizando, sin que aquellos que tienen virtud en dicho grado logren casi nunca ocasion propicia para lucirla, viéndose obligados á conservarla en estado latente allá en el fondo de sus corazones.

No quiero, pues, alterar la verdad de mi his-

toria é ir contra esta ley del progreso humano, convirtiéndolo en un monstruo al Conde de Alhedín. Atengámonos á la verdad.

El Condesito, segun he declarado ya, era un excelente chico, ligero, amigo de divertirse, muy tentado de la risa, pero mejor que el pan.

Su madre, la Condesa viuda, le idolatraba y le había mimado siempre; pero los mimos, léjos de pervertir las buenas naturalezas, las hacen mejores y más dulces; convierten la hiel en almíbar.

Para el Condesito era fácil ser bueno. Nada envidiaba. Todo le sonreía. Ya hemos dicho que poseía quince mil duros de renta, que era de buena familia y que gozaba de perfecta salud. No había ejercicio corporal en que no brillase: gran jinete, certero tirador de pistola, ágil y diestro en la esgrima, y valsador airoso y gallardo. Sus chistes eran reídos, sus discreteos celebrados. Todos le creían capaz de los negocios más serios, si llegaba algun dia á emplear en ellos su tiempo y sus facultades.

Vivía el Conde con su madre, pero en un enorme caseron, donde gozaba de completa independencia. Así es que recibía amigos y visitas de varias clases sin que su madre, ni por acaso, tuviese que tropezar con ellas ni darse por entendida de nada.

La Condesa, sin embargo, no ignoraba la vida frívola y harto disipada de su hijo. La

Condesa ansiaba que la abandonase, que se casase ya, y que hecho todo un padre de familia, se mezclase en la política de su país y fuese un hombre de Estado.

La Condesa era una gran señora en toda la extensión de la palabra y muy al gusto antiguo. Estaba más cerca de los cincuenta que de los cuarenta años, si bien conservando no pocos restos de su en otro tiempo admirada hermosura. Se vestía con severa elegancia y notable sencillez. Era religiosa sin afectación ni fanatismo. Y no estaba muy en contra de esto que llaman el espíritu del siglo, aunque lamentaba que la aristocracia española careciese de espíritu de clase, y fuese, por lo tanto, incapaz de ser contada como un elemento político, por más que, considerados aisladamente, no valgan ménos bastantes individuos de los que á ella pertenecen que muchos de aquellos que se encaraman á las más altas posiciones y mandan y gobiernan, partiendo desde los más humildes puntos de la esfera social.

Ni por esto andaba desavenida la Condesa con la época en que vivimos, porque percibía claramente que la invasión y encumbramiento de plebeyos astutos venía muy de atrás y no era cosa del día. La aristocracia, creía ella, que dormitaba siglos hacía en dorada servidumbre, y que, contenta ó resignada con vanas distinciones áulicas, dejaba el influjo y el mando á

los Cisneros, los Perez y los Vazquez, habiendo sido España una democracia frailuna, y ganando ahora con ser algo parecido á una mesocracia seglar.

La Condesa, al ménos, sin que nosotros salgamos responsables de sus juicios, se explicaba así, de un modo sintético, la historia de su patria. Resultaba de aquí, que, de puro aristocrática y por odio á la democracia antigua, casi era la Condesa liberal y progresista. Prefería al dominio de un valido prepotente, á quien el monarca sacaba de la nada, el mando de esto que llaman clases conservadoras, en las cuales entraba por algo la suya, aunque mezclada con el instable remedo de la aristocracia de buena ley y con el furioso aluvion de injustificadas é improvisadas notabilidades.

En suma, y sea de ello lo que se quiera, la Condesa deseaba que su hijo no consumiese la mocedad toda en galanteos y diversiones, sino que se hiciese hombre formal y de pro, y añadiese á la nobleza heredada nuevo lustre y blasones con la adquirida por su talento y demas prendas personales.

Ya sabemos que el Conde había pasado el verano sin salir de Madrid. La Condesa no había salido tampoco.

Estamos en el mes de Octubre.


Casi todas las damas elegantes que habían ido á Biarritz, á Spa y á otros puntos, y que

habían hecho una visita á Paris, estaban ya de vuelta de la expedicion veraniega. Venían, como era natural, cargadas de galas y primores de Worth, de la Ferrière, de Alexandre y de otros artistas: galas que se disponían á lucir durante el invierno.

Entre estas damas expedicionarias y ya reinstaladas cerca de sus lares, se contaba la linda Adela, prima del Condesito. Era la bondad personificada sin frisar en tonta, y era además heredera única con esperanzas de ser más rica que su primo cuando heredase. La Condesa viuda quería casar con ella á su hijo.

Ya varias veces había procurado inducirle á que la pretendiera. Siempre había sido en balde.

Ahora, á los tres ó cuatro dias de haber llegado Adela, la Condesa llamó una mañana á su hijo á su cuarto, entre once y media y una, ántes del almuerzo, y tuvo con él la siguiente importantísima conferencia.





XIV.

Después de los cariñosos saludos de costumbre y de un breve preámbulo sobre asuntos insignificantes, sentados madre é hijo en cómodos sillones y enfrente ella de él, la Condesa entró en materia de este modo:

—Bien conoces tú, Ricardo mio, que yo me he pasado contigo de indulgente. Así he perdido toda fuerza moral, y apenas si me siento con autoridad y valor para darte un consejo.

—La bondad de V. para conmigo no puede ni debe disminuir el respeto y la veneración con que yo miro á V., madre mia, respondió Ricardo. No ya para aconsejarme, para mandarme tiene V. autoridad y debe tener valor. Yo obedeceré á V. si está en mi mano obedecerla.

—No pretendo que me obedezcas, sino que me escuches y que te dejes persuadir por mis razones. Es una lástima que pierdas tu tiempo como cualquier mozalbete casquivano, sin de-

dicarte á nada serio. Hasta cierta edad es perdonable esè modo de vivir; pero ya eres mayor y debieras servir á tu patria y mostrar que vales... ¿Por qué no te haces elegir diputado? ¿Por qué no te interrogas sobre tus propias opiniones, te forjas tu credo político, te trazas tu línea de conducta, y entras en la vida pública? ¿Vas á llegar á viejo,

En cínica é infame soltería,

como dijo quizás harto duramente el austero y satírico poeta, sin hacer más que cortejar á mujeres livianas? ¿Por qué no te casas con una mujer honrada, de tu clase, y te formas una familia?

A esta lluvia de preguntas contestó con mucho reposo el Condesito:

—Todas las excitaciones de V., querida madre, son tan buenas, que yo las seguiría sin vacilar, si de mí dependiera seguirlas. Por desgracia, no depende esto de mí. Para ser diputado, importa proponerse algo con serlo, y yo nada me propongo. Usted misma lo declara: importa tener un credo político y trazarse una línea de conducta. Pero en balde me interrogo: yo no sé lo que quiero, ni lo que creo. Casi todos los partidos me parecen bien y me parecen mal. No sé á cuál afiliarme. ¿He de inventar yo un partido nuevo, cuando ya hay tantos? Además, que no es tan fácil inventar ese par-

tido. Para su credo, apénas se me ocurre otro artículo de fe que aquella sentencia constitucional del año de 1812: que todos los españoles sean justos y benéficos. Lo demás me es indiferente. Yo amo la libertad como un medio, y el progreso como un fin; pero los amo de una manera vagá y encumbrada y comprensiva, que se presta en la práctica á mil interpretaciones. Así es que por un lado me amoldaría á casi todos los partidos medios, aceptando sus principios, y por otro lado sería rebelde ó indisciplinado en todos los partidos, porque sus prohombres no me satisfacen. En resolución, yo noto que me falta vocacion para la política. Soy más á propósito para la contemplacion que para la accion. Créame V., yo lo haría detestablemente; me desluciría si me metiese á repúblico. ¿Por qué hemos de ser todos actores en tan pesado drama, que dura siempre sin que se llegue jamas al desenlace? ¿No basta que esté uno condenado á ser espectador? Mire V., madre, yo me canso de asistir á ese drama que no termina nunca, que siempre es lo mismo, donde hay enredos sobre enredos, cambios de decoraciones y entrada y salida de personas que casi todas lo hacen mal, y en cuyo argumento no hay principio ni fin, ni término ni pensamiento. Imagine V., pues, si me canso de ser mero espectador, y mero espectador poco atento y distraido, cuánto me cansaría si re-

clamase tambien un papel y tratase de representarle. Desengáñese V.; la política es un oficio fastidioso, que sólo deben ejercer los que no tienen dinero, ni posicion, y necesitan adquirirlos ejerciéndole; pero yo, que tengo mi caudal, puedo y debo ser más útil á mi patria y á mí mismo, cuidando ese caudal, mejorándole y aumentando así la riqueza pública, que no añadiendo un individuo más al número ya desmedido de los que se disputan las carteras, las plenipotencias y las direcciones generales. Soy tan escéptico, que no atino á creer en las creencias de los otros. Se me figura que los más consecuentes suelen ser los ménos sinceros; que son consecuentes á fuerza de ser testarudos. Adoptan una opinion, como pudieran haber adoptado otra, sin fe ni caridad, y ya la siguen siempre, para que se diga que hacen bien su papel, y porque al fin es más fácil representar un papel que diga siempre lo mismo, sean las que sean las circunstancias, que no otro papel donde se digan muchas y diversas cosas, segun importe quizas en cada momento, no sólo al bien particular ó singular, sino al bien público. Con esta reflexion me siento inclinado á perdonar las apostasías; pero como mi espíritu es una perpétua contradiccion, reflexiono en seguida otra cosa y condeno duramente á los apóstatas y volubles. Los sospecho de interesados y de tunantes. Recelo que no cambian de

buena fe, sino porque quieren estar siempre encima y hacer su agosto. En fin, ¿para qué hablar más? Soy incapaz para la política. Más fácil me sería echarme á filósofo, á naturalista ó á poeta. ¿No es mejor, sin embargo, que cuide de mi hacienda en santa paz, y procure ser un buen ciudadano, un miembro útil y activo del cuerpo social, y un caballero agradable y entretenido? Ahora que apenas hay majadero ó galopin que no se meta á sabio, ó á gobernador del pueblo, ó á personaje importante; ahora que todos los hombres se pasan la vida echando discursos en las sociedades científicas, en los clubs, en las asambleas y en otros focos de luz, ¿no es conveniente que haya algunos que se vayan á los salones para que las pobres mujeres no se queden solas, sin nadie que les hable y las entretenga un poco? Ya ve V. si tengo razon en seguir apartado de la política. En cuanto al otro consejo capital de V., nada tengo que objetar. En efecto, debo casarme; pero yo no quiero casarme por casarme. Para contraer esa temerosa union, que sólo la muerte rompe, quiero hallar una mujer en quien confie y á quien ame, y cuyo espíritu se abra al mio y me muestre que puede estar en duradera, firme, santa é íntima comunión con él. Deje V. que halle esa mujer, y al punto me verá casado.

—Perdona que te diga, Ricardo, replicó la Condesa, que todo cuanto estás diciendo es un

cúmulo de sofisterías y de extravagancias. Si doy por cierto, y no lo doy por cierto, que la política es sólo un medio de medrar en la mayoría de cuantos á ella se dedican, culparé más aún á los egoistas que no quieren intervenir en la política porque ya están medrados. Todavía se debe presumir que el que busca materialmente su medro personal, busca también el aplauso, la gloria, y se siente movido por el deseo de hacer el bien de todos, que al cabo no es incompatible con el bien singular suyo; pero del perezoso, del frío de corazón, del descreído, que por no molestarse y porque no necesita medro porque ya le tiene, no interviene en nada, y no sabe más que censurarlo todo, y señala mil males y no pone remedio á uno solo, de éste, digo, no hay alma, por generosa y benévola que sea, que se preste á suponer nada bueno. Este último es peor y más ruin que el más interesado busca-vida de los políticos activos. Buscándose, trabaja al fin, y sirve de algo, y tal vez hace el bien general ó procura hacerlo, á costa de fatigas y peligros, cuando procura asimismo, como es lícito y natural, su propio encumbramiento y provecho. ¿Qué héroe antiguo, qué guerrero, qué gran político, de los que ensalza la historia, ha sido tan absurdamente desinteresado, como sería menester serlo para estar libre de tus invectivas? Esto en cuanto á la política. En cuanto á tu

casamiento, no debo negarte que tienes razón en desear para mujer propia una que tenga las prendas de que me hablas; pero, ¿por qué no la buscas? ¿Ha de pasar ella casualmente delante de tus ojos? ¿Ha de abrir su espíritu al tuyo y ha de mostrarte que merece entrar en íntima comunión con él, sin que te tomes siquiera el trabajo de llamar á la puerta? ¿Vas á buscar acaso ese tesoro que necesitas entre las aventureras, entre las damas galantes, entre las mal casadas á quienes enamoras?

—Madre, yo no enamoro ni pretendo ahora á ninguna aventurera, á ninguna dama galante, á ninguna mal casada. Si tiene V. noticias tales, está V. mal informada.

—Pues entónces, ¿por qué no te dedicas á tu prima Adela? Se diría que el cielo la destina para ti. ¡Es tan buena, es tan discreta, en medio de su inocencia! Y hablando en confianza... la creo muy propensa á prendarse de ti. Estoy segura de que te adoraría.

—El amor de madre acaso ciegue á V.; pero, aunque ella propendiese á amarme, ¿cómo he de mandar yo á mi corazón que la ame? No la amo, y sin amor no me casaré con mujer alguna.

—Tú amas, lo sé, á la que no puede ser tu mujer, porque lo es de otro; dijo al fin la Condesa, no pudiendo sufrir más las rebeldías de su hijo.

—Ya he dicho á V. que no amo ahora á ninguna mujer casada.

—Me han dicho que estás en relaciones con la mujer de un empleadillo en Hacienda, con una aventurera que va á casa de la Condesa de San Teódulo.

—Madre, los que tal han dicho mienten. Ni yo estoy en relaciones con esa mujer, ni esa mujer es una aventurera. Caro le costaría á cualquier hombre que se atreviese á calificarla de tal en mi presencia.

—Tú mismo te delatas. Esa vehemencia con que la defiendes me prueba más aún que la amas. Tal vez esa mujer te ha hechizado. La cosa es peor de lo que yo presumía. No es un capricho, es una verdadera pasión.

—Si la estimación y la amistad son pasiones, estoy apasionado de ella, lo confieso. Por lo mismo, madre mía, suplico á V. que desmienta mis relaciones amorosas con esa mujer, y que no contribuya á difamarla y hacer acaso la infelicidad de su marido, que es un hombre excelente. Si el infeliz llegase á saber lo que tan á pesar mio, y tan sin fundamento, dice de nosotros la maledicencia, se moriría de dolor. ¡No lo permita nunca el cielo!

La Condesa no se atrevió á continuar la conversación, al ver lo exaltado que su hijo se ponía, y la vehemencia con que hablaba en pro de doña Beatriz.

Allá en el fondo de su alma la Condesa se afligió mucho, imaginando qué su hijo no tenía unas relaciones vulgares, un pasatiempo in-moral, pero sin consecuencias, sino una pa-sion vivísima. Pensó además que la ocasion era ménos favorable que nunca para inducir á su hijo á que se dedicase á la politica y á su pri-ma Adela; y, muy contrariada, dió otro giro á la conversacion, esperando mejores dias.



XV.

La conversacion que tuvo con su madre puso al Conde de Alhedin de muy mal humor contra los deslenguados, chismosos é insolentes que iban propalando por todas partes sus amores con doña Beatriz; però no por eso procuró en lo sucesivo ser más cauto y mirado á fin de no dar ocasion y fundamentos á aquellas habladorías.

El Condesito había adquirido tal costumbre de ir todas las noches á la tertulia de los de San Teódulo, que á cualquiera cosa faltaría ántes de dejar de ir. La misma costumbre había adquirido doña Beatriz. De esta suerte se veían de diario y en presencia de muchos hombres maliciosos, amigos de burlas y muy propensos á explicarlo todo por el lado más feo.

Sostenía el Condesito que doña Beatriz era la discrecion personificada, que su conversa-

cion tenía un atractivo irresistible, y que su honra y su castidad estaban por cima de toda sospecha. Así era que él no se tomaba trabajo alguno para disimular, y hablaba con doña Beatriz aparte, y horas enteras, en casa de Rosita.

El Conde, y la misma doña Beatriz, en quien al cabo era esto más disculpable por su falta de mundo, se habían empeñado sin duda en que las gentes los tuviesen por superiores á toda crítica; en que juzgasen sus coloquios santos, puros y sublimes, como los que tuvo allá en la antigüedad Numa con la ninfa Egeria, ó como aquellos que en la cumbre del Purgatorio, y despues entre los esplendores del Paraíso, tuvo Dante con la tocaya de nuestra heroína.

Las gentes, sin embargo, no estaban de este parecer. Apénas si, por lo comun, son capaces de alcanzar tales sublimidades y de prestar crédito á lo que llaman sutilezas ó tiquis-miquis amorosos. Creen siempre en algo de ménos etéreo, sobresustancial y trascendente. La amistad de los espíritus, el platonismo, la adoracion desinteresada á una mujer, aunque se mire como grosero el símil, les parece á manera de salsa picante; pero entienden que no es plato de gusto aquel donde no hay más que la salsa. El misticismo es un condimento sin el cual el amor sería desabrido para los paladares deli-

cados; mas nunca pasa para las gentes vulgares de ser un condimento; es como la sal, la mostaza, la pimienta y otras exóticas especierías.

Lastimoso, abominable es que las gentes piensen así; pero ello es que así piensan. Lo que es en la tertulia de Rosita, todos eran bastante cultos y hasta refinados para no desdeñar la parte mística del amor, y ninguno era bastante metafísico para conceder á esta parte mística un carácter *sustantivo*, como dicen ahora los filósofos. Del misticismo, por mucho que le pusiese en prensa allá en la mente, no sacaba ningun tertuliano el amor, sino un adjetivo, un epíteto, un atributo del amor. Amor con misticismo era para el más espiritualista de los tertulianos como miel sobre hojuelas; pero con una diferencia, á saber: que si en las hojuelas con miel quitamos las hojuelas, la miel subsiste, miéntras que en el amor con misticismo, si se quita el amor... la del humo.

Con este modo de mirar las cosas no es extraño que todos tuviesen por pretension exorbitante y por capricho absurdo el afan del Condesito en querer pasar por un amigo devoto ó por un adorador petrarquista de doña Beatriz.

Alguna disculpa había, fuerza es confesarlo, para tan bellaca incredulidad. Los antecedentes del Conde y su carácter y posicion militaban en contra de lo que deseaba; no se ave-

nían con el papel que anhelaba representar.

El Conde de Alhedin tenía fama de conquistador punto ménos que irresistible. Y por otra parte, nadie dejaba de notar que los adoradores perpétuos, los amantes de eterno suspiro han sido siempre de abajo arriba, y no al revés. Jamás el rey se enamoró platónicamente de la pastora, ni el rico de la pobre, ni el duque de la costurera. Lo general es que en este linaje de amores vea siempre el amante á su amada como en andas, como sobre un altar, ó allá en el cielo, muerta ya, como Dante la veía. De esta suerte han suspirado los trovadores de humilde cuna y de bolsa vacía por la gran señora feudal que los recibió benigna en su castillo; los cortesanos por alguna linda reina de las que ha habido virtuosas y ariscas, aunque aficionadas á que suspiren por ellas; y muchos Gerineldos de mayor ó menor jerarquía, por la hermosa dama á quien sirvieron. Todos estos casos de amor platónico son verosímiles. Lo es tambien el de algun colegial ó novicio que viene de provincia á la capital, y que cae bajo el poder de cualquiera *lionne* experimentada, curtida, deseosa de adoracion, y que se aparece como divinidad á los ojos del inexperto y tímido mancebo.

Lo que no era verosímil, lo que no cabía en la cabeza de nadie era que el dichoso, que el hastiado, que el rico y noble Conde de Alhe-

din, delicias de la corte, suspirase, no por emperatriz, reina ó gran duquesa siquiera, sino por una muchacha oscura, pedestre, venida de un lugar y casada con un casi escribiente feo y viejo.

El Conde, sin embargo, se empeñaba en que esto se había de creer, ó más bien algo más extraordinario aún. Ni el suspiro en balde quería él que se creyese. El Conde no suspiraba, porque no se suspira por lo inasequible; no anhelaba, porque no se anhela lo que no se puede alcanzar; y no deseaba, porque el deseo presupone esperanza, por remota y leve que sea. El suspiro, además, el anhelo y el deseo, aunque nunca se logren, implican algo de ofensivo para la mujer deseada: son la infracción de un mandamiento cuando esa mujer es de otro. Y con doña Beatriz (tal era el respeto y consideración que quería se le tuviese) el Conde se enojaba de que álguien pudiera imaginar que él se atrevía á desearla.

El Conde quería, pues, aparecer como amigo finísimo, como admirador constante, y como el que se deleita en hablar, en ver, en comunicar pensamientos, sin el menor interés ni propósito que no sea limpio como el cristal y el oro. Para esto no había necesidad de disimular que hablaba largos ratos al oído con doña Beatriz. No era el secreto á fin de ocultar lo pecaminoso, sino á fin de no contaminar lo santo. No

era el misterio en que se envuelve el delincuente con respecto á las personas honradas, sino el misterio del iniciado con relacion al profano vulgo.

Por desgracia, el profano vulgo no se conformaba con creer en la santidad del misterio, y se le explicaba de un modo harto poco edificante.

Casi todas las noches doña Beatriz y el Condesito tenían un duo larguísimo, inaudito para todos, salvo para ellos.

Delante de D. Braulio tenía lugar el duo misterioso lo mismo que cuando D. Braulio estaba ausente. Ni ellos se recataban, ni D. Braulio se inquietaba. Se diría que los tres vivían convencidos por igual de la inmaculada inocencia de todo aquello, si bien se diría asimismo que la convicción se había consumido por completo en ellos tres, no quedando nada para el resto del mundo.

Todos los tertulianos murmuraban por lo bajo de la impostura y de la desvergüenza, que por tal la tomaban, del Conde, de doña Beatriz y hasta del excelente D. Braulio, en quien, merced á la fama que iba adquiriendo de pasarse de listo, no había persona que supusiese candidez é ignorancia, sino notorio y ruin disimulo.

Quien más extremaba y propagaba esta mala opinion era Arturo, el poeta. En sus versos era

casi siempre religioso y moral; ya ascético, ya místico sin mezcla de molinosismo; pero en prosa, como si ya en los versos hubiese gastado toda la poesía de su alma, era de lo más prosaico y *realista* que puede imaginarse. De esta disonancia entre su palabra rítmica y su palabra desatada del ritmo resultaba una extraña contradicción. El metro y los consonantes parecían el imperativo categórico de su conciencia. Recitaba sus poesías, y los oyentes se inclinaban á considerarle como á un santo padre, doctor iluminado y bendito siervo de Dios. Hablaba sin número y sin rima, y daba miedo oírle; era un desenfrenado galopin, sin creencias y sin respeto á cosa alguna.

La noche que siguió á la mañana en que tuvo lugar la conferencia entre el Conde y su madre, el Conde, por lo mismo que estaba de mal humor, se mezcló poquísimo en la conversación general de la tertulia de Rosita. Habló cuatro palabras con ella; habló un momento con Inesita, que también estaba allí; saludó á los tertulianos, y se fué á hacer su aparte con doña Beatriz, el cual fué más prolongado y en apariencia más íntimo que nunca.

Aquella noche vino D. Braulio y vió el aparte con la serenidad de costumbre.

La tertulia duraba de ordinario hasta cerca de las dos; pero D. Braulio y sus damas solían irse ántes de la una. Así lo hicieron aquella noche.

El Conde de Alhedin, aunque no tenía gana de más tertulia, no se atrevió á irse cuando se fué doña Beatriz, ni inmediatamente despues. Se quedó, entrando en el corro general de los que estaban allí hasta última hora.

No hablaba el Conde, sin embargo, porque estaba ensimismado é imaginativo.

El poeta, por lo regular, era quien hacía el mayor gasto de palabras, cuando no hablaba el Conde. Aquella noche el poeta estaba en vena. Charlaba mucho, decía mil jocosidades, se las reían, y él era de los que se embriagan con hablar y con ser aplaudidos, más que bebiendo vinos y licores. Arturo, quizás sin haber llevado una copa á sus labios, estaba borracho.

Viendo, pues, al Conde silencioso, empezó á estimularle para que hablara, lanzando algunas mal encubiertas pullas sobre las pasiones meramente espirituales; sobre lo felices y tranquilos que deben de vivir los maridos cuyas mujeres tales pasiones inspiran, y sobre los coloquios semi-divinos que deben de tener los que así aman.

—Dios, decía el poeta, les desanuda la lengua y les infunde por fuerza un idioma más rico y perfecto que todos los conocidos entre los míseros mortales. Los primores que tienen ellos que decirse no hallan adecuada expresion en esta jerga en que nosotros nos entendemos. ¿Cómo es posible que con el habla misma con

que pedimos nosotros de comer, de beber y otros menesteres mecánicos, se pida lo que tales amantes pedirán y obtendrán? Hasta la idea de lo que piden y obtienen apenas se percibe por los profanos sino de un modo confuso, allá en lo más recóndito y tenebroso del alma; allá en los abismos insondables del sentir con el sentido del espíritu, abstrayéndose de los otros sentidos.

Siempre que Arturo hacía algunas frases pomposas é irónicamente elevadas por el estilo, las terminaba exclamando:

—¿Qué tal? ¿Me explico? ¿Entiendo ó no entiendo la metafísica de amor?

El Conde reprimía su disgusto: no se daba por aludido cuando podía, y si decía alguna palabra, era con gravedad, sin seguir la broma.

—Hay multitud de Amores, continuaba el poeta, hijos todos de las ninfas: Amores terrenales, que son los que nosotros por lo comun conocemos; pero hay además un solo y único Amor, hijo de Vénus Urania, el cual, segun refiere el fabulista Esopo, y despues han repetido muchos otros poetas y fabulistas, vive casi siempre en el cielo. Los dioses inmortales no pueden vivir sin él. La presencia de este Amor constituye la bienaventuranza de los dioses. Sin embargo, este Amor es tan bueno y tan piadoso, que, lastimado de la miseria y baja de

los hombres, pide de vez en cuando licencia á Júpiter para descender á la tierra y traernos consolacion y cierto reflejo de la luz de la gloria. Con dificultad concede Júpiter esta licencia: á él y á los demas inmortales les es en extremo penosa la ausencia de Amor; pero cuando concede la licencia, que es de siglo en siglo á lo más, y por breve plazo, Amor descende entre nosotros, y dejando siempre que sus hermanillos menores le remeden, hiriendo á las almas vulgares, emplea sus flechas de oro en atravesar pocas almas encumbradas y divinas. De estas almas, así heridas, brota entónces un raudal de ideas puras, de sentimientos sobre-humanos y de conceptos cercanos de la perfeccion, que vienen á ser como faros luminosos colocados de trecho en trecho en la historia, en el oscuro y áspero camino que sigue la humanidad errante. ¡Gran noticia, señores, gran noticia! *La Correspondencia* no la ha publicado aún; pero ténganla ustedes por cierta. Este Amor celeste ha venido recientemente entre nosotros. Por más que se oculte por modestia, hemos llegado á verle. Está lleno de gracia y de verdad. Su gloria nos deslumbra, mas no nos ciega.

Tampoco á esta parodia de la más bella fábula de Esopo ponía el Conde el menor comentario.

El poeta prosiguió más excitado:

—El Amor del cielo va hiriendo, como he dicho, algunas almas *di primo cartello*; pero al cabo, mientras que vive por acá, en la tierra, no anda siempre errante y sin hogar. Elige el alma más noble, más pura y más bella, y allí hace su morada. Esta alma suele ser la de una mujer, con frecuencia, casada. Imagínense ustedes, ¡qué honra, qué distinción para el marido! En el caso presente, en la venida de Amor, en nuestra descreída y viciosa edad de hierro, la mansion de Amor, su cuartel general, como si dijéramos, es el alma de una mujer casada. ¿Estará hueco y ufano su marido?

Ya aquí el Conde no pudo contener y disimular su enojo. Reprimió, no obstante, la lengua, porque en plena tertulia le parecía ridículo y de mal gusto desatarse en injurias contra el procaz Arturo. Sus ojos sólo denotaban su furor. Miraba al poeta como si quisiera devorarlo con el fuego de su mirada.

Rosita, por ligereza de carácter, por irreflexión, se había dejado llevar de la charla del poeta y le había reído los chistes. Arturo había estado muy cómico, dando un énfasis chusco á sus expresiones y acompañándolas con el debido manoteo. Pero Rosita volvió en sí, advirtió cuán airado estaba el Conde, y aunque tarde, impuso silencio al poeta.

Cuando los hombres salieron juntos de la

tertulia y se vieron en la calle, ya el Conde no acertó á refrenar su enojo. Olvidó todo respeto, echó á rodar toda la prudencia, no previó consecuencia alguna, y llegándose á Arturo le dijo, si en voz baja, no tanto que alguno de los otros tertulianos no le pudiese oír:

—Sábelo para tu gobierno. Ni con fábulas de Esopo, ni con citas de Platon, ni de manera alguna, por indirecta que sea, consentiré en adelante que, estando yo presente, y áun cuando no esté yo presente, pongas en solfa mi amistad con doña Beatriz. Si llego á saber que hablas otra vez de ella; que aludes á ella; que te burlas de su marido, lo sentiré mucho, pero te romperé la crisma.

Pronunció el Conde estas frases con tanta seriedad y energía, que Arturo no pudo escurrirse tomándolas á risa. Era necesario contestar por lo serio. Y para contestar por lo serio, siendo hombre que se respetaba, no le quedó más recurso que contestar como contestó:

—Tambien yo lo sentiré muchísimo, dijo; pero como me conozco y sé que he de seguir poniendo en solfa tu amistad con doña Beatriz y he de seguir burlándome de la credulidad ó socarronería de D. Braulio cada vez que se me antoje, es excusada esa tregua ó espera que me concedes. Rompámonos la crisma en el acto, ya que así lo deseas.

Pocas más palabras mediaron entre ambos. De los mismos tertulianos allí presentes eligieron uno y otro los padrinos, quienes arreglaron un duelo á sable para el dia siguiente por la mañana.

Los padrinos, como personas de juicio, hicieron esfuerzos extraordinarios para cortar el lance amistosamente, convirtiendo en súplica cortés la amenaza del Conde y en promesa generosa y no arrancada por conminacion la del poeta de no hablar mal del Amor del cielo; pero Conde y poeta estaban tan acalorados, que ni el primero se allanaba á hacer el papel de suplicante, ni el segundo, aunque se lo suplicasen de rodillas, decía que se sentía capaz de callarse y de no ser maldiciente y burlon, siempre y cuando estuviese de humor para ello, que era á menudo. No hubo, por consiguiente, más remedio que reñir.

Ya sobre el terreno, percibió el Conde toda la serie de imprudencias que había cometido para llegar á aquel término, en el cual no podía retroceder, y del cual todo éxito era malo. Malo y deslucido si por acaso Arturo, que en la vida había tomado un sable en la mano, le heria ó le descalabraba; malo y cruel si él, que iba todos los dias á la sala de armas, acuchillaba á su sabor al pobre poeta; y malo y remalo, ora saliese vencedor, ora vencido, por que de todos modos el lance iba á ser contra-

producente. El lance era para que no se murmurase de doña Beatriz, y con el lance iba el Conde á lograr que resonase el nombre de ella en las diez mil trompetas de la Fama.

Mas sobre todo esto hubiera importado pensar á tiempo y no entónces. Entónces no quedaba otro arbitrio que darse de sablazos.

Los sablazos se dieron, y como era de prever, los recibió Arturo. Por dicha, ninguna herida fué de cuidado. Un mes de cama bastó al poeta para curarse.

Tambien se cumplió, como no podía ménos, la otra prevision. No quedó en Madrid perro ni gato que no hablase del frenético amor del Conde por la mujer de un empleadillo en Hacienda; de su loca pretension de hacerla respetar como á criatura angélica, semi-divina, y fuera del órden y condicion que naturalmente se usan; y de su afecto singular hácia el esposo sufrido, de cuyo sufrimiento tenía el Conde el imposible empeño de que nadie se percatase ni se riese.

Como el Conde no había de desafiar y de matar á todo Madrid, particularmente á las mujeres, la historia de sus amores con doña Beatriz, imaginada ó real, pero bordada y comentada por todos estilos, circuló por tertulias, cafés, casinos y teatros.

La reputacion de doña Beatriz quedó así

más lastimada que el cuerpo de Arturo, de resultas del lance que tuvo con él el caballeroso Conde de Alhedin, inhábil, por la persuasión y por la violencia, para convencer á nadie de su platonismo.





XVI.

Entre las muchísimas faltas que me ponen los críticos, nada me afligé tanto como que me acusen de pintar siempre mujeres algo levantisca y desaforada. ¿Con quién se trata el autor? dicen. ¿No ha conocido sino mujeres livianas? ¿Por qué no nos presenta en sus historias á las honradas y puras, á las que cumplen siempre con su deber, á las que pueden y deben servir de modelo? Este autor, añaden, odia á las mujeres ó tiene malísima opinion de ellas.

En contra de tan injusta acusacion me toca decir que ni Clara ni Lucía, en *El Comendador Mendoza*, ni ménos aún Irene, en *El Doctor Faustino*, carecen de todas aquellas prendas y requisitos que pueden y deben hacer de la mujer una criatura angelical. No negaré, en cambio, que doña Blanca había pecado, y que la ferocidad de su penitencia era peor que el pe-

cado mismo: que Pepita Jimenez fué demasiado coqueta y más apasionada de lo razonable, y que una vez enamorada no sabía contenerse, y se disparaba como una pistola al pelo; que María, la inmortal amiga, se abandonó á su pasión, como si no hubiese tenido libre albedrío, como si hubiese sido impulsada por una fuerza irresistible; que Constancita era interesada, calculadora y caprichosa, y que Rosita no reconocía más ley divina ó humana que la de su antojo; pero en todas estas mujeres (nadie sostendrá lo contrario) se advierten en medio de sus mayores extravíos tal anhelo de infinito amor, tan dulce ternura y tan fervoroso ahinco de hacer el papel de salvadoras y de redentoras, de proporcionar la bienaventuranza ó un asomo de bienaventuranza para el hombre querido, aún á costa de la propia condenacion, que las perdonamos sin esfuerzo y nos parecen simpáticas.

Por otra parte, lo tengo que repetir aquí, aunque peque de cansado; de una virtud completa no se puede sacar accion que interese y que tenga algo dramático, á no imaginar monstruos horrendos, perseguidores de dicha virtud.

Como tambien me acusan, y sin duda con más motivo, de pobreza de imaginacion, no debe de extrañarse que yo no haya tenido hasta ahora el suficiente brio para inventar esos monstruos.

Importa, por último, tener en cuenta que, en estas historias profanas que llaman novelas, no conviene que sean los personajes como alegorías de virtudes ó de vicios, sino que se tomen de la vida real, donde por lo comun se advierte en ellos cierta mezcla de buenas y de malas cualidades, de vicios y de virtudes, de arranques sublimes y de flaquezas lastimosas, que es lo que constituye la verdad de los caractéres y lo que da á los personajes fingidos, si el estilo del autor es poderoso para tanto, más viva y persistente realidad que á los personajes históricos.

En una narracion poética, que tal es cualquiera novela, aunque en prosa esté escrita, una mujer inmaculada, una santa, un ángel, no puede mezclarse en la accion sino á costa de los otros personajes; lo mejor es que aparezca, sin llegar con el extremo de su vestidura al lodo de la tierra, y acabe por esfumarse en el éter ó por subir al empíreo. Sus piés apenas si deben tocar al suelo.

En suma, sea como sea de todo lo dicho, pues no aspiro á dar reglas estéticas para escribir novelas, es lo cierto que yo, no porque opine mal de las mujeres, sino por falta de imaginacion y por el infortunio de no haber hallado con frecuencia á santas (ni á santos tampoco) en este mundo sublunar, me he de permitir introducir en esta historia, verdadera

y sencilla, un nuevo personaje, mujer también, que dista, más que ninguna otra de mis heroínas, de ser un dechado de perfección; pero que interviene poderosamente en los sucesos que debo referir.

Esta mujer es una Marquesa. Su título no es menester decirle. La llamaremos por su nombre de bautismo, como si tuviésemos con ella la mayor intimidad. La llamaremos Elisa.

Hacia cerca de tres años que se había quedado viuda. No llegaba aún á los treinta de edad. No tenía hijos. Era riquísima y muy elegante. Ni sus más acérrimas enemigas negaban que era discreta, ingeniosa, divertida y alegre. Ni sus más decididos adoradores se atrevían á llamarla hermosa, ni sus detractores se propasaban jamás á calificarla de fea. Todos, por unanimidad, la declaraban *distinguida* en grado eminente. Pero ¿en qué y por qué se distinguía? No era ni muy alta ni muy baja; ni muy blanca ni muy morena; ni pelinegra ni rubia. En ninguna de sus facciones había nada de extraordinario ni de marcado. Su nariz no era ni larga ni chata; ni muy regular ni muy irregular; su boca no era ni grande ni chica; contra sus dientes no podía lanzar nadie un epigrama, pero tampoco, sin hipérbole, podía compararlos con las perlas. En resolución, desmenuzadas y analizadas todas las visibles y corporales prendas de Elisa, como, por

ejemplo, manos, talle, piés, brazos, garganta y frente, nada había que llamase la atención ni por bueno ni por malo. La simétrica disposición ó el orden de todas estas partes nada tenía tampoco de singular. Lo singular de Elisa estaba en el conjunto, pero de un modo extraño. La expresión de su fisonomía era sin duda lo que la hacía notable: lo que, más que notable, la hacía inolvidable para quien la había visto una vez sola.

Se diría que su aparición tenía para todas las almas una fuerza semejante á la de la prensa que estampa en el bronce ó en el oro, con indeleble y firme dibujo, la imágen que lleva en sí el troquel. Y Elisa además hacía de suerte que, cediendo á todas las exigencias de la moda voluble, adoptando todas sus mudanzas en vestido y peinado, conservaba siempre inalterable, inmutable, la traza material de su persona, como la figura que en el troquel de acero está grabada. El tiempo mismo parecía haberse parado para ella desde hacía ocho años. Al ménos, se requería contemplar á Elisa muy de cerca á fin de advertir sobre su rostro alguna levísima huella del tiempo que había pasado.

Contábanse tales prodigios acerca del poder seductor de Elisa, que hasta los hombres más fatuos y máspreciados de invulnerables temían enamorarse si llegaban á tratarla mucho. Se suponía que había inspirado pasiones frenéti-

cas, tercas, profundás y duraderas, y que ella, ó había permanecido insensible, ó había cedido por un instante á una efímera simpatía, á una alucinacion momentánea que ántes de dominar su corazon se había desvanecido como sueño. Si había levantado algun ídolo en el altar de su mente, le había derrocado en seguida.

El Marqués, marido de Elisa, había sido un señor insignificante y muy *comme il faut*. Su matrimonio, hecho por razon de estado y de hacienda, ni había procedido de amor, ni le había creado despues. La completa vanidad, el vacío perfecto de todo cariño, de toda estimacion y de toda confianza, desde el dia de la boda hasta el dia de la muerte, se había ocultado primorosamente bajo las formas corteses de la consideracion mutua, del frio respeto y de la más delicada galantería.

Por lo demas, Elisa siempre había pasado por recatada y prudente. No se citaba, durante su matrimonio, un solo triunfo que el amor hubiese alcanzado sobre ella. Había sabido infundir, ó sin saberlo ni pretenderlo ella, había infundido esperanzas que no llegaban á cumplirse.

Hasta ya viuda, Elisa no había tratado con frecuencia al Conde de Alhedín.

Verle y desear enamorarle, fué en ella todo uno. Ella era un genio para lo que procedería-

mos rudamente en llamar coquetería, porque su coquetería era tan sutil, tan aérea y tan refinada, que necesitaba de un nombre más peregrino y más nuevo. Así es que, según lo que yo he llegado á averiguar, por causa de Elisa hubo de introducirse en el dialecto elegante y aristocrático de Madrid el vocablo inglés *flirtation*, que ya empieza á divulgarse y hasta á avillanarse. Hace algunos años era un vocablo que no se pronunciaba sino en los salones más elegantes, y apenas si se aplicaba á otra mujer que no fuese Elisa.

Elisa empezó, pues, á *flirtear* con el Condesito.

Pronto logró enamorarle un poco; pero no era el Condesito de los que se rinden y se esclavizan con facilidad.

La *flirtation* no deja rastro, ni huella, ni señal de la herida, y puede no obstante penetrar en lo profundo del alma y herirla de muerte. El más esencial primor de la *flirtation* consiste, á lo que me han asegurado, en disparar dardos tan invisibles, que la persona que los dispara pueda darse por desentendida; en augurar favores sin que se atine jamás ni con el fundamento ni con el testimonio del agüero, y en evocar esperanzas en virtud de conjuros tan misteriosos que no los perciba quien los pronuncie. La duda de que una mujer ha hecho algo para alentarnos, debe quedar en pié. So-

bre esta duda debe aparecer otra no ménos importante, á saber: dado que la mujer haya hecho algo en el mencionado sentido, ¿lo ha hecho con voluntad reflexiva ó arrebatada, hubo premeditacion ó fué todo inspiracion inconsciente?

Justo es advertir que esta teoríá acerca de la *flirtation* me la ha explicado una señora de mucho talento y muy docta en tales estudios. De lo que yo no respondo, es de que el vocablo inglés tenga el mismo significado por donde quiera. Tal vez *flirtation* y *coquetería* sean en la Gran Bretaña perfectos sinónimos. Pero aquí no tratamos de filología. Importa poco el valor etimológico y genuino de la palabra. Lo que nos importa resolver, es qué la palabra *flirtation*, en los salones elegantes de España, tiene ya un valor muy distinto; significa un refinamiento, un alambicamiento de coquetería, y no la coquetería llana y sencilla que por lo comun se estila.

Desgraciadamente para nuestra Marquesa, el Conde de Alhedín no era hombre contra quien pudiesen valer artes tan sutiles. El Conde quizá gustaba de reposarse tranquilamente en la duda cuando se trataba de otras materias; pero en negocios de amor, gustaba de salir de la duda cuanto ántes.

Los coqueteos de Elisa no tuvieron, pues, el éxito que con otros hombres habían tenido.

El Conde planteó el problema de tal suerte, que fué menester que la incógnita se despejase. Elisa escamoteó, negó todos sus coqueteos, y el Conde se apartó serena y hasta friamente de su pretension amorosa. Volvieron los coqueteos; se renovaron las exigencias; ella negó de nuevo, y el Condesito, sin darse por ofendido, desistió por completo de hacer la corte á Elisa. Todo coqueteo ulterior fué trabajo perdido. El Condesito ni siquiera dió á Elisa una satisfaccion de amor propio, dejando ver su enojo ó exhalando una queja.

El último coqueteo, la última *flirtation* á que el Conde se había mostrado sensible, había sido en Paris, durante la primavera. En Paris sobrevino tambien la firme decision del Conde de no mostrarse sensible nuevamente. Y el Conde supo cumplir su firme decision. Conquistas más fáciles le consolaron y distrajeron de aquel ligerísimo contratiempo.

Mil veces más mortificado quedó en esto el orgullo de Elisa que el del Conde. Poco acostumbrada Elisa á que los galanes desistieran tan pronto de pretenderla y se retirasen además con tan glacial reposo, se sintió harto picada, si bien disimuló el pique.

El Condesito y ella quedaron, en apariencia al ménos, muy amigos.

Tuvo él que venir á Madrid para negocios, y prometió á Elisa ir á Biarritz á pasar el verano.

Ocurrió, estando en Madrid el Conde, la aparición de doña Beatriz y de Inés en los Jardines del Buen Retiro; el empeño del Conde en conocerlas y tratarlas, y cuanto á la larga hemos ya referido.

El Conde no fué á Biarritz á cumplir su promesa amistosa.

Elisa, al principio, distraída con otros coqueteos, circundada de adoraciones y triunfante como nunca, no echó de ménos la falta del Conde. Supuso que sus negocios duraban aún y le retenían en Madrid.

Más tarde, cuando llegó á los oídos de ella que al Conde le retenían en Madrid nuevos amores, Elisa se sintió un tanto contrariada; pero no bien averiguó que los nuevos amores no eran con ninguna gran señora, con ninguna dama encopetada y célebre, sino con una lugareña, mujer de un escribiente ó cosa por el estilo, le entró una terrible gana de reir y de burlarse del Condesito, y olvidó sus brillantes victorias pasadas, considerándole como un infeliz para-poco, que se refugiaba entre las *cursis*, ó por no lograr nada en esferas superiores, ó por tener ánimo abatido, ó gusto estragado, ruin y plebeyo.

Volvió Elisa á Madrid. Vió al Conde en teatros, paseos y tertulias, y halló en él tanta cordialidad y tan amistoso afecto, que tuvo por más cierta que nunca su indiferencia para con

ella en punto á los amores. La indiferencia no podía ser afectada ó fingida de aquella manera.

Esto empezó á herir la vanidad de Elisa. No nos atrevemos á asegurar que hiriese tambien alguna otra fibra de su corazon, ménos mezquina que aquella que á la vanidad corresponde.

Se apoderó asimismo del ánimo de Elisa la más viva curiosidad de conocer á la mujer del empleadillo, de quien todos afirmaban ya que el Conde andaba enamorado.

Pero doña Beatriz no había penetrado en más salones que en los de la Condesa de San Teódulo; no iba á paseo en coche, por la sencilla razon de que no le tenía, y á misa iba á otras iglesias y á otras horas que las de Elisa.

Sea como sea, se pasaron meses sin que Elisa llegase á ver á doña Beatriz. Bien es verdad que, si Elisa andaba curiosa, andaba tambien temerosa de verla. Tenía miedo de hallarla hermosa y naturalmente distinguida. Se deleitaba con fingírsela vulgar y ordinaria.

Entre tanto, vino á noticia de Elisa algo que hubo de mortificarla más que nada: el empeño del Conde en hacer creer que sus relaciones con doña Beatriz eran el propio petrarquismo. Fuese esto verdad ó mentira, implicaba una consideracion, un respeto, una atencion tan delicada hácia la mujer del empleadillo, que Elisa se llenaba de ira y hasta de envidia cuan-

do en ello cavilaba. Miétras más esfuerzos hacía por no cavilar, más frecuentes eran las cavilaciones.

Todavía se conformaba Elisa con explicárselo todo por cierta cobardía, desidia ó pobreza de espíritu, que retraía al Conde de lo difícil y le inclinaba á lo fácil; que le inducía á apartarse de los caminos ásperos y de escarpada subida para seguir los senderos trillados y llanos. Lo que no podía sufrir con paciencia era que el Conde se complaciese y áun se gloriase de ir subiendo por mayores asperezas y de estar luchando con dificultades más rudas que las que ella le había excitado en balde á subir y á vencer.

A pesar de su empeño en fingirse todo lo contrario, Elisa insistió entónces en formar gran idea del mérito de doña Beatriz.

—Debe de ser—decía para sí,—una mujer diabólica, hermosa, discreta, poseedora de infernales recursos, cuando ha logrado hechizar y emboar al Conde, que no es ningun chico inexperto ni ningun majadero.

Con estas y otras parecidas reflexiones la Marquesa se atormentaba casi de continuo.

La nueva, por último, del duelo del Conde con el poeta Arturo por defender la inmaculada pureza de la mujer del empleadillo, estalló como una bomba en el corazon de Elisa.

—La quiere, la adora con frenesí, decía Elisa

en el fondo del alma. ¿Qué habrá hecho ese demonio para cautivar aquellos libres pensamientos, para turbar aquella mente despejada y serena, para mover una tempestad de pasiones en aquel espíritu tan calmoso?

Nada de fijo se contestaba Elisa á tales preguntas; pero vagamente se fingía ya á doña Beatriz tan bella, tan discreta y tan elegante como lo era en realidad; y suponía asimismo en doña Beatriz un arte no aprendido, una sabiduría infusa tal y tan extraordinaria, que todas las *flirtations* que ella solía emplear eran burdas, pueriles ó necias, en comparacion de las de aquella oscura y venturosa provinciana.

En esta situacion de ánimo ocurrió un dia la maldita casualidad de que, yendo Elisa á paseo en landó, al pasar por la Puerta del Sol á eso de las cuatro de la tarde, se interpusiesen unas mujeres distraidas y estuviesen á punto de ser atropelladas. El hombre que las acompañaba las libró del peligro agitando su baston delante de los caballos, los cuales, espantados, se alzaron de manos, y encabritándose y manoteando estremecieron el landó y asustaron á su vez á Elisa.

¡Cuán sorprendida no quedaria ésta al reconocer en el hombre que le acababa de dar el susto al propio Conde de Alhedin, quien la saludaba cortesmente y le pedía por señas hu-

milde perdon de aquella imprescindible irreverencia !

No hubo tiempo para que el Conde hablase á Elisa, cuyos caballos, apartado el Conde que les estorbaba el paso, arrancaron con furia, á pesar del brío con que los retenía el cochero.

Elisa tuvo tiempo, no obstante, para mirar, para examinar á ambas mujeres. Al punto adivinó quiénes eran.

Cruel fué el resultado de su exámen. Absorbida su atencion en Beatriz, apénas se fijó en Inesita; pero á Beatriz la vió, la contempló, la estudió con una intensidad tan honda, que compensó de sobra lo breve del tiempo que duró el estudio.

En lo más íntimo de su conciencia, en aquel abismo adonde no llega el amor propio por grande que viva en nosotros, y hasta donde el entendimiento ofuscado penetra rara vez, Elisa se reconoció por un instante muy inferior en todo á doña Beatriz.


Pronto, sin embargo, volvió su ánimo de la postracion; se recobró del amilanamiento, del desmayo en que había caido.

La reaccion del orgullo herido fué violentísima y poderosa.

Entónces, corriendo en su coche por la calle de Alcalá abajo, Elisa juró guerra á muerte á doña Beatriz, la cual estaba muy ajena de que se alzaba contra ella tan temible enemiga.

En nombre del orgullo, en nombre del amor, que con el orgullo nació de súbito en su alma, si bien con bastardo é impuro nacimiento, Elisa se resolvió á luchar, á aventurarlo todo por atraer de nuevo al Conde y por quitársele á doña Beatriz y tomarle ella.

Marido ó amante, todo le era igual en aquel momento de ira; lo que le importaba era rendir al Conde, conseguir que no fuese de doña Beatriz, lograr que aquella mujer se viese abandonada.





XVII.

Á pesar de su culto á doña Beatriz, el Condesito seguía yendo á teatros, paseos y reuniones aristocráticas. En dichos puntos siempre encontraba á Elisa.

Ésta volvió á emplear para cautivarle cuantos medios había ántes empleado ; pero el Condesito, firme y frio como una roca, no se mostraba sensible ni áun se daba por entendido.

Elisa no perdió por eso la esperanza : esforzó sus artes y llegó más allá del término hasta donde en toda su vida había llevado la *flirtation*. Tampoco así consiguió que el Conde diera la menor señal de que se inclinara á rendirse.

Elisa se esmeró entónces en su vestido y peinado ; lució nuevas y ricas galas ; aguzó el ingenio para que en las tertulias tuviese mayor hechizo su conversacion ; atrajo en torno suyo á cuantos hombres valían más por cualquier estilo ; se rodeó de más brillante y numerosa

corte que nunca, y ni aún así pudo vencer la indiferencia del Conde.

Dióle las muestras más patentes y lisonjeras de su predilección: dejó mil veces plantado á todo un círculo de admiradores, y rompiéndole, en los bailes, fué á asirse del brazo del desdénoso. Para él fueron las más dulces miradas, las más afectuosas sonrisas; todos aquellos signos, en suma, que suelen augurar favor y revelar amor, sin traspasar los límites de la modestia y del decoro.

El Conde no respondía con desvío. Esto hubiera sido ménos cruel. El Conde respondía con gratitud, con cortesanía extremada y con tan glacial acatamiento, que ponía fuera de sí á la pobre Marquesa.

Imaginó, por último, Elisa que le iba sucediendo con el Conde lo que al pastorcillo embustero de la fábula, que gritaba: «¡Al lobo! ¡Al lobo!» cuando el lobo no venía; y que una vez que el lobo vino, no le valió gritar «¡Al lobo!» porque los que podían socorrerle no dieron crédito á sus gritos. Elisa calculó que el Conde no acudía al reclamo, temeroso de nueva burla. Era, pues, indispensable darle pruebas de completa sinceridad.

Mucho se violentó ántes de resolverse. Su orgullo se resistía. Sus costumbres, tan contrarias á la humilde franqueza, ponían dique á su deseo. Elisa sabía prometer, alentar, dar

esperanzas de un modo tan aéreo y confuso, que se pudiese negar hasta ella misma que había prometido y alentado. Su amor, ó más bien el fantasma, la apariencia de amor que ella creaba y alimentaba en su alma, era tan sutil y vaporoso, que se deslizaba hasta el seno de los más empedernidos, despertando á veces tempestades, y no dejaba huella ni rastro de su paso. Se desvanecía como sombra; era ilusorio, vano como silfo, y tenía la fuerza de un gigante para destrozar corazones.

Pero este fantasma de amor no le valía ya con el Conde. Verdadero amor, aunque nacido de envidia y celos, no le valía tampoco. El Conde, escarmentado ya del amor falso, tomaba por falso el verdadero. Era indispensable que el amor mostrase su verdad y su realidad, sin que ofreciese la más pequeña duda. Elisa ansiaba robar á doña Beatriz el corazón del Conde, costase lo que costase.

En esta disposición de ánimo, Elisa estaba determinada á todo lo que pudiese asegurarle la victoria. Pero, en medio de sus más violentas pasiones, la prudencia no la abandonaba. Calculaba con serenidad, como si estuviese en calma.

Calculó, pues, en esta ocasión, que rendirse sin condiciones no era triunfo, sino derrota; que podría suceder que el Conde, verdadero triunfador, volviese á doña Beatriz, ocultándo-

le una infidelidad efímera ó pidiéndole perdon de su culpa. Sólo con pensarlo temblaba Elisa de despecho.

Su primera idea de que el Conde fuese, si dejaba á doña Beatriz, ó su marido ó su amante, se limitó á uno solo de los dos términos del dilema. La Marquesa, tan libre hasta allí, decidió sujetarse al dominio de aquel hombre. Era rica; á pesar de sus vanos coqueteos, su reputacion se había conservado sin mancha; era de una familia no ménos ilustre que el Conde; era para el Conde un excelente partido; ¿por qué no habían de casarse los dos? Era el único medio seguro que tenía Elisa de triunfar de doña Beatriz.

En mujer tan orgullosa como Elisa no cabía una insinuacion directa con el Conde: no cabía que ella se le declarase. Decidióse, pues, á dar un paso, que no comprometía su buena fama, que la dejaba ilesa, aunque pudiese mortificar su vanidad.

Llamó á su casa á un anciano tío suyo que le inspiraba la mayor confianza: hizo con él confesion general de sus coqueteos con el Conde de Alhedín; reconoció que con el amor no hay burlas; declaró que, burlando ella con el amor, era ya la burlada, la cautiva y la enamorada; y suplicó al prudente tío que viese á la madre del Condesito, y que, como cosa suya, si bien dando á entender que le constaba que

la Marquesa estaba propicia, popusiese á dicha señora tan brillante matrimonio para su hijo.

El tío cumplió con discrecion y habilidad el delicado encargo. La Condesa viuda de Alhedin halló que su hijo no podía soñar con mejor boda, y se puso enteramente de parte de la Marquesa, cuya decidida voluntad en favor del Conde la lisonjeaba en extremo.

No hay que decir que esta negociacion se llevó con el mayor sigilo.

La Condesa de Alhedin tuvo con su hijo una larga conversacion: le habló de la boda propuesta como de una gran dicha para su casa; como de un fausto suceso que merecería toda su aprobacion, y trató de apartarle de los enredos galantes que le suponía, pintándole las delicias del hogar doméstico y repitiendo lo que otras veces había manifestado, de que ya era tiempo de que tuviese una familia, adquiriese otra gravedad y respetabilidad y emplease su vida y las altas prendas que Dios le había dado en asuntos serios, que redundasen en pro y mayor lustre de su nombre y en bien de su patria.

El Condesito volvió á negar á su madre que él tuviese relaciones con doña Beatriz, y le confesó que había estado prendadísimo de la Marquesa; pero añadió que su coquetería sin entrañas le había curado de aquel principio de

amor, y que tan radicalmente le había curado, que le era ya imposible amar á la Marquesa, y por consiguiente casarse con ella, si bien reconocía que era merecedora de llevar el nombre de él y de ser su compañera de toda la vida.

En resolucion, aunque de un modo indirecto, y con el más profundo sigilo, y suavizando el golpe los dos medios por quien pasó, á saber: primero, la Condesa, al hablar con el tío, y el tío luégo al hablar con la sobrina; ésta, como dura leccion y como castigo de sus *flirtationes*, recibió lo que vulgarmente llamamos unas terribles calabazas.

La soberbia de Elisa, ofendida y humillada en lo más vivo, pedía venganza desde el fondo de su corazon.

Jamás Elisa había previsto, ni en sus sueños más negros y desesperados, que un hombre se había de resistir á sus atractivos poderosos y á la magia de sus coqueteos; que este hombre la había de enamorar cuando era ella la que solía enamorar á todos los hombres, y que al fin la había de impulsar hasta el punto de tomar la iniciativa y de mendigar su mano y de recibir de él una repulsa insolente y desapiadada.

La causa de todos estos males era doña Beatriz. Por culpa de doña Beatriz creía Elisa que se había enamorado del Conde; por culpa de doña Beatriz creía que el Conde la desdeñaba.

La cólera se apoderó de su alma; la cólera arrojó de allí todo sentimiento generoso, todo escrúpulo, toda consideracion que se opusiera á la venganza.

Con tal de vengarse no le arredraba ya ni el delito; no le sonrojaba meditar en los medios más viles y llegar á valerse de ellos.





XVIII.

Dos días despues del cruel desengaño de Elisa, D. Braulio Gonzalez, al ir á sentarse en la mesa de su despacho en el Ministerio, vió sobre el pupitre una carta que le iba dirigida. La abrió y leyó lo que sigue.

«Sr. D. Braulio: La fama va esparciendo por todas partes que es V. listísimo. Yo le he tomado á V. aficion y no quiero creerlo. En la situacion de V., llamarle listo es hacerle la mayor injuria. Verdaderamente V. no puede ser listo dentro de lo justo. O V. no es listo, ó V. se pasa de listo. Prefiero creer y decir que V. es tonto. ¡Sería tan infame saber y disimular! No; V. ignora lo que en Madrid sabe todo bicho viviente. Usted no disimula. No se disimula con tanta habilidad. Discreto es el Conde de Alhedín, discreta es doña Beatriz, y sin embargo no han disimulado.»

Así terminaba la infame carta. Ni una palabra más. No tenía firma. La letra parecía contrahecha.

Don Braulio leyó la carta una, dos, hasta tres veces, como quien no se entera bien, como quien no da crédito al testimonio de sus sentidos, como quien duda aún de si es realidad ó si es una pesadilla ó un delirio lo que percibe.

Sin alterarse luégo, hizo con pausa mil añicos de la carta, incluso del sobre; despues estuvo á punto de echar los añicos en el cesto que tenía al lado para los papeles rotos; y al cabo, como reflexionándolo mejor, y como temiendo que la carta destrozada pudiera juntarse y recomponerse, se alzó D. Braulio de su asiento, se dirigió á la chimenea que ardía en un lado de la sala, y arrojó con cuidado en la llama todos aquellos pedacitos de papel.

Volvió entónces á su mesa para empezar sus trabajos del dia; pero no bien dió tres ó cuatro pasos, no acertó á tenerse en pié, y cayó desplomado sobre la estera del suelo que cubría la estancia.

Los compañeros y escribientes que allí le acompañaban corrieron á levantarlo.

—¿Qué es esto, Sr. D. Braulio? dijo uno.

—¡Amigo Gonzalez! exclamó otro.

Don Braulio no respondió.

—Es un ataque de apoplejía.

—¡Qué demonio de accidente!

—¿Qué apoplejía? dijo otro. Buena facha de apoplético tiene este señor, más seco que un bacalao.

—Más bien será un desmayo de debilidad, exclamó un cuarto interlocutor, que despuntaba por lo gracioso. Su mujer lo gastará todo en moños, y comerán poco en su casa.

En fin, aunque no eran muy caritativos los compañeros, atendieron á D. Braulio, quien no tardó en volver en sí.

Su primer cuidado fué suplicar á los allí presentes que no dijeran nada de lo ocurrido, á fin de que en su casa al saberlo no se asustasen.

Todos le prometieron callar.

Don Braulio aseguró entónces que se hallaba enteramente repuesto, y volvió á su asiento y se puso á trabajar como si nada hubiera pasado.

No salió aquel dia de la oficina ni medio minuto ántes de la hora de costumbre.

Cuando volvió á su casa, nadie hubiera notado en su rostro la menor huella de dolor.

Dijo tranquilamente á su mujer que Paco Ramirez le llamaba al lugar; que tenía que arreglar allí un negocio importante, y que aquella misma noche iba á tomar el tren de Andalucía.

Alguna extrañeza causó á doña Beatriz el

repentino viaje de D. Braulio; pero éste afirmó con serenidad que no era negocio que debiese inspirar cuidado, y así desvaneció todo recelo, tanto de la mente de su mujer, cuanto de la mente de Inesita, la cual se mostró también algo maravillada al principio.

Don Braulio mismo preparó su maleta auxiliado por su mujer.

Durante la comida apareció alegre y hasta más hablador que de costumbre.

En un momento en que doña Beatriz dejó solo á D. Braulio con Inesita, D. Braulio dijo á ésta que cuando él volviese del lugar le traería á Paco á vistas, y que esperaba que se habían de gustar y se habían de casar á escape.

Paco no había venido aún, por más que lo deseaba, porque quería dejar arregladas todas sus cosas y allegar muchos fondos para comprar dijes y primores que regalar á su futura.

En una palabra, D. Braulio lo hizo tan perfectamente que no despertó en el ánimo de doña Beatriz ni de su linda hermanita la menor sospecha de que su inesperada y súbita determinación pudiese tener por causa un pesar acerbo, ni por móvil y propósito nada de siniestro ni de trágico.

Ambas hermanas pugnaron por acompañar á D. Braulio á la estación; pero D. Braulio se opuso, sosteniendo que era una incomodidad inútil la que querían tomarse. Así, aunque á

duras penas, las persuadió á que se quedaran y no fueran á despedirle.

Cuando llegó la hora de la partida, D. Braulio hizo venir un cochecillo por medio del portero, quien bajó la maleta y la colocó en él.

Doña Beatriz abrazó y besó cariñosamente á su marido, y él correspondió con no menor cariño.

—Cúidate mucho, Braulio, y vuelve cuanto ántes, dijo doña Beatriz.

—Adios, querida mia. Pronto estaré de vuelta, contestó D. Braulio.

En seguida bajó la escalera, viéndole bajar ambas hermanas, que hasta la puerta, al ménos, le habían acompañado.

A poco se oyó rodar el coche en que D. Braulio iba.

Beatriz é Inés volvieron á entrar en la habitacion, y se sentaron junto al brasero, una enfrente de otra.

—¡Qué precipitacion de viaje! dijo doña Beatriz sencillamente.

—¿Estará enfermo Paco? exclamó Inesita. Tal vez llame porque esté enfermo, y Braulio no nos lo haya querido decir.

—No lo creas, Inés; contestó doña Beatriz. Braulio no sabe ocultarme nada. Va para negocios del caudal, que ni tú ni yo entendemos. Yo tengo tal confianza en Braulio que no he querido cansarle en que me explique de qué

naturaleza son esos negocios que tamaña prisa requieren. Bástame con que me haya dado completa seguridad de que no ocurre nada aflictivo. ¿Cómo además había él de ir tan alegre y tranquilo como va, si hubiese que lamentar una desgracia?

De este modo siguieron hablando ambas hermanas hasta que sonaron las diez, hora en que solían acudir á la tertulia de los de San Teódulo.

Beatriz dijo que como tenía, á pesar de todo, cierta pena por la partida de su marido, no quería ir á la tertulia aquella noche; pero Inesita la animó, sostuvo que no había razon para no hacer lo que todas las otras noches, y al cabo logró de su hermana que fuesen como de ordinario.

La anciana ama del cura era quien las acompañaba cuando iban solas y á pié á la tertulia sin que D. Braulio las acompañase. Aquella noche el ama las acompañó tambien. Cuando llegaron á la tertulia, ya estaba en ella el Conde de Alhedín, quien de dia en dia iba descuidando más sus otras tertulias y diversiones, y acudiendo más temprano y sin faltar una sola noche en casa de Rosita.





XIX.

Al tercer día después de la partida de don Braulio, recibió Paco Ramirez una carta de Madrid. La vista del sobrescrito, cuya letra reconoció al punto, le llenó de contento, mezclado con alguna inquietud y extrañeza.

La carta era de doña Beatriz, la cual, no por falta de cariño, sino por desidia, no le había escrito jamás desde que del lugar se había ausentado. Don Braulio era quien siempre escribía á Paco y le daba nuevas de la salud de todos.

—¿Qué habrá ocurrido? ¿Qué novedad será ésta? pensó Paco. ¿Estará enfermo Braulio? ¿Por qué me escribe Beatriz?

Sobresaltado con tales ideas, abrió corriendo la carta y leyó lo que sigue:

»Querido Paco: Aunque me tienes enojada porque llamas á Braulio con tanto misterio,

arrancándole del lado mio, todo te lo perdonaré si me le despachas pronto y le dejas libre para que se vuelva con su mujercita, que no vive á gusto sin él.

»Sobre el perdon, podrás contar con mi gratitud, si, á más de devolverme cuanto ántes el bien que me quitas, me le mimas y regalas como él se merece, todo el tiempo que ahí permanezca.

»Mira que Braulio está muy delicado de salud. No le fatigues llevándole á cazar. Procura que se cuide, porque es muy descuidado.

»Nosotras, Inesita y yo, estamos en Madrid divertidísimas. Todas las noches vamos de tertulia en casa de Rosita, la hija del escribano de Villabermeja, que es ahora condesa, y una de las mayores *elegantas* de la córte. A su casa no van, por lo comun, más señoras que nosotras: pero en cambio van muchos hombres de los más distinguidos en letras, armas y política. Hay allí la mayor cordialidad. Parecen todos amigos íntimos y cariñosos. Sin embargo, pocos dias há, dos de los tertulianos tuvieron un duelo y uno de ellos salió herido. Por fortuna, la herida fué muy ligera. No he podido averiguar la causa de este duelo. Todos me han afirmado que ha sido por una niñería. Yo lo he sentido mucho, porque el duelo fué entre mis dos tertulianos favoritos. Es el uno un poeta, cuyos versos sonoros, religiosos y sen-

timentales, me conmueven y divierten poquísimos; pero que en prosa es un truhan bastante ameno y buen chico en el fondo. El otro es la flor de los caballeros principales: discreto, galante, gracioso y con un pico de oro para entretener á las mujeres y á todo el mundo cuando está de humor y se pone á charlar. El tal Condesito, porque es un Condesito, me tiene enamorada. Él me quiere bien, me adula; eso sí, es un adulator y un embustero de primera fuerza; pero yo, si bien reconozco sus traidoras lisonjas y sus embustes, me dejo cautivar por ellos. Así es, que somos excelentes amigos.

»Inesita está siempre en Babia, soñadora y distraída, aunque bien de salud.

»En suma, no lo pasamos mal, á pesar de lo poco que tenemos para vivir en Madrid, donde todo es carísimo.

»Ahora es cuando siento el primer disgusto desde que estoy aquí. No sé por qué estoy inquieta y desazonada. Será una tontería. ¿Qué quieres? La partida repentina de Braulio me trae cavilosa. Al principio, hasta despues de haberse ido, todo me pareció natural y sencillo. Hoy me pongo á reflexionar, echo á volar la imaginacion y me finjo vagamente mil absurdos. Por esto tambien quiero que me devuelvas á Braulio cuanto ántes. Vénte tú con él á pasar una temporadita en esta corte. Verás lo que te diviertes en el Teatro Real y en

los Bufos y la Zarzuela. Nuestra casa es un chiribitil y no tenemos cuarto que ofrecerte; pero comerás con nosotros de diario. Adios. No quiero que digas á Braulio que te he escrito. No quiero que se engría del cuidado que por él me tomo ó que se fastidie de que no le dejo un instante de libertad. Cuidale tú mucho, sin que él sepa que yo te lo encargo. Es muy aprensivo y se afligiría imaginando que yo le tengo por enfermizo, cuando, siendo tan perezosa como soy, me muevo á escribirte sólo para encargarte que me le cuides. Adios, ropito, y quiéreme como á tu buena hermana

BEATRIZ.»

Esta carta que, por venir de quien venía, encantaba á Paco Ramirez, no pudo ménos de llenarle al mismo tiempo de zozobra. Paco veía y calculaba claramente que su amigo Braulio debía de haber llegado al lugar veinticuatro horas ántes que la carta. ¿Dónde se había metido? ¿Dónde había ido á parar? Paco hizo las más extrañas y alarmantes suposiciones. ¿Si habrá enfermado en el camino y se habrá quedado en alguna estacion? ¿Si, merced á esa cordialidad de la tertulia de Rosita, el pobre Braulio, que es enclenque y nada ágil, habrá tenido tambien que andar á tiros ó á sablazos y le habrán enviado cordialmente al otro mundo? Era evidente que Braulio había enga-

ñado á su mujer diciéndole que Paco le llamaba. ¿La habría engañado tambien diciéndole que iba al lugar y yéndose á otra parte ó quedándose de oculto en Madrid? ¿Con qué propósito, Braulio, que era veraz, aunque muy reconcentrado ó metido en sí, habría forjado tales mentiras?

Devanándose los sesos para explicarse la causa de la tardanza de Braulio, pasó Paco dos dias mortales. Braulio no parecía y los temores de Paco se acrecentaban. No sabía qué determinacion tomar. Escribir á doña Beatriz, diciéndole la no aparicion de su marido, era infundirle el mismo pesar que tenía él y tal vez descubrir además un secreto de Braulio: algo que le importaba mucho que su mujer no supiese.

Paco aguardó con impaciencia, pero aguardó.

La estacion del ferro-carril estaba á cuatro leguas del lugar. Un carricoche traía á los pasajeros desde el punto por donde el ferro-carril pasaba.

Paco salió á caballo, dos veces, á una legua de la poblacion, á recibir á su amigo. Éste no llegó, ni la vez primera, ni la segunda.

A poco de volver á su casa la segunda vez, sin traer consigo á Braulio, Paco recibió una carta certificada.

Si la de doña Beatriz le sorprendió, con sólo ver su letra en el sobrescrito, más le sorprendió esta nueva carta, así por la letra, que

era la de D. Braulio, como tambien por el certificado.

La abrió Paco con profunda emocion y leyó lo siguiente:

«Querido Paco : No acierto á entenderme directamente con Dios ni á desahogar con él mis penas. Le busco en el abismo de mi alma ; pero mi pensamiento se cansa y se asusta atravesando soledades infinitas, sin llegar nunca adonde él reside. Si yo no hubiese dejado de ser creyente, tendría mi confesor, quien lo sabría todo. No necesito consejo. El consuelo es imposible. Sin embargo, este peso, que me oprime el corazon, se aligeraría, comunicando con Dios por medio de un sér humano. Hay cosas que se avergüenza uno de confesarse á sí mismo, y esas cosas, por extraña contradiccion, fatigan y matan si con álguien no se confiesan. Por eso voy á decírtelo todo. No seas severo conmigo. No me condenes por miserable y falto de pudor si te lo digo todo: si te descubro lo que á mí mismo debiera yo ocultarme.

»Harto conoces mis ideas. Yo no quiero que Beatriz me ame por caridad, ni por gratitud, ni por miedo de castigo ó de venganza, por parte mia ó por parte del cielo. No quiero que me ame ni en cumplimiento de un deber moral, ni por consideracion á leyes dictadas por los hombres. Quiero que me ame por amor, como yo la amo.

»Esto era imposible. Mi vanidad me engañó y por eso me casé con Beatriz; feo yo y ella hermosa; viejo, y ella jóven; pobre, y ella con todos los instintos y las inclinaciones á la elegancia, al lujo y á brillar en el mundo.

»¿Qué había en mí que pudiera hacerme amable á sus ojos? ¿Un corazon noble? ¿Una inteligencia elevada? ¿En qué obra mia se advierte la nobleza de mi corazon? ¿Dónde se hace patente la elevacion de mi inteligencia? Me atribuyo sin motivo estas prendas superiores. Soy un necio vanidoso.

»¿Qué hombre hay, por incapaz que sea, que no halle razones para estar contento de sí mismo? El feo se halla agraciado; el cobarde, humano y benigno; el tonto, lleno de candor y de inocencia; el afeminado, culto; el brutal é intratable, brioso y leal; el insolente, franco; el bajo y adulador, afable y bueno. Así tambien yo me engañaba.

»A veces entrevía yo mi engaño, y me atormentaba la sospecha de mi indignidad. Y no me atormentaba por amor á mí mismo, por menospreciarme, por sentir que valía yo menos. Me atormentaba porque desaparecía á mis ojos todo razonable y fundado motivo de que Beatriz me amase.

»Con todo, yo estaba ciego. Dependía mi felicidad hasta tal punto del amor de Beatriz, que, destruido ya por mi crítica impía todo

fundamento en que mi amor pudiera apoyarse, cerraba yo los ojos de mi alma, para no ver que aquel amor se derrumbaba, se perdía para siempre, cuando yo necesitaba que fuese eterno.

»De aquí mi absurda, mi inverosímil ceguera, siendo yo por lo comun tan suspicaz y receloso.

»Todo Madrid lo sabe y sin duda lo dice. Yo seguiría ignorándolo, si una delacion anónima no hubiese venido á dar luz á mi entendimiento.

»Era una deshonra. Pasaba yo por un marido sufrido y consentido. Y sin embargo (me humilla mi flaqueza) me duele que me hayan desengañado. Me alegraría de seguir en el engaño y de ser el ludibrio de las gentes, con tal de no perder la fe en ella, con tal de creer que me ama todavía.

»La carta delatora me ha hecho ver lo que yo no quería ver, sin advertir que era yo quien no quería ver.

»Es evidente mi infortunio.

»He querido, no obstante, negármele aún. He tratado de persuadirme de que era la carta una calumnia. Nuevas pruebas me dicen que no.

»El vínculo indisoluble que ata mi existencia á la de Beatriz no es el de la religion; no es el de las leyes. Esos los rompería yo en seguida, al verla culpada. El vínculo indisoluble es el de

mi amor, que su culpa no extingue ni ahoga.

»¿Cómo separarme para siempre de ella, si mi corazón queda con ella para siempre?

»Nada le he dicho. No le he dado la menor queja. ¿Cómo quejarme sin matarla? ¿Cómo matarla, amándola tanto?

»Toda explicación con ella, toda palabra sobre su falta, me parecería fea. Un diálogo entre ambos sobre tan infame asunto, sería monstruoso. Valdría más matarla sin hablarle de la razón que para matarla tengo.

»He huido de casa, suponiendo que tú me llamabas. Ella me cree en ese lugar. En casa no sé qué hubiera yo hecho. Quizá alguna acción indigna. Quizá hubiera llorado y me hubiera quejado como vil. Quizá la hubiera maltratado como verdugo.

»Pero no... yo no hubiera podido maltratarla. Mi corazón es todo ternura... todo vileza para con ella. No soy un hombre... soy un niño... un esclavo.

»Es menester que lo sepas todo. Quiero que te compadezcas de mí: hasta de lo ridículo que en mí hay. Ríete también... soy digno de compasión y de risa.

»Aquella noche de mi simulada partida entré en casa misteriosamente. Me deslicé por la escalera arriba ya tarde. Tengo las llaves, y abrí; entré y me escondí en mi cuarto. Aún no habían vuelto ellas de la tertulia, donde van to-

das las noches; donde va tambien el hombre que me mata. Las oí llegar, las oí reir, celebrando los chistes de ese hombre. Para distraer las penas que por mi ausencia pudiera suponerse que tenía mi mujer, él había estado más parlanchin y chistoso que de costumbre.

»Tuve calma para aguardar que se acostáran, y aún para aguardar que Beatriz se durmiera. Durante algun tiempo hubo en mí cierta energía, de que ahora me estremezco. Pensé en matar á Beatriz á puñaladas mientras dormía.

»Te aseguro que penetré en su alcoba con este propósito tremendo. Riéte ahora. Es muy cómico, es jocoso lo que voy á decir. Yo no uso armas, no tengo más que una gumía que me trajo de presente un oficial amigo, que fué de los que entraron en Tetuan. Con dicha gumía quería yo matarla. La llevaba yo desnuda en la mano derecha: en la mano izquierda llevaba la palmatoria.

»Sin verme en ningun espejo, me veía yo en mi imaginacion, y yo mismo me daba grima, no por lo criminal, sino por lo grotesco. Tan chiquituelo, tan feo, tan valetudinario y tan canijo; empleadillo de última clase... ¿qué derecho tenía yo á las grandes pasiones? Yo era un Otelo de sainete.

»Iba conteniendo la respiracion... de punti-

llas... lleno de susto de que mi mujer despertase. Me parecía que, si despertaba y me veía, iba á soltar una carcajada.

»Así llegué junto á ella. Ella no se despertó. Dormía con la boca entreabierta, mostrando sus dientes blanquísimos é iguales. ¡Qué frescura y qué rojo carmin en sus húmedos labios! ¡Qué largas pestañas unidas! ¡Qué sonrisa apacible! ¡Qué frente serena! Si Desdémona hubiese sido como Beatriz, Otelo no le hubiera dado muerte. No comprendí entónces que pudiera caber monstruosidad semejante en sér humano, por bárbaro que fuese. Mi cólera cedió el paso al enternecimiento. Un diluvio de lágrimas bañó mis mejillas. Puse la gumía sobre la mesa de noche. La puse allí con mucho tiento, y temblando de que mi mujer se despertase. Volví á mirar á Beatriz. La miré como quien mira el tesoro que ha perdido. Todo su valer, toda su belleza, todo su hechizo fulguró ante mis ojos con más brillo que nunca. ¿Qué bastarda dulzura, qué amor sin honra y sin vergüenza, que afecto villano me emponzoñó en aquel instante el corazón y corrió por mis venas con mi perversa sangre? Ello es que enjugué mis lágrimas, bajé la cabeza con lentitud y suavidad, y, sin rozar apénas con los labios, besé sus mejillas sonrosadas.

»Por fortuna se realizó en mí la reaccion. El ultraje recibido se ofreció á mi espíritu. Me

llené de rubor. Tuve vergüenza; tuve asco de mi flaqueza.

»La idea de matar á Beatriz me solicitó de nuevo la voluntad indecisa. Empuñé el hierro nuevamente. Nuevamente retrocedí espantado.

»Huí del cuarto: huí de la casa como un ladrón. Abrí ambas puertas con las llaves que había guardado, cerrando luégo cuidadosamente. Me encontré en la calle.

»¿Qué hacer? Yo me veía ridículo. No podía sufrirme. En mitad de la calle me dió un ataque de risa nerviosa. Si alguien me oyó, debió tomarme por loco.

»Multitud de pensamientos encontrados, y todos tristísimos, cruzaban por mi mente: pasaban y volvían con persistencia cruel.

»Por un breve momento insistí en imaginar aún que podría ser calumnia la delacion anónima; pero pronto huyó de mí esta idea consoladora. Es la única que no ha vuelto.

»¿Qué solución tenía la crisis en que me hallaba? ¿Acaso había yo de asesinar á mi mujer? ¿Acaso había yo de asesinar á su amante?

»No; no era debilidad mía: yo me sentía con ánimos para matar á alguien que hubiera venido en aquel punto á robarme el reloj ó los pocos reales que en el bolsillo llevaba; pero quizá por una perversión moral, no podía yo considerar como ladrón al que me robaba la dicha, el amor de mi mujer y la limpia honra de mi

casa. El reloj y el dinero son mi propiedad, no tienen libre albedrío: no se van con el ladrón y me dejan porque le prefieren, mientras Beatriz se iba con otro y me dejaba porque le prefería. Él hacía bien en llevársela. ¿Por qué había yo de asesinarle por esto? ¿Qué me debe él á mí para respetar mi felicidad y desatender la suya?

» Deseché, pues, de mi alma el pensamiento de asesinar á mi rival. Juzgándole en el tribunal de mi conciencia, yo no le absolvía, pero reconocía la incompetencia del tribunal. Yo no le absolvía, por ser yo el agraviado. Si el agraviado hubiera sido un indiferente, le hubiera absuelto. Podía, pues, matarla, no como justicia; sino como venganza.

» Entónces pensé en el duelo; pero ¿cómo pelear ni con espadas ni con pistolas, que en la vida he tomado en las manos? Me repugnaba además la idea de darme ántes por ofendido; de reclamar igualdad de condiciones y de probabilidades para vengar mi agravio; de confesar mi torpeza en las armas y mi incapacidad; de ape'ar á no sé qué medios para forzar á un rival dichoso á que se pusiera de suerte enfrente de mí que yo, flaco, viejo y enfermizo, pudiera matarle, siendo él jóven, ágil y robusto.

» Ni el asesinato ni el duelo eran posibles. Otro hombre, que no fuese yo, se separaría

para siempre de su mujer. No había partido más conforme á la razon. Yo, sin embargo, no podía seguirle. Yo no viviré léjos de ella. Es horrible, es estúpido, es monstruoso, pero yo la amo; seguiré amándola siempre. Sin su amor, el mundo será un desierto para mí; la vida, soledad medrosa; mi corazon, un vacío que con nada se llenará.

» El alma humana necesita amar, adorar, creer. El cielo ha castigado la soberbia de mi alma. De ella han sido arrojados ídolos, altares, todo sér digno de adoracion y de amor. En cambio puse mi adoracion, mi amor, mi fe y mi esperanza en Beatriz. Ella era... es mi idolatría.

» El amor del descreido es inmenso. El descreido consagra á un objeto despreciable toda la fuerza de amor con que procura el créyente elevarse á su ideal divino.

» En fin, ¿para qué cansarte? He vagado como una fiera mansa que lleva clavado en el pecho un dardo envenenado. De noche he vagado; de dia he estado oculto. Tengo vergüenza de que la gente me vea. Se me antoja que todos conocen la burla de que soy víctima, mi paciencia, mi amor mal pagado, y que van á reir al verme, ó van á escupirme á la cara.

» Anoche llegó mi ridiculez al último extremo.

» Ya no cabe la menor duda. Yo andaba en torno de mi casa, y cerca de las cuatro de la

mañana vi que salía un hombre... misteriosamente... de allí. Tengo ojos de lince... le vi... era él. Llevaba yo un *revólver* en el bolsillo. ¿Para qué? Si hubiera disparado los seis tiros que tiene, ninguno hubiera dado á mi enemigo. No sé tirar, y además me temblaba la mano. Todo yo estaba convulso.

» Además, ¿por qué no confesarlo? Creo que yo no sería capaz de matarle, aunque le hallase dormido y pudiese poner á mansalva el cañon del *revólver* en una de sus sienas.

» No comprendo ya más que una cosa. No puedo sufrir mi amor inextinguible. No puedo sufrir la ridiculez que en mí noto. Hasta la poesía de un gran dolor no es dable en mí, porque me rio yo mismo de mi dolor y le hallo cómico.

» No me queda más recurso, si no me muero buenamente, que buscar modo de morir cuanto ántes.

» Perdona este largo desahogo. Perdona esta prolija carta. Será la última. Adios.»

Paco Ramirez era un hombre de cierta ilustracion y de claro entendimiento; pero le tenía aún más sano que claro: le tenía tan sano como su cuerpo, que era el de un atleta. Paco amaba á D. Braulio, aunque era quien más le había siempre echado en cara que se pasase de listo, que tuviese maneras de pensar que él calificaba de tortuosas, y que se hiciese vícti-

ma de los más alambicados y singulares sentimientos.

Apénas leyó la carta, creyó que Braulio estaba loco. No podía creer la falta de doña Beatriz: tan buena opinion tenía de ella. Imaginó al punto que la persona de quien andaba celoso Braulio era el Conde de quien Beatriz le hablaba en su carta. Fuese como fuese, Paco temió una catástrofe. Pensó en que Braulio, ó se iba á morir, ó se iba á matar, ó se iba á Leganés. A fin de evitarlo, si era tiempo, se puso inmediatamente en camino para Madrid. Braulio no le había dado señas, pero él le hallaría. Si no llegaba á salvarle, llegaría á vengarle. Paco no se andaba con metafísicas ni discreteos. No pensaba ni en asesinatos á traicion ni en duelos de toda ceremonia. Sólo pensaba en sacar el amor y hasta el alma del Condesito de su gallardo cuerpo á mojicones y patadas.

Cón tan buenos propósitos, ansioso además de ver á su Inesita, y con esperanzas de enamorarla y de traérsela al lugar, á las treinta y dos horas no cabales de haber recibido y leído la lamentable carta de su desesperado amigo, llegó Paco á esta heroica y coronada villa; y sin sacudir siquiera el polvo del camino, despues de dejar la maletilla en una casa de huéspedes, y de instalarse, tomando cuarto en ella, se dirigió á la vivienda de las dos lindas hermanas.



XX.

Conforme iba Paco Ramirez hácia dicha vivienda, aunque muy apresuradamente, se ofrecían á su imaginacion con mayor viveza todas las dificultades de la entrevista que debía tener.

En la carta de D. Braulio recordaba los párrafos más siniestros y ominosos, y preveía alguna desgracia. Hasta una contradiccion que había notado en la carta le daba entónces mucho que sospechar. D. Braulio confesaba al principio, como era cierto, que jamás usaba ni llevaba armas, y hácia el fin de la carta hablaba de un *revólver* que tenía en el bolsillo. Paco Ramirez veía claro que D. Braulio le había comprado ó le había adquirido en aquellos dias, despues de la noche que estuvo de oculto en su casa. ¿Para qué esta adquisicion? ¿Qué pensaba hacer su desventurado amigo?

Paco estaba cierto de que D. Braulio no ma-

taría ni á su mujer ni á su rival, pero tenía miedo de que atentase á su propia vida, y ya pensaba en vengarle matando al Condesito.

Era Paco tan fuerte, tan sereno, y estaba tan seguro de sí, que nada le parecía más fácil.

En cuanto á doña Beatriz, Paco la amaba como á una hermana y la respetaba como á un sér superior, por donde, aunque le afligiese mucho el creerla culpada, como ya la creía, estaba dispuesto á perdonarle la culpa. En este punto comprendía y aplaudía y hasta bendecía la debilidad ó la ternura de D. Braulio. Lo que no se explicaba es que D. Braulio no tratase de vengarse del Condesito de cualquier modo que fuese.

Entre tanto, ¿qué iba él á hacer, qué iba á decir en casa de doña Beatriz? Despues de reflexionarlo, formar varios planes y componer mentalmente varios discursos, determinó dejarse guiar de la inspiracion del momento é improvisarlo todo.

Así llegó á casa de D. Braulio. Subió los escalones de dos en dos y tiró del cordon de la campanilla. Eran las nueve de la mañana.

En seguida le abrieron, con aquella franqueza y prontitud con que suelen abrir los pobres.

Apénas tuvo tiempo de ver quién le abría. Se encontró ceñido por unos brazos que le estrechaban, y abrumado por una boca que cu-

bría sus mejillas de un diluvio de sonoros besos.

—¡Válgame Dios, hombre! dijo al cabo el ama Teresa, que era quien le besaba. ¡Cómo has embarnecido en estos tres años! Da gloria verte: estás hecho un real mozo. Pero dime, ¿y D. Braulio? ¿Viene contigo? ¿Qué ha hecho en el lugar? ¿Por qué no escribe? Beatriz está con el alma en un hilo.

—Quiero verla. ¿Puedo verla? dijo Paco.

—Ahora mismo. Entra. ¿Traes noticias de D. Braulio?

—Sí.

—Pues entra.

—¿Está Inés con su hermana?

—Inés no se ha levantado aún.

—Mejor, dijo Paco. Necesito ver á Beatriz á solas, añadió entre dientes.

Antes de que acabara de murmurar esta frase, ántes de que entrara en el saloncito de doña Beatriz, apareció ésta en la antesala, y asiendo cordial y apretadamente las manos de Paco entre las suyas, exclamó:

—¿Qué es esto? ¿Y Braulio? ¿Dónde está? ¿Cómo no viene contigo? Estoy llena de zozobra. ¿Qué sucede, Dios mio? ¿Qué sucede?

Hablando así, entraron ambos en el salon. El ama Teresa fué tras ellos.

—Déjanos, Teresa. Luégo vendrás. Tengo que hablar con Beatriz: dijo Paco.

Este misterio pareció aumentar el sobresalto de la linda muchacha.

El ama Teresa salió de la sala regañando.

Ya solos Paco y Beatriz, dijo ésta:

—¿Qué misterios son los tuyos? ¿Qué me vas á decir? Habla: Todo es mejor que la ansiedad, que la duda en que me tienes. Mi mal no será más horrible, mi desventura no será más honda en realidad que lo que me finge ya la fantasía. Habla. ¿Dónde está mi marido? ¿Qué hiciste de él? ¿Por qué no viene en tu compañía?

—Tu marido no ha ido al lugar. Mal puede venir conmigo. Tu marido no ha salido de Madrid. Aquí está. Aquí vengo á buscarle.

—Es imposible. Braulio no miente nunca. Braulio me dijo que iba á verte. Le habrá ocurrido alguna desgracia en el camino. Estará enfermo, muerto quizá en algun pueblo del trayecto. Braulio fué á verte. Braulio no me ha engañado.

Paco Ramirez, que no era hombre muy dado á perífrasis y rodeos, y que además creía que era urgente é indispensable una pronta explicacion, dijo entónces:

—Braulio te ha engañado porque creía que tú le engañabas.

—No puede ser, respondió Beatriz, subiendo la roja sangre á sus mejillas. ¿Quién ha inventado esa infamia? ¿Quién ha dicho esa locura?

—El mismo Braulio.
—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde le has visto?
—No le he visto. He recibido carta suya.
—Dámela. Quiero leerla.
—¿Tendrás valor para leerla?
—Dios me dará valor para todo. Dame tú la carta.

Paco vacilaba aún.

—Dame la carta, volvió á decir doña Beatriz.

—Te la daré, contestó Paco; pero ántes exijo de ti una cosa.

—Di; pide pronto.

—Vas á responder con sinceridad á lo que te pregunte; vas á declararme la verdad desnuda: no como si respondieses á tu hermano, sino como si respondieses á tu propia conciencia; como si estuvieses ante el tribunal del Eterno y fuese Él quien te interrogase.

—Pregunta. No receles. No manchará mis labios la mentira.

—¿Amas á Braulio?

—Con todo mi corazon.

—Braulio es feo y tú hermosa. Braulio es viejo... ¿Le amas de amor?

—El alma de Braulio es hermosa; el alma de Braulio es inmortalmente jóven. Sí; le amo de amor.

—¿No has amado nunca á otro hombre?

—Nunca.

—Mira bien en el fondo de tu alma. Beatriz, ¿no has amado nunca á otro hombre?

—Apénas comprendo lo que me quieres decir; pero no ha de quedarme el menor escrúpulo. Voy á escudriñar en el abismo más hondo de mi mente; voy á buscar allí y á hacerme patentes mis más ocultos pensamientos; las ideas vagas y confusas de que yo misma no me he dado cuenta hasta ahora.

—Dí, Beatriz.

—Digo que nunca amé de amor sino á mi marido; que no creo haberle faltado una sola vez, ni con el más fugaz pensamiento, ni con el más efímero deseo mal nacido.

—¿Es cierto lo que dices? ¿No te acusa la conciencia de la menor falta?

—¿Cómo he de declararme impecable? Paco, sí; la conciencia me acusa, pero no me atormentes; dame la carta; acabemos. ¡Qué interrogatorio! ¡Qué dilaciones crueles! ¿Has venido á matarme?

—No, Beatriz. Dime, sin embargo, de qué te acusa la conciencia.

—Soy vanidosa, lo confieso. Ahora que presiento una desventura, veo que es pecado lo que yo no creía que lo fuese. Yo misma me examino, me juzgo y me condeno. Mira, Paco; yo he creído que un hombre me amaba, y, aunque no pagaba su amor, me complacía y me enorgullecía de que me amase. Su amor estaba

de tal suerte refrenado por el respeto, que jamás se mostró en palabras. Yo le adivinaba; no le veía. Y yo le adivinaba, no como pasión, que tuviese en sí la menor impureza, sino como sentimiento etéreo, inmaculado, que no es amor, ni es amistad; que no ha de tener nombre; que es inefable en todo lenguaje de la tierra; que si tiene nombre ha de ser en el cielo. ¿Qué quieres? Vanidad de mujer. Novelas ridículas que nosotras nos forjamos en la imaginación, y que, sin duda, no tienen realidad alguna. El hombre que así me acata, el hombre que así me considera y admira, es el más discreto, el más elegante de la aristocracia de Madrid; es celebrado por su gentil presencia, por su gracia, por su valentía, y hasta por sus conquistas amorosas. Al verle tan rendido conmigo, al notar lo que se deleitaba en oírme hablar, lo que celebraba mi talento, lo que se afanaba por agradarme y porque yo tuviese de él el mejor concepto, no lo niego, mi orgullo de mujer estaba muy lisonjeado. Juzgaba yo valer más, cuando había inspirado tan noble afecto á aquel hombre. Mi propia vanidad me movía á formar á mi vez un concepto, quizá exagerado, de todas sus prendas personales. Aquel hombre, que tan bien, en mi sentir, me comprendía, valía mucho más á mis ojos. La gratitud hácia aquel hombre en mis momentos de modestia, cuando yo creía que yo no se lo de-

bía todo á mi propio mérito, llenaba mi corazón. Jamás, sin embargo, le he amado. Todas las noches, desde hace meses, hablo con él más de una hora en voz baja. Me elogia, me dice mil corteses rendimientos; pero de amor no me habla. Entre él y yo existen tácitamente estas extraordinarias relaciones. ¿Es esto pecado? ¡Ah! Yo creo que sí. Ahora creo que sí. Me lo dice el corazón. Braulio está celoso. Pero, Dios mío, ¿por qué no me lo ha dicho? ¿Por qué no se ha quejado? Yo le hubiera pedido perdón. Yo le hubiera repetido mil veces que le amaba. Yo le hubiera renovado mis juramentos. Yo hubiera puesto término á la insana poesía, á la soñada historia que sólo á mi vanidad satisfacía. Pero no; Braulio tiene razón. Braulio es delicado. Un marido no debe dar celos. No debe decir á su mujer que sospecha de ella. Sería una indignidad, una vergüenza, de que él no es capaz. Y yo, necia, ciega, que no he comprendido hasta hoy lo peligroso y absurdo de mi conducta. ¿Quién sabe? Tal vez los maldicientes lo han entendido todo de la peor manera. Tal vez han mancillado mi honra y la de mi marido. Tal vez han tenido al cabo la crueldad de acusarme. Vamos, Paco; ya lo sabes todo. No me mates. Dame la carta. ¡Pronto! Dame la carta.

Paco, sin responder palabra, sin saber qué pensar de todo aquello, no atreviéndose á creer

que Beatriz mentía, no atinando á explicarse cómo se mintiese tan bien, y recordando, no obstante, que en la carta de Braulio había pruebas casi evidentes de que Beatriz era culpada, le entregó por último la carta.

Beatriz la desdobló con ansia, y no la leyó, la devoró.

No interrumpió la lectura, ni con un suspiro, ni con una exclamacion, ni con una queja. Se puso alternativamente colorada y pálida. Mortal palidez prevaleció al cabo. Gruesas lágrimas brotaron de los hermosos y negros ojos de Beatriz y se deslizaron por sus mejillas.

El silencio era completo. Se podían contar los latidos violentos del corazon de Beatriz y del corazon de Paco.

Otra mujer, culpada ó no culpada, hubiera fingido un desmayo, se hubiera desmayado de véras, ó hubiera hecho extremos con sollozos, con gemidos y áun con gritos tal vez.

Beatriz, leida la carta, conocido ya todo el infortunio de su marido y el suyo, si es que á su marido estimaba, contuvo toda explosion vehemente de dolor, y dijo á Paco de esta manera :

—Reconozco mi delito. Reniego de mi estúpido engreimiento, de mi afan de lucir, de mi deseo liviano de ser admirada; pero no basta todo ello para explicar esta desventura. Soy víctima de una trama infernal; de una serie de

coincidencias fatales. ¿Quién sabe, Dios mio? ¿Quién sabe? Pero es muy duro, es tremendo, es cruel el castigo que cae sobre mi cabeza. ¿Por qué no me mató? ¿Por qué tuvo compasión de mí? Yo hubiera despertado al sentirme herida. Yo le hubiera perdonado. ¿Qué digo... le hubiera perdonado? Yo le hubiera pedido perdón y hubiera sido dichosa muriendo en sus brazos. ¡Cuánto me ama! Este amor sí que vale. En este amor sí que debiera yo haber cifrado siempre mi orgullo. ¿Por qué le he descuidado, hasta perderle tal vez, desvanecida yo, loca, atolondrada por una vanidad mezquina? Y él me besó, mientras yo dormía, en vez de matarme, como yo merecía de véras. Vino á darme de puñaladas y me dió besos de amor, y lloró de ternura, y me halló hermosa y me contempló extasiado. Paco, hermano mio; corre, vé al Ministerio, vé á todas partes, búscale; dile que le amo; tráele vivo á mis brazos; devuélvemele para que me perdone. ¿Qué haré, Jesus mio? ¿Qué haré? Estoy por salir á buscarle yo misma, como loca. Sólo me detiene el temor de que sean mayores el escándalo y la vergüenza. Hermano mio, por piedad, corre; busca á Braulio. Temo, tiemblo por su vida. ¡Qué horror! Él no me ha dado muerte; él me ha besado, creyéndose mortalmente ofendido. Y, en pago de tanto amor, yo le mato.

Paco estaba mudo, extático, lleno de asom-

bro, con la boca abierta, y sin saber qué pensar ni qué decir.

Beatriz, con más agitacion, contrariada, impaciente por la inmovilidad de Paco, prosiguió de esta suerte:

—No te detengas: vuela, busca á Braulio. Se va á matar si te tardas. Dile pronto que le amo, que le idolatro; que su beso vale más que todas las satisfacciones y vanaglorias; que su amor me enamora; que la belleza divina de su alma excede para mí á toda la belleza de las demas criaturas de Dios. ¡Que yo le vuelva á ver, cielos santos! ¡Que yo me arroje á sus plantas y le pida mil veces perdon! ¡Que yo le pague el beso que me dió dormida, exhalando mi alma, infundiéndola en la suya con un beso eterno... infinito!

Miéntras Beatriz hablaba, iba empujando á Paco fuera del saloncito; le iba echando á empellones de la casa.

Ya en la antesala, Beatriz añadió:

—Vé al Ministerio; acude á la policia; busca á Braulio por todos los medios: no te detengas.

Paco salió al fin de su mutismo y contestó:

—Sosiégate, Beatriz, yo le encontraré. Pronto estaré aquí de vuelta. No lo dudes: le traeré conmigo. Ten confianza en la bondad de Dios.

Dicho esto, abrió la puerta, salió de la habitacion y bajó precipitadamente la escalera.

Doña Beatriz volvió vacilando y tropezando hasta la sala. No podía ya sostenerse. Cayó desplomada en el sofá.

Después de un instante de calma y de silencio, rompió en gemidos y sollozos y vertió un mar de lágrimas.

Acudió entonces el ama Teresa.

—¿Qué te pasa, hija? ¿Por qué lloras?

—Déjame, ama, déjame, contestó doña Beatriz. Soy la más desventurada de las mujeres.

El ama Teresa insistió en vano en idénticas ó semejantes preguntas.

Beatriz no le contestaba sino rogándole que la dejase.

Cansada, pues, y hasta algo picada de aquel sigilo con que de ella se recataba Beatriz, el ama Teresa se salió de la sala y se fué al cuarto de Inesita.

—Niña, dijo, ¿no te levantas hoy?

Inesita, medio dormida aún, si bien tenía abiertas ya las maderas de la ventana, y el sol inundaba su cuarto, se incorporó un poco y contestó:

—Pues ¿qué hora es?

—Las nueve y media; cerca de las diez. De sobra es hora de que te levantes. Además es menester que te levantes. Hay grandes novedades. Paco Ramirez ha venido.

—¿Con mi cuñado? preguntó Inés.

—Sin tu cuñado, dijo el ama.

—¿Y dónde está? ¿Se quedó en el lugar? ¿Por qué no viene?

—Lo ignoro. Sólo sé que tu hermana está llorando como jamás la he visto llorar. Sin duda ha ocurrido alguna gran desgracia. Beatriz nada ha querido decirme; pero algo ocurre de muy grave y lastimoso. Levántate, hija. Vé á consolar á tu hermana y á saber la causa de su dolor.

Inesita saltó de la cama llena de sobresalto. Se puso una bata, sin atender á más cuidado por la precipitación, y corrió al saloncito, donde Beatriz se hallaba.





XXI.

—¿Qué tienes, hermana? ¿Por qué lloras? preguntó Inesita con mucho cariño apenas entró en el saloncito y vió á Beatriz tan afligida.

Como Beatriz no le contestase y siguiese llorando, Inesita se inclinó sobre el sofá en que estaba echada Beatriz, y volvió á hacerle las mismas preguntas, acompañadas de besos y caricias.

Beatriz no pudo ya resistirse; sentía además necesidad de desahogar su corazón, é incorporándose y teniendo á Inés á su lado, dijo con un suspiro:

—¡Qué desgraciada soy, Inés!

—¿Qué sucede? interrumpió ésta.

—Que por mi culpa Braulio está celoso y se ha ido de casa y puede que no vuelva más.

—¿Y de quién tiene celos?

—Tiene celos del Conde de Alhedin.

—¡Vaya un desatino! dijo Inesita. Pues qué

¿no ve claro que el Conde no tiene por ti más que mera amistad?

—Eso no, dijo candorosamente Beatriz, la cual, en medio de todo, amando á D. Braulio, llena de sobresalto por él, y arrepentida de su intimidad con el Conde, no podía conformarse con que el Conde no estuviese enamorado de ella.

—Eso no; yo creo que el Conde me ama; pero yo no le he amado nunca.

—Singular idea tienes del Conde, hermana. Créeme, hombres como él no aman sin ser amados. El Conde te distingue, te aprecia, te halla linda y agradable y discreta, y por eso habla contigo. Como es muy galante, te hace doscientos mil elogios; pero de ahí al amor hay una distancia infinita.

—¿Y quién te asegura que no ha salvado él esa distancia? preguntó Beatriz.

—Nadie me lo asegura, contestó Inés; pero yo lo supongo. En todo caso, lo mejor es que no te ame. ¿Habías tú de amarle?

—No.

—Pues entónces, ¿para qué querías esa víctima?

—Yo no quería... ni dejaba de querer... no se trataba aquí de lo que yo quería, sino de lo que era. El Conde estaba asiduo conmigo, y yo, lo confieso, me complacía en sus asiduidades. No le amaba; pero sentía una satisfaccion de amor

propio en creerme amada por él. Esto me ha perdido.

—Vamos, hermana, tranquilízate. Nadie se pierde por tan poco. Si tu marido tiene celos, con explicarle que no hay motivo para que los tenga, estará todo terminado.

—¿Y cómo se lo explico? ¿Dónde podré verle? ¿No te he dicho que se fué y no volverá más? Quizá se mate.

—Tales cosas me dices que empiezas á ponerme en cuidado, aunque no soy de las que se ahogan en poca agua. Braulio es suspicaz y caviloso; Braulio te adora; Braulio tiene de sí mismo, allá en el fondo del alma, la noble estimacion que debe tener; pero de sus prendas exteriores no tiene buena idea. Su modestia en este punto traspasa los límites de la humildad y raya en desconfianza. Aunque te adora, aunque ha creído siempre en tu amor, opina en general poco favorablemente de las mujeres; cree que el lujo, la brillantez, la elegancia y la alta posicion nos deslumbran.

—Y no cree mal. A mí me han deslumbrado, no para dejar de amar á Braulio y amar á otro, sino para complacerme en otro amor sin pagarle.

—Mira, hermana, no es tiempo de recriminaciones. Si hiciste mal en complacerte en ese supuesto amor, ya el arrepentimiento es tardío y estéril. Busquemos remedio á tu ligereza. ¿Ha ido Paco á buscar á Braulio?

—Ha ido.

—¿Y el Conde? El Conde es menester que tambien le busque. El Conde puede y debe explicárselo todo, y negocio concluido.

—¿Y qué es lo que el Conde tiene que explicarle?

—Que te respeta, que te quiere muchísimo, que se deleita en hablar contigo; pero que no te ama de amor, ni en ello ha pensado nunca.

—¿Y no mentiría el Conde al decir eso?

—No, hermana, ya es tiempo de declarártelo todo. Aquí, Inesita, á pesar de su serenidad, que varias veces hemos calificado de olímpica, se puso roja como la grana. Ya es tiempo de declarártelo todo, repitió, el Conde tiene relaciones conmigo.

Estas palabras cayeron y estallaron como una bomba dentro del corazon de Beatriz. Malo y horrible era haber lastimado el alma de don Braulio por la satisfaccion de verse idolatrada, segun ella suponía; pero era peor y más horrible el haber motivado la tragedia por una vanidad sin fundamento; por haberse engañado ella á sí misma, creando en su fantasía una adoracion y un amor que eran para otra mujer y no para ella.

Beatriz se mordió los labios de vergüenza y de despecho. Calló por un momento; pero las palabras acudían á su boca pugnando por salir, y no pudo ménos de exclamar al cabo:

—Has estado cruel y has sido traidora. He servido de pantalla. Me habeis hecho el blanco de la maledicencia. Os habeis conducido de suerte que todo Madrid me calumnia, que mi marido recibe anónimos delatándome, y que tal vez muera de dolor ó se mate. Debeis estar satisfechos de vuestra obra.

—Bien sabe Dios, dijo Inés, que me duele en el alma de todo lo que te pasa; pero ni el Conde ni yo tenemos la culpa. Tú y Braulio sois muy extraños, cada cual á su manera; ambos os quebrais de sutiles, os pasais de listos y os excedeis en el imaginar. Aquí no ha habido propósito deliberado de mi parte, ni de parte del Conde. Todo ha sido sencillo, natural, impremeditado. Acuérdate bien de todo. Vimos al Conde en los jardines del Buen Retiro, y me excitaste á coquetear con él. ¿Es esto cierto?

—Lo es.

—¿Es cierto que hasta me diste lecciones de coqueteo, con el fin... pásame lo grosero de la expresion... más grosera es la idea... con el fin de ver si lograba pescarle para marido?

—Tambien es cierto; no lo puedo negar.

—¿No te respondí yo entónces que el Conde estaba prendado de ti y no de mí, y no replicaste tú que la conquista debía hacerla yo y no tú?

—Todo es como dices.

—Pues bien, yo coqueteé siguiendo tu con-

sejo, y todo te lo hubiera confesado, si no hubiera advertido en seguida que iba á darte un disgusto; si no hubiera advertido que, sin amar al Conde, te deleitabas en verle ó en creerle rendido á tus piés. En un principio había hasta un motivo de delicadeza para no revelarte nada. Decirte que yo empezaba á coquetear con el Conde, hubiera sido excitarte á que desistieses de la diversion de tenerle ó de creer que le tenías enamorado y cautivo.

—Eso debiste hacer si hubieras sido franca y leal, dijo Beatriz.

—Difícil era hacerlo en un principio. Más tarde fué imposible. El mismo Conde (¿qué quieres? Los hombres son fatuos) llegó á presumir que tú le amabas, que tu amor era etéreo, purísimo, que estimabas á tu marido y que jamás le ofenderías, pero, en fin, que angélica ó seráficamente le amabas. ¿Cómo desengañarte? Creyéndote él y yo en aquella disposicion de espíritu, nos movimos más al disimulo, el cual, te lo confieso, ha sido extraordinario. Nos hablábamos poco y nos escribíamos mucho. No podíamos suponer que nuestro amor tuviese las consecuencias desagradables que ha tenido. El Conde estimaba á Braulio. Braulio estaba tan encantado del Conde, que no recelaba de él, y que no vivía sin él. Braulio, que ha sido siempre tan huron, buscaba al Conde y charlaba con él, y jamás tenía celos de que hablase

contigo. ¿Quién hubiera podido imaginar que los celos viniesen de repente, á deshora y cuando ménos se temían?

—Inés, Inés, tu falsía ha sido espantosa, y sólo comparable con tu liviandad.

—Toda injuria que me dirijas ahora la llevaré con paciencia. Soy culpada, muy culpada; pero te juro que jamás preví que pudieran haber tenido mis culpas tan fatales consecuencias para ti. Quisiera yo volverte la paz á costa de mi sangre. Quisiera morir para que tú y Braulio fuéseis dichosos. La maldad, el pecado de que me motejas, le reconozco, le confieso, y estoy pronta á recibir por él el merecido castigo. No voy, pues, á disculparme, sino á explicar mi conducta. Así me comprenderás, aunque no me perdones. Seguí tu consejo y coquetteé con el Conde, porque el Conde me enamoró. Friamente, por cálculo, jamás hubiera coqueteado con él. Indigna he sido; pero, según mi conciencia, hubiera sido más indigna haciendo otra cosa que el mundo no reprueba, sino aplaude: atrayendo con astucia al Conde, con persistencia reflexiva, sin más pasión que el deseo de colocarme; esto es, de lograr un título, quince mil duros de renta al año y una brillante posición. Seré todo lo perversa que quieras; pero eso jamás lo hubiera yo hecho, y eso era lo que, siguiendo la prudencia social, me aconsejabas tú. Pobre, huérfana de un hi-

dalgo lugareño arruinado y cuñada de un triste empleadillo en Hacienda, que casi me mantiene, mi orgullo se rebelaba contra la idea de conquistar dinero, nombre preclaro y consideracion en el mundo, negociando con mi hermosura, por más que el matrimonio viniese como á santificar luégo mis cálculos ruines. Te repito, pues, que seguí tu consejo de coquetear, no por reflexion, sino por instinto; no con estudio y cautela, sino ciegamente y poniendo en ello todo mi sér y toda mi alma. Todavía, si el Conde hubiera sido pobre como yo, oscuro como yo, menesteroso como yo, yo le hubiera dicho: cástate conmigo; pero siendo quien es, me repugnaba decírselo. Decírselo, era como decirle: porque te amo, dame diamantes y perlas, llévame en coche, haz que habite en un hermoso hotel, coloca una corona de condesa sobre mi frente, cómprame muebles bonitos, cuadros y estatuas, ténme criados que me sirvan al pensamiento; proporcióname, en suma, cuantas elegancias y comodidades trae el dinero consigo, y despues obtendrás el goce y la posesion de mi alma y de este amor vehemente que te profeso, por más que esté refrenado y domesticado por la circunspeccion más severa. Yo no quise, ni pude decir esto al Conde, y esto hubiera sido menester decirle, aunque atenuado con rodeos y primores de estilo. Por no decirle esto, porque me repugnaba

decírselo, y porque le amaba, me he rendido sin condiciones, le he abandonado mi alma y mi vida. Lo justo, lo honrado, hubiera sido no coquetear con él, no atraerle, ni para conquistar su mano con calculadora frialdad, ni para faltar como he faltado.

—¡Desdichada! exclamó Beatriz. Aún no sabes las consecuencias tremendas de tu falta. Braulio, por esa falta tuya, cree tener una prueba evidente de la falta que en mí supone: ha visto al Conde, tres noches há...

—¡Dios mio! dijo Inesita.

Toda su serenidad olímpica desapareció entónces al fin. Se cubrió el rostro con las manos y rompió á llorar como una Magdalena.



XXII.

Paco Ramírez, entre tanto había buscado inútilmente á D. Braulio por mil partes y de mil modos.

Luégo discurrió ir á casa del Conde de Alhedín.

El criado que le abrió la puerta le dijo que el Conde dormía con tranquilidad, que aquella no era hora de visitas, que él no le pasaba recado y que se exponía á que le tirase á la cabeza los libros, el vaso de agua y cuanto tenía sobre la mesita de noche.

Paco insistió, sin embargo, con tal brío, hablando de lo importante, urgente y sagrado del asunto que le traía á hablar con el Conde, que el criado, que dió la casualidad de que era su ayuda de cámara, se decidió al fin á llamar al Conde.

Bien advirtió Paco que la palabra mágica que le abría la puerta de aquel encantado recinto

era el nombre de la señora de D. Braulio Gonzalez, por quien dijo que venía enviado.

Fuese como fuese, le hicieron entrar en el despacho, donde aguardó más de media hora bramando de cólera é impaciencia.

El Conde, no obstante, había hecho prodigios inusitados de prontitud para vestirse.

Al cabo apareció.

Paco, que venía muy fosco contra él, se quedó pasmado de la afabilidad, llaneza y dulzura de aquel elegante, cuyo igual ó parecido no había visto jamás en su lugar; pero cuando subió de punto su pasmo fué cuando, despues de referir precipitadamente lo ocurrido, notó el vivo interes y la emocion profunda que agitaban el alma del Conde y que se retrataban en su bello rostro.

—Vamos á buscar á D. Braulio por todas partes, dijo; Dios querrá que demos con él. Doña Beatriz le quiere: es incapaz de faltarle. Yo le convenceré de la inocencia de doña Beatriz. ¿Quién será el autor del infame anónimo? Alguna malvada mujer. ¡Dios mio! ¡Qué horror! No me lo perdonaré nunca si ocurre alguna desgracia.

Dicho esto, el Conde dió órdenes á sus criados, escribió á los jefes de la policia, tomó, por último, el sombrero, y ya se disponía á salir él tambien en compañía de Paco á buscar al desesperado marido de doña Beatriz, cuando le

anunció su ayuda de cámara que un dependiente de uno de los juzgados de Madrid traía para él una carta que debía entregarle en propia mano.

El dependiente entró en el despacho y entregó la carta al Conde.

Estaba cerrada y sellada con lacre.

En el sobreescrito reconoció el Conde con asombro la letra de D. Braulio.

Abrió el Conde la carta, no sin bastante zozobra, y temblándole las manos y con la cara demudada, leyó lo siguiente:

«Señor Conde: Yo no podía servir en el mundo sino de estorbo. Cuando reciba V. estos renglones el estorbo no existirá ya. Que la propia conciencia perdone á los que me han hecho padecer, como yo los perdono.»

—¿Dónde se ha hallado esta carta? preguntó el Conde.

El portador de ella contestó:

En el bolsillo de un hombre que hace media hora se arrojó de cabeza por el viaducto de la calle de Segovia. No sabemos quién es. Usted, señor Conde, nos dirá el nombre del difunto.

—Don Braulio Gonzalez, dijo el Conde de Alhedín.

Cuando supo Beatriz la muerte de su marido, su dolor tocó en los límites de la desesperación; mas no le resucitó por eso.

Inesita estuvo también punto ménos que desesperada.

El Conde, compungido con todas aquellas lástimas, se esforzó por consolar á Inés: todo le parecía poco para consolarla. Venció la oposicion de su madre, que no gustaba de casamiento tan desigual, é Inés, al año de muerto don Braulio, fué Condesa de Alhedin.

Paco, que había quedado burlado en sus esperanzas, decía con este motivo:

—Inesita, por no ser friamente calculadora, ha conseguido lo que con el cálculo frio no hubiera conseguido acaso: bien es verdad que, para conseguirlo, ha sido menester que don Braulio se mate.

Más de dos años vivió Beatriz, de viuda, con el más profundo y sincero duelo en el alma.

Se retiró al lugar de su nacimiento, donde hizo vida ejemplar y propia de una santa.

A la memoria de D. Braulio rendía verdadero culto.

Aquel beso, que estando él celoso y dormida ella, le dió D. Braulio, en vez de matarla, como pensaba, le sentía ella en lo íntimo del corazón y difundía en su espíritu suave y pura melancolía.

La modestia y el recogimiento de doña Beatriz hacían que gastase poquísimo en su persona, así es que le sobraba mucho, en proporcion de su corta hacienda, y todo lo consumía en obras de caridad.

Paco Ramirez, testigo de todo esto, y única persona que veía á doña Beatriz en su soledad, acabó por enamorarse de ella perdidamente.

Ya hemos visto lo sensible que era doña Beatriz á que de ella se enamorasen. Primero, agradeció. Despues luchó contra el recuerdo de D. Braulio una naciente inclinacion. Por último, la pobre doña Beatriz no era de bronce; pasados más de los dos años, el amor nuevo venció los recuerdos del amor antiguo.

Paco y Beatriz se casaron: y Paco borró con besos, que dió á Beatriz despierta, la impresion al parecer indeleble de aquel beso tan poético que ella había recibido dormida.

Paco, algo recelosillo, como buen lugareño, se guardó bien de llevar á Madrid á Beatriz, no hiciera el diablo que se le antojase de nuevo que el Condesito estaba enamorado de ella seriáficamente.

Este y su mujer siguieron siempre en la corte siendo dechados de elegancia.

Inesita, luégo que pasó tiempo, filosofó con serenidad acerca de D. Braulio y explicó su muerte de un modo satisfactorio para ella.

Don Braulio se había suicidado porque era tétrico de carácter; porque tenía ménos religion que un caballo; porque estaba desesperado de ser feo y enclenque; porque había cometido la imprudencia de haberse casado con mujer jóven y hermosa; porque tenía el ridículo

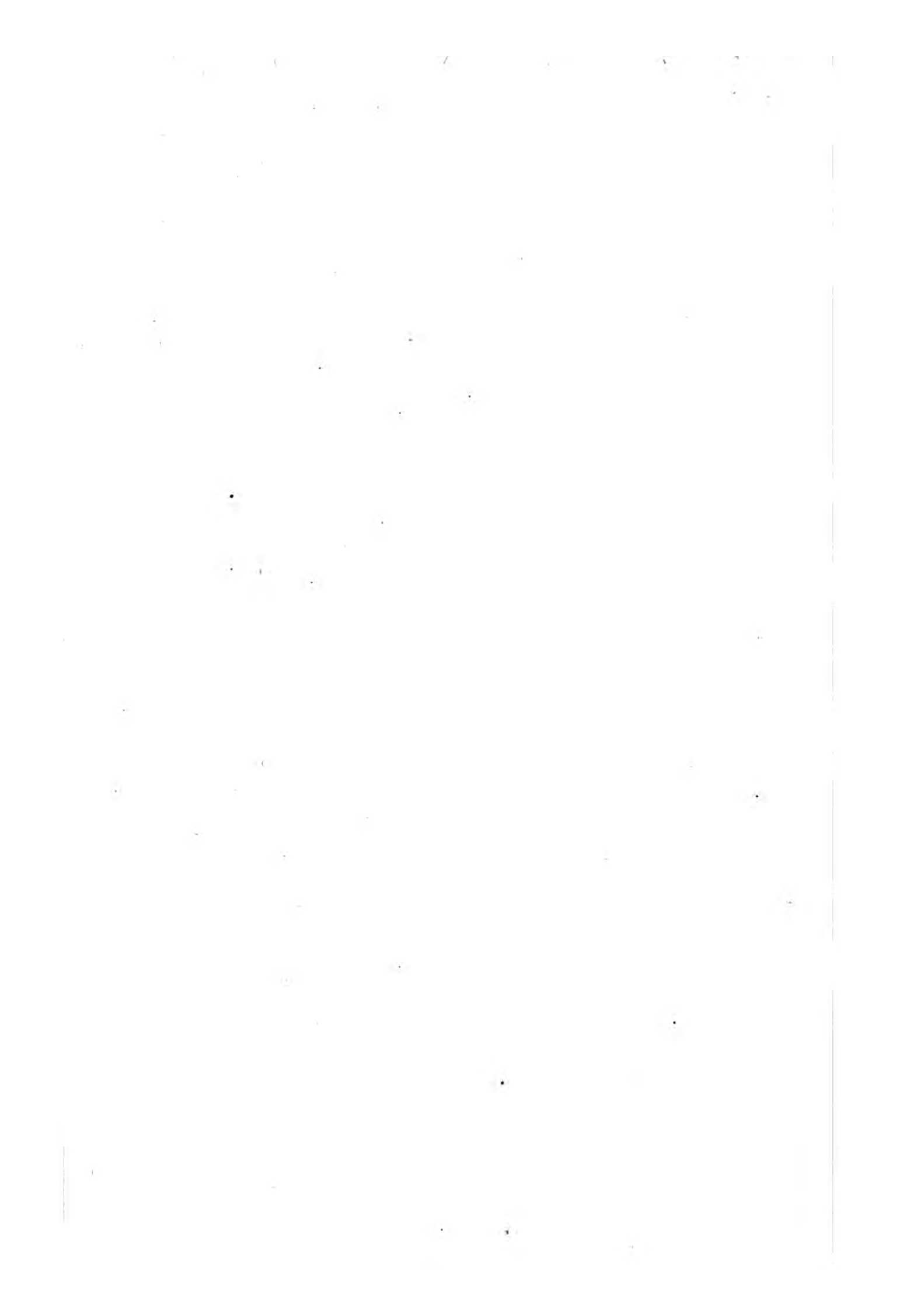
empeño de ser adorado, y porque el amor, que no tenía, por carencia de fe, para las cosas del cielo, le había puesto en algo de mundanal y finito que no lo merecía, empeñándose en revestir á este ídolo de calidades y excelencias que sólo á lo sobrenatural convienen.

En suma, Inesita daba por evidente que lo mejor que D. Braulio podía haber hecho era matarse.

No creemos que Inesita tuviese gran erudición clásica; pero, si la hubiera tenido, hubiera repetido á propósito de D. Braulio, cierto verso, me parece que de Homero, que dicen que declamó Scipion al saber la muerte de Cayo Graco, su sobrino, y que en mal romance y peor prosa se interpreta así: *Perezea como él quien imitare su ejemplo.*

FIN.

CUENTOS





EL PÁJARO VERDE

I.

Hubo, en época muy remota de esta en que vivimos, un poderoso Rey, amado con extremo de sus vasallos, y poseedor de un fertilísimo, dilatado y populoso reino, allá en las regiones de Oriente. Tenía este Rey inmensos tesoros y daba fiestas espléndidas. Asistían en su corte las más gentiles damas y los más discretos y valientes caballeros que entónces había en el mundo. Su ejército era numeroso y aguerrido. Sus naves recorrían como en triunfo el Océano. Los parques y jardines, donde solía cazar y holgarse, eran maravillosos por su grandeza y frondosidad, y por la copia de alimañas y de aves que en ellos se alimentaban y vivían.

Pero ¿qué diremos de sus palacios y de lo que en sus palacios se encerraba, cuya magnificencia excede á toda ponderacion? Allí mue-

bles riquísimos, tronos de oro y de plata, y vajillas de porcelana, que era entónces ménos comun que ahora; allí enanos, gigantes, bufones y otros monstruos para solaz y entretenimiento de S. M.; allí cocineros y reposteros profundos y eminentes, que cuidaban de su alimento corporal, y allí no ménos profundos y eminentes filósofos, poetas y jurisconsultos, que cuidaban de dar pasto á su espíritu, que concurrían á su consejo privado, que decidían las cuestiones más árduas de derecho, que aguzaban y ejercitaban el ingenio con charadas y logogrifos, y que cantaban las glorias de la dinastía en colosales epopeyas.

Los vasallos de este Rey le llamaban con razon *el Venturoso*. Todo iba de bien en mejor durante su reinado. Su vida había sido un tejido de felicidades, cuya brillantez empañaba solamente con negra sombra de dolor la temprana muerte de la señora Reina, persona muy cabal y hermosa á quien S. M. había querido con todo su corazon. Imagínate, lector, lo que la lloraría, y más habiendo sido él, por el mismo acendrado cariño que le tenía, causa inocente de su muerte.

Cuentan las historias de aquel país que ya llevaba el Rey siete años de matrimonio sin lograr sucesion, aunque vehementemente la deseaba, cuando ocurrieron unas guerras en país vecino. El Rey partió con sus tropas; pero

ántes se despidió de la señora Reina con mucho afecto. Ésta, dándole un abrazo, le dijo al oído:—No se lo digas á nadie para que no serian si mis esperanzas no se logran, pero me parece que estoy en cinta.

La alegría del Rey con esta nueva no tuvo límites, y como todo le sale bien al que está alegre, él triunfó de sus enemigos en la guerra, mató por su propia mano á tres ó cuatro reyes que le habían hecho no sabemos qué mala pasada, asoló ciudades, hizo cautivos, y volvió cargado de botin y de gloria á la hermosa capital de su monarquía.

Habían pasado en esto algunos meses; así es que al atravesar el Rey con gran pompa la ciudad, entre las aclamaciones y el aplauso de la multitud y el repiqueteo de las campanas, la Reina estaba pariendo, y parió con felicidad y facilidad, á pesar del ruido y agitacion y aunque era primeriza.

¡Qué gusto tan pasmoso no tendría S. M. cuando, al entrar en la real cámara, el comadron mayor del reino le presentó á una hermosa princesa que acababa de nacer! El Rey dió un beso á su hija y se dirigió lleno de júbilo, de amor y de satisfaccion, al cuarto de la señora Reina, que estaba en la cama tan colorada, tan fresca y tan bonita como una rosa de Mayo.

—¡Esposa mia!—exclamó el Rey, y la estre-

chó entre sus brazos. Pero el Rey era tan robusto y era tan viva la efusion de su ternura, que sin más ni menos ahogó sin querer á la Reina. Entónces fueron los gritos, la desesperacion y el llamarse á sí propio animal, con otras elocuentes muestras de doloroso sentimiento. Mas no por esto resucitó la Reina, la cual, aunque muerta, estaba divina. Una sonrisa de inefable deleite se diría que aún vagaba sobre sus labios. Por ellos, sin duda, había volado el alma envuelta en un suspiro de amor, y orgullosa de haber sabido inspirar cariño bastante para producir aquel abrazo. ¡Qué mujer verdaderamente enamorada no envidiará la suerte de esta Reina!

El Rey probó el mucho cariño que le tenía, no sólo en vida de ella, sino despues de su muerte. Hizo voto de viudez y de castidad perpétuas, y supo cumplirle. Mandó componer á los poetas una corona fúnebre, que aún dicen que se tiene en aquel reino como la más preciosa joya de la literatura nacional. La corte estuvo tres años de luto. Del mausoleo que se levantó á la Reina sólo fué posteriormente el de Caria un mezquino remedo.

Pero como, segun dice el refran, no hay mal que dure cien años, el Rey, al cabo de un par de ellos, sacudió la melancolía, y se creyó tan venturoso ó más venturoso que ántes. La Reina se le aparecía en sueños, y le decía que estaba

gozando de Dios, y la Princesita crecía y se desarrollaba que era un contento.

Al cumplir la Princesita los quince años, era, por su hermosura, entendimiento y buen trato, la admiración de cuantos la miraban y el asombro de cuantos la oían. El Rey la hizo jurar heredera del trono, y trató luego de casarla.

Más de quinientos correos de gabinete, caballeros en sendas cebras de posta, salieron á la vez de la capital del reino con despachos para otras tantas córtés, invitando á todos los príncipes á que viniesen á pretender la mano de la Princesa, la cual había de escoger entre ellos al que más le gustase.

La fama de su portentosa hermosura había recorrido ya el mundo todo; de suerte que, apenas fueron llegando los correos á las diferentes córtés, no había príncipe, por ruin y para poco que fuese, que no se decidiera á ir á la capital del *Rey Venturoso*, á competir en justas, torneos y ejercicios de ingenio por la mano de la Princesa. Cada cual pedía al Rey su padre armas, caballos, su bendición y algun dinero, con lo cual, al frente de una brillante comitiva, se ponía en camino.

Era de ver cómo iban llegando á la corte de la Princesita todos estos altos señores. Eran de ver los saraos que había entonces en los palacios reales. Eran de admirar, por último, los

enigmas que los príncipes se proponían para mostrar la respectiva agudeza; los versos que escribían; las serenatas que daban; los combates del arco, del pugilato y de la lucha, y las carreras de carros y de caballos, en que procuraba cada cual salir vencedor de los otros y ganarse el amor de la pretendida novia.

Pero ésta, que á pesar de su modestia y discrecion, estaba dotada, sin poderlo remediar, de una índole arisca, descontentadiza y desamorada, abrumaba á los príncipes con su desden, y de ninguno de ellos se le importaba un ardite. Sus discreciones le parecían frialdades, simplezas sus enigmas, arrogancia sus rendimientos, y vanidad ó codicia de sus riquezas el amor que le mostraban. Apénas se dignaba mirar sus ejercicios caballerescos, ni oír sus serenatas, ni sonreír agradecida á sus versos de amor. Los magníficos regalos, que cada cual le había traído de su tierra, estaban arrinconados en un zaquizamí del regio alcázar.

La indiferencia de la Princesa era glacial para todos los pretendientes. Sólo uno, el hijo del Kan de Tartaria, había logrado salvarse de su indiferencia para incurrir en su odio. Este Príncipe adolecía de una fealdad sublime. Sus ojos eran oblicuos, las mejillas y la barba salientes, crespo y enmarañado el pelo, rechoncho y pequeño el cuerpo, aunque de titánica pujanza, y el genio intranquilo, mofador y orgulloso. Ni

las personas más inofensivas estaban libres de sus burlas, siendo principal blanco de ellas el Ministro de Negocios extranjeros del *Rey Venturoso*, cuya gravedad, entono y cortas luces, así como lo detestablemente que hablaba el *sanscrito*, lengua diplomática de entónces, se prestaban algo al escarnio y á los chistes.

Así andaban las cosas, y las fiestas de la corte eran más brillantes cada día. Los Príncipes, sin embargo, se desesperaban de no ser queridos; el *Rey Venturoso* rabiaba al ver que su hija no acababa de decidirse, y ésta continuaba erre que erre en no hacer caso de ninguno, salvo del Príncipe tártaro, de quien sus pullas y declarado aborrecimiento vengaban con usura al famoso ministro de su padre..





II.

Aconteció, pues, que la Princesa, en una hermosa mañana de primavera, estaba en su tocador. La doncella favorita peinaba sus dorados, largos y suavísimos cabellos. Las puertas de un balcon, que daba al jardin, estaban abiertas para dejar entrar el vientecillo fresco y con él el aroma de las flores.

Parecía la Princesa melancólica y pensativa y no dirigía ni una palabra á su sierva.

Ésta tenía ya entre sus manos el cordon con que se disponía á enlazar la áurea crencha de su ama, cuando á deshora entró por el balcon un preciosísimo pájaro, cuyas plumas parecían de esmeralda, y cuya gracia en el vuelo dejó absortas á la señora y á su sirvienta. El pájaro, lanzándose rápidamente sobre esta última, le arrebató de las manos el cordon, y volvió á salir volando de aquella estancia.

Todo fué tan instantáneo que la Princesa

apénas tuvo tiempo de ver al pájaro, pero su atrevimiento y su hermosura le causaron la más extraña impresion.

Pocos dias despues, la Princesa, para distraer sus melancolías, tejía una danza con sus doncellas, en presencia de los Príncipes. Estaban todos en los jardines y la miraban embelesados. De pronto sintió la Princesa que se le desataba una liga, y suspendiendo el baile, se dirigió con disimulo á un bosquecillo cercano para atársela de nuevo. Descubierta tenía ya S. A. la bien torneada pierna, había estirado ya la blanca media de seda, y se preparaba á sujetarla con la liga que tenía en la mano, cuando oyó un ruido de alas, y vió venir hácia ella al pájaro verde, que le arrebató la liga en el ebúrneo pico y desapareció al punto. La Princesa dió un grito y cayó desmayada.

Acudieron los pretendientes y su padre. Ella volvió en sí, y lo primero que dijo fué:— «Que me busquen al pájaro verde... que me le traigan vivo... que no le maten... yo quiero poseer vivo al pájaro verde!»

Mas en balde le buscaron los Príncipes. En balde, á pesar de lo mandado por la Princesa de que no se pensase en matar al pájaro verde, se soltaron contra él neblíes, sacres, gerifaltes y hasta águilas caudales, domesticadas y adiestradas en la cetrería. El pájaro verde no pareció ni vivo ni muerto.

El deseo no cumplido de poseerle atormentaba á la Princesa y acrecentaba su mal humor. Aquella noche no pudo dormir. Lo mejor que pensaba de los Príncipes era que no valían para nada.

Apénas vino el dia, se alzó del lecho, y en ligeras ropas de levantar, sin corsé ni miriñaque, más hermosa é interesante en aquel *des-habillé*, pálida y ojerosa, se dirigió con su doncella favorita á lo más frondoso del bosque que estaba á la espalda de palacio, y donde se alzaba el sepulcro de su madre. Allí se puso á llorar y á lamentar su suerte.—¿De qué me sirven, decía, todas mis riquezas, si las desprecio; todos los Príncipes del mundo, si no los amo; de qué mi reino, si no te tengo á ti, madre mia; y de qué todos mis primores y joyas, si no poseo el hermoso pájaro verde?

Con esto, y como para consolarse algo, desenlazó el cordon de su vestido y sacó del pecho un rico guardapelo, donde guardaba un rizo de su madre, que se puso á besar. Mas apénas empezó á besarle, cuando acudió más rápido que nunca el pájaro verde, tocó con su ebúrneo pico los labios de la Princesa, y arrebató el guardapelo, que durante tantos años había reposado contra su corazon, y en tan oculto y deseado lugar había permanecido. El robador desapareció en seguida, remontando el vuelo y perdiéndose en las nubes.

Esta vez no se desmayó la Princesa; ántes bien se paró muy colorada y dijo á la doncella—Mírame, mírame los labios; ese pájaro insolente me los ha herido, porque me arden.

La doncella los miró y no notó picadura ninguna; pero indudablemente el pájaro había puesto en ellos algo de ponzoña, porque el traidor no volvió á aparecer en adelante, y la Princesa fué desmejorándose por grados, hasta caer enferma de mucho peligro. Una fiebre singular la consumía, y casi no hablaba sino para decir:—Que no le maten... que me le traigan vivo... yo quiero poseerle.

Los médicos estaban de acuerdo en que la única medicina para curar á la Princesa era traerle vivo el pájaro verde. Mas ¿dónde hallarle? Inútil fué que le buscasen los más hábiles cazadores. Inútil que se ofreciesen sumas enormes á quien le trajera.

El *Rey Venturoso* reunió un gran congreso de sabios á fin de que averiguasen, so pena de incurrir en su justa indignacion, quién era y dónde vivía el pájaro verde, cuyo recuerdo atormentaba á su hija.

Cuarenta dias y cuarenta noches estuvieron los sabios reunidos, sin cesar de meditar y disertar sino para dormir un poco y alimentarse. Pronunciaron muy doctos y elocuentes discursos, pero nada averiguaron.—Señor, dijeron al

cabo todos ellos al Rey, postrándose humildemente á sus piés é hiriendo el polvo con las respetables frentes, somos unos mentecatos; haz que nos ahorquen; nuestra ciencia es una mentira: ignoramos quién sea el pájaro verde, y sólo nos atrevemos á sospechar si será acaso el ave fénix del Arabia.

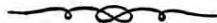
—Levantaos, contestó el Rey con notable magnanimidad, yo os perdono y os agradezco la indicacion sobre el ave fénix. Sin tardanza saldrán siete de vosotros con ricos presentes para la reina de Sabá, y con todos los recursos de que yo puedo disponer para cazar pájaros vivos. El fénix debe de tener su nido en el país sabeo, y de allí habeis de traérmele, si no quereis que mi cólera regia os castigue aunque trateis de evitarla escondiéndoos en las entrañas de la tierra.

En efecto, salieron para el Arabia siete sabios de los más versados en lingüística, y entre ellos el Ministro de Negocios extranjeros, sobre lo cual tuvo mucho que reir el Príncipe tártaro.

Este príncipe envió tambien cartas á su padre, que era el más famoso encantador de aquella edad, consultándole sobre el caso del pájaro verde.

La Princesa, en el ínterin, seguía muy mal de salud y lloraba tan abundantes lágrimas, que diariamente empapaba en ellas más de

cincuenta pañuelos. Las lavanderas de palacio estaban con esto muy afanadas, y como entonces ni la persona más poderosa tenía tanta ropa blanca como ahora se usa, no hacían más que ir á lavar al río.





III.

Una de estas lavanderas, que era, valiéndonos de cierta expresion á la moda, una *pollita muy simpática*, volvía un dia, al anochecer, de lavar en el rio los lacrimosos pañuelos de la Princesa.

En medio del camino, y muy distante aún de las puertas de la ciudad, se sintió algo cansada y se sentó al pié de un árbol. Sacó del bolsillo una naranja, y ya iba á mondarla para comerse, cuando se le escapó de las manos y empezó á rodar por aquella cuesta abajo con singular ligereza. La muchachuela corrió en pos de su naranja; pero miéntras más corría, más la naranja se adelantaba, sin que jamás se parase y sin que ella llegase á alcanzarla en la carrera, si bien no la perdía de vista. Cansada de correr, y sospechando, aunque poco experimentada en las cosas del mundo, que aquella

naranja tan corredora no era del todo natural, la pobre se detenía á veces y pensaba en desistir de su empeño; pero la naranja al punto se detenía tambien, como si ya hubiese cesado en su movimiento y convidase á su dueño á que de nuevo la cogiese. Llegaba ella á tocarla con la mano, y la naranja se le deslizaba otra vez y continuaba su camino.

Embelesada estaba la lavanderilla en tan inaudita persecucion, cuando notó al fin que se había alejado muchísimo de la ciudad, que se hallaba en un bosque intrincado, y que la noche se le venía encima, oscura como boca de lobo. Entónces tuvo miedo, y rompió en desconsoladísimo llanto. La oscuridad creció rápidamente, y ya no le permitió ni ver la naranja, ni orientarse, ni dar con el camino para volverse atras.

Iba, pues, vagando á la ventura, afligidísima y muerta de hambre y cansancio, cuando columbró no muy léjos unas brillantes lucecitas. Imaginó ser las de la ciudad; dió gracias á Dios, y enderezó sus pasos hácia aquellas luces. Pero ¡cuán grande no sería su sorpresa al encontrarse, á poco trecho y sin salir del intrincado bosque, á las puertas de un suntuosísimo palacio, que parecía un ascua de oro por lo que brillaba, y en cuya comparacion pasaría por una pobre choza el espléndido alcázar del *Rey Venturoso*.

No había guardia, ni portero, ni criados que impidiesen la entrada, y la chica, que no era corta, y que además sentía el estímulo de la curiosidad y el deseo de albergarse y de comer algo, traspasó los umbrales, subió por una ancha y lujosa escalera de bruñido jaspe, y empezó á discurrir por los más ricos y elegantes salones que imaginarse pueden, aunque siempre sin ver á nadie. Los salones estaban, sin embargo, profusamente iluminados por mil lámparas de oro, cuyo perfumado aceite difundía suavísima fragancia. Los primorosos objetos, que en los salones había, eran para espantar por su riqueza y exquisito gusto, no ya á la lavanderilla, que poco de esto había disfrutado, sino á la mismísima reina Victoria, que hubiera confesado la relativa inferioridad de la industria inglesa, y hubiera dado patentes y medallas á los inventores y fabricantes de todos aquellos artículos.

La lavandera los admiró á su sabor, y admirándolos se fué poco á poco hácia un sitio de donde salía un rico olorillo de viandas muy succulento y delicioso. De esta suerte llegó á la cocina; pero ni jefe, ni sota-cocineros, ni pinches, ni fregatrices había en ella; todo estaba desierto, como el resto del palacio. Ardían, no obstante, el fogon, el horno y las hornillas, y en ellos estaban al fuego infinito número de peroles, cacerolas y otras vasijas. Levantó nues-

tra aventurera la cubierta de una cacerola y vió en ella unas anguilas; levantó otra y vió una cabeza de jabalí desosada y rellena de pechugas de faisanes y de trufas; en resolucion, vió los manjares más exquisitos que se presentan en las mesas de los reyes, emperadores y papas: y hasta vió algunos platos, al lado de los cuales los imperiales, papales y regios serían tan groseros, como al lado de estos un potaje de judías ó un gazpacho.

Animada la chica con lo que veía y olía, se armó de un cuchillo y de un trinchante, y se lanzó con resolucion sobre la cabeza de jabalí. Mas apénas hubo llegado á ella, recibió en sus manos un golpe, dado al parecer por otra poderosa é invisible, y oyó una voz que le decía, tan de cerca que sintió la agitacion del aire y el aliento caliente y vivo de las palabras:

—¡Tate... que es para mi señor el Príncipe!

Se dirigió entónces á unas truchas salmoadas, creyéndolas manjar ménos principesco y que le dejarían comer; pero la mano invisible vino de nuevo á castigar su atrevimiento, y la voz misteriosa á repetirle:

—¡Tate... que es para mi señor el Príncipe!

Tentó, por último, mejor fortuna en tercero, cuarto y quinto plato, pero siempre le aconteció lo propio; así tuvo con harta pena que resignarse á ayunar, y se salió despechada de la cocina.

Volvió luego á recorrer los salones, donde reinaba siempre la misma misteriosa soledad y donde el más profundo silencio parecía tener su morada, y llegó á una alcoba lindísima, en la cual sólo dos ó tres luces, encerradas y amortecidas en vasos de alabastro, derramaban una claridad indecisa y voluptuosa, que estaba convidando al reposo y al sueño. Había en esta alcoba una cama tan cómoda y mullida, que nuestra lavandera, que estaba cansadísima, no pudo resistir á la tentacion de tenderse en ella y descansar. Iba á poner en ejecucion su propósito, y ya se había sentado y se disponía á tenderse, cuando en la parte misma de su cuerpo con que acababa de tocar la cama, sintió una dolorosa picadura, como si con un alfiler de á ochavo la punzasen, y oyó de nuevo una voz que decía:

—¡Tate... que es para mi señor el Príncipe!

No hay que decir que la lavanderilla se asustó y afligió con esto, resignándose á no dormir, como á no comer se había ya resignado; y para distraer el hambre y el sueño se puso á registrar cuantos objetos había en la alcoba, llevando su curiosidad hasta levantar las colgaduras y los tapices.

Detras de uno de éstos descubrió nuestra heroína una primorosa puertecilla secreta de sándalo, con embutidos de nácar. La empujó suavemente, y cediendo la puerta, se encontró en

una escalera de caracol, de mármol blanco. Por ella bajó sin detenerse á uno como invernáculo, donde crecían las plantas y las flores más aromáticas y extrañas, y en cuyo centro había una taza inmensa, hecha, al parecer, de un solo, limpio y diáfano topacio. Se levantaba del medio de la taza un surtidor tan gigantesco como el que hay ahora en la *Puerta del Sol*, pero con la diferencia de que el agua del de la *Puerta del Sol* es natural y ordinaria, y la de éste era agua de olor, y tenía, además, en sí misma todos los colores del iris y luz propia, lo cual, como ya calculará el lector, le daba un aspecto sumamente agradable.—Hasta el murmullo que hacía esta agua al caer tenía algo de más musical y acordado que el que producen otras, y se diría que aquel surtidor cantaba alguna de las más enamoradas canciones de Mozart ó de Bellini.

Absorta estaba la lavandera mirando aquellas bellezas y gozando de aquella armonía, cuando oyó un grande estrépito y vió abrirse una ventana de cristales.

La lavandera se escondió precipitadamente detras de una masa de verdura, á fin de no ser vista y poder ver á las personas ó séres, que sin duda se acercaban.

Éstos eran tres pájaros rarísimos y lindísimos, uno de ellos todo verde, y brillante como una esmeralda. En él creyó ver la lavandera,

con notable contento, al que era causa, según todo el mundo aseguraba, de la pertinaz dolencia de la *Princesa Venturosa*. Los otros dos pájaros no eran, ni con mucho, tan bellos; pero tampoco carecían de mérito singular. Los tres venían con muy ligero vuelo, y los tres se abatieron sobre la taza de topacio y se zambulleron en ella.

A poco rato vió la lavandera que del seno diáfano del agua salían tres mancebos tan lindos, bien formados y blancos, que parecían estatuas peregrinas hechas por mano maestra, con mármol teñido de rosas. La chica, que en honor de la verdad se debe decir que jamás había visto hombres desnudos, y que de ver á su padre, á sus hermanos y á otros amigos, vestidos y mal vestidos, no podía deducir hasta dónde era capaz de elevarse la hermosura humana masculina, se figuró que miraba á tres genios inmortales ó á tres ángeles del cielo. Así es, que sin ruborizarse, los siguió mirando con bastante complacencia, como objetos santos y nada pecaminosos. Pero los tres salieron al punto del agua, y pronto se vistieron de elegantes ropas.

Uno de ellos, el más hermoso de los tres, llevaba sobre la cabeza una diadema de esmeraldas y era acatado de los otros, como señor soberano. Si desnudo le pareció á la lavandera un ángel ó un genio por la hermosura, ya

vestido la deslumbró con su majestad, y le pareció el emperador del mundo y el príncipe más adorable de la tierra.

Aquellos señores se dirigieron en seguida al comedor y se sentaron en una espléndida mesa, donde había tres cubiertos preparados. Una música sumisa é invisible les hizo salva al llegar y les regaló los oídos miéntras comían. Criados, invisibles también, iban trayendo los platos y sirviendo admirablemente la mesa. Todo esto lo veía y notaba la lavanderilla, que sin ser vista ni oída, había seguido á aquellos señores, y estaba escondida en el comedor detrás de un cortinaje.

Desde allí pudo oír algo de la conversacion, y comprender que el más hermoso de los manebos era el Príncipe heredero del grande imperio de la China, y los otros dos, el uno su secretario y el otro su escudero más querido; los cuales estaban encantados y transformados en pájaros durante todo el día, y sólo por la noche recobraban su sér natural, prévio el baño de la fuente.

Notó, asimismo, la curiosa lavandera que el Príncipe de las esmeraldas apenas comía, aunque sus familiares le rogaban que comiese, y que se mostraba melancólico y arrobado, exhalando á veces de lo más hondo del hermosísimo pecho un ardiente suspiro.



IV.

Refieren las crónicas que vamos extractando que, terminado ya aquel opíparo y poco alegre festin, el Príncipe de las esmeraldas, volviendo en sí como de un sueño, alzó la voz y dijo:

—Secretario, tráeme la cajita de mis entretenimientos.

El secretario se levantó de la mesa y volvió de allí á poco con la cajita más preciosa que han visto ojos mortales. Aquella en que encerró Alejandro la *Iliada* era, en comparacion de ésta, más chapucera y pobre que una caja de turrón de Jijona.

El Príncipe tomó la cajita en sus manos, la abrió y estuvo largo rato contemplando con ojos amorosos lo que había en el fondo de ella. Metió luégo la mano en la cajita y sacó un cordón. Lo besó apasionadamente, derramó sobre

él lágrimas de ternura y prorumpió en estas palabras:

¡Ay cordoncillo de mi señora!
¡Quién la viera ahora!

Colocó de nuevo el cordon en la cajita, y sacó de ella una liga bordada y muy limpia. La besó, la acarició también y exclamó al besarla:

¡Ay linda liga de mi señora!
¡Quién la viera ahora!

Sacó, por último, un precioso guardapelo, y si mucho habia besado cordon y liga, más le besó y más le acarició aún, diciendo con un acento tristísimo, que partía los corazones y hasta las peñas:

¡Ay guardapelo de mi señora!
¡Quién la viera ahora!

A poco el Príncipe y los dos familiares se retiraron á sus alcobas, y la lavanderilla no se atrevió á seguirlos. Viéndose sola en el comedor, se acercó á la mesa, donde aún estaban casi intactos los ricos manjares, los confites, las frutas y los generosos y chispeantes vinos; pero el recuerdo de la voz misteriosa y de la mano invisible la detenían, y la obligaban á contentarse con mirar y oler.

Para gozar de este incompleto deleite, se acercó tanto á los manjares, que vino á ponerse entre la mesa y la silla del príncipe. Entónces

sintió, no ya una, sino dos manos invisibles que le caían sobre los hombros oprimiéndola. La voz misteriosa le dijo:

—Siéntate y come.

En efecto, se halló sentada en la misma silla del Príncipe; y, ya autorizada por la voz, se puso á comer con un apetito extraordinario, que la novedad y lo exquisito de la comida hacían mayor aún, y comiendo se quedó profundamente dormida.

Cuando despertó, era muy de día. Abrió los ojos, y se encontró en medio del campo, tendida al pié del árbol donde había querido comerse la naranja. Allí estaba la ropa que había traído del río, y hasta la naranja corredora estaba allí también.

—¿Si habrá sido todo un sueño? dijo para sí la lavanderilla. Quisiera volver al palacio del Príncipe de la China para cerciorarme de que aquellas magnificencias son reales y no soñadas.

Diciendo esto, tiró al suelo la naranja para ver si le mostraba nuevamente el camino; pero la naranja rodaba un poco, y luégo se detenía en cualquiera hoyo ó tropiezo, ó cuando el impulso con que se movía dejaba de ser eficaz. En suma, la naranja hacía lo que hacen de ordinario, en idénticas circunstancias, todas las naranjas naturales. Su conducta no tenía nada de extraño ni de maravilloso.

Despechada entónces la muchacha, partió la naranja y vió que por dentro era como las demas. Se la comió, y le supo á lo mismo que cuantas naranjas había comido ántes.

Ya apénas dudó de que había soñado.—Ningun objeto tengo, añadió, con que convencerme á mí propia de la realidad de lo que he visto; mas iré á ver á la Princesa y se lo contaré todo, por lo que pueda importarle.





V.

Mientras acontecían, en sueño ó en realidad, los poco ordinarios sucesos que quedan referidos, la *Princesa Venturosa*, fatigada de tanto llorar, estaba durmiendo tranquilamente, y aunque eran ya las ocho de la mañana, hora en que todo el mundo solía estar levantado y áun almorzado en aquella época, la Princesita, sin dar acuerdo de su persona, seguía en la cama.

Muy interesantes juzgó, sin duda, su doncella favorita las nuevas que le traía, cuando se atrevió ádespertarla. Entró en su alcoba, abrió la ventana y exclamó con alborozo:

—Señora, señora, despertad y alegraos, que ya hay quien os traiga nuevas del pájaro verde.

La Princesa se despertó, se restregó los ojos, se incorporó y dijo:

—¿Han vuelto los siete sabios que fueron al país sabeo?

—Nadá de eso, contestó la doncella; quien trae las nuevas es una de las lavanderillas que lavan los lacrimosos pañuelos de V. A.

—Pues hazla entrar al momento.

Entró la lavanderilla, que estaba ya detras de una puerta aguardando este permiso, y empezó á referir con gran puntualidad y despejo cuanto le había pasado.

Al oír la aparicion del pájaro verde, la Princesa se llenó de júbilo, y al escuchar su salida del agua convertido en hermoso Príncipe, se puso encendida como la grana, una celestial y amorosa sonrisa vagó sobre sus labios, y sus ojos se cerraron blandamente como para reconcentrarse ella en sí misma y ver al Príncipe con los ojos del alma. Por último, al saber la mucha estima, veneracion y afecto que el Príncipe le tenía, y el amor y cuidado con que guardaba las tres prendas robadas en la preciosa cajita de sus entretenimientos, la Princesita, á pesar de su modestia, no pudo contenerse, abrazó y besó á la lavanderilla y á la doncella, é hizo otros extremos no ménos disculpables, inocentes y delicados.

—Ahora sí, decía, que puedo llamarme propiamente la *Princesa Venturosa*. Este capricho de poseer el pájaro verde no era capricho, era amor. Era, y es un amor, que por oculto y no acostumbrado camino, ha penetrado en mi corazon. No he visto al Príncipe, y creo que es

hermoso. No le he hablado, y presumo que es discreto. No sé de los sucesos de su vida, sino que está encantado y que me tiene encantada, y doy por cierto que es valiente, generoso y leal.

—Señora, dijo la lavanderilla, yo puedo asegurar á V. A. que el Príncipe, si mi vision no es un sueño vano, parece un pino de oro, y tiene una cara tan bondadosa y dulce que da gloria verla. El secretario no es mal mozo tampoco; pero al que yo, no sé por qué, le he tomado aficion, es al escudero.

—Tú te casarás con el escudero, replicó la Princesa. Mi doncella, si gusta, se casará con el secretario, y ambas sereis mandarinas y damas de mi corte. Tu sueño no ha sido sueño, sino realidad. El corazon me lo dice. Lo que importa ahora es desencantar á los tres pájaros mancebos.

—¿Y cómo podrémos desencantarlos? dijo la doncella favorita?

—Yo misma, contestó la Princesa, iré al palacio en que viven y allí verémos. Tú me guiarás, lavanderilla.

Ésta, que no había terminado su narracion, la terminó entónces, é hizo ver que no podía servir de guía.

La Princesa la escuchó con mucha atencion, estuvo meditando un rato, y dijo luégo á la doncella:

—Vé á mi biblioteca y tráeme el libro de *Los Reyes contemporáneos* y el *Almanaque astronómico*.

Venidos que fueron estos volúmenes, hojeó la Princesa el de los *Los Reyes*, y leyó en alta voz los siguientes renglones:

«El mismo día en que murió el Emperador chino, su único hijo, que debía heredarle, desapareció de la corte y de todo el imperio. Sus súbditos, creyéndole muerto, han tenido que someterse al Kan de Tartaria.»

—¿Qué deducís de eso, señora? dijo la doncella.

—¿Qué he de deducir, respondió la *Princesa Venturosa*, sino que el Kan de Tartaria es quien tiene encantado á mi Príncipe para usurparle la corona? Hé ahí por qué aborrezco yo tanto al Príncipe tártaro. Ahora me lo explico todo.


—Pero no basta explicarlo; menester es remediarlo, dijo la lavandera.

—De ello trato—añadió la Princesa—y para ello conviene que al instante se manden hombres armados, que inspiren la mayor confianza, á todos los caminos y encrucijadas por donde puedan venir los correos que envió el Príncipe tártaro al Rey su padre, para consultarle sobre el caso del pájaro verde. Las cartas que trajeren les serán arrebatadas y se me entregarán. Si los mensajeros se resisten, serán muertos; si ceden, serán aprisionados é inco-

municados, á fin de que nadie sepa lo que acontece. Ni el Rey mi padre ha de saberlo. Todo lo dispondremos entre las tres con el mayor sigilo. Aquí teneis dinero bastante para comprar el silencio, la fidelidad y la energía de los hombres que han de ejecutar mi proyecto.

Y efectivamente, la Princesa, que ya se había levantado y estaba de bata y en babuchas, sacó de un escaparate dos grandes bolsas llenas de oro, y se las dió á sus confidentas.

Éstas partieron sin tardanza á poner en ejecucion lo convenido, y la *Princesa Venturosa* se quedó estudiando profundamente el *Almanaque astronómico*.





VI.

Cinco días habían pasado desde el momento en que tuvo lugar la escena anterior. La Princesa no había llorado en todo ese tiempo, causando no poco asombro y placer al Rey su padre. La Princesa había estado hasta jovial y bromista, dando leves esperanzas á los Príncipes pretendientes de que al fin se decidiría por uno de ellos, porque los pretendientes se las prometen siempre felices.

Nadie había sospechado la causa de tan repentina mudanza y de tan inesperado alivio en la Princesa.

Sólo el Príncipe tártaro, que era diabólicamente sagaz, recelaba, aunque de una manera muy vaga, que la Princesa había recibido alguna noticia del pájaro verde. Tenía, además, el Príncipe tártaro un misterioso presentimiento de una gran desgracia, y había adivinado por el arte mágica, que su padre le ense-

ñara, que en el pájaro verde debía mirar un enemigo. Calculando, además, como sabedor del camino y del tiempo que en él debe emplearse, que aquel día debían llegar los mensajeros que envió á su padre, y ansioso de saber lo que respondía éste á la consulta que le hizo, montó á caballo al amanecer, y con cuarenta de los suyos, todos bien armados, salió en busca de los mensajeros referidos.

Mas aunque el Príncipe tártaro salió con gran secreto, la *Princesa Venturosa*, que tenía espías, y estaba, como vulgarmente se dice, con la barba sobre el hombro, supo al instante su partida, y llamó á consejo á la lavanderilla y á la doncella.

Luégo que las tuvo presentes, les dijo muy angustiada:

—Mi situacion es terrible. Tres veces he ido inútilmente á tirar la naranja debajo del árbol, desde donde la tiró la lavanderilla; pero la naranja no ha querido guiarme al alcázar de mi amante. Ni le he visto, ni he podido averiguar el modo de desencantarle. Sólo he averiguado, por el *Almanaque astronómico*, que la noche en que la lavanderilla le vió, era el equinoccio de primavera. Acaso no sea posible volver á verle hasta el próximo equinoccio de la misma estacion, y ya para entónces el Príncipe tártaro me le habrá muerto. El Príncipe tártaro le matará en cuanto reciba la carta de su pa-

dre, y ya ha salido á buscarla con cuarenta de los suyos.

—No os aflijais, hermosa Princesa—dijo la doncella favorita; tres partidas de cien hombres están esperando á los mensajeros en diferentes puntos para arrebatarnos la carta y traérosla. Los trescientos son briosos, llevan armas de finísimo temple, y no se dejarán vencer por el Príncipe tártaro á pesar de sus artes mágicas.

—Sin embargo, yo soy de opinion—añadió la lavandera—de que se envíen más hombres contra el Príncipe tártaro. Aunque éste, á la verdad, sólo lleva cuarenta consigo, todos ellos, segun se dice, tienen corazas y flechas encantadas, que á cada uno le hacen valer por diez.

El prudente consejo de la lavandera fué adoptado en seguida. La Princesa hizo venir secretamente á su estancia al más bizarro y entendido general de su padre. Le contó todo lo que pasaba, le confió sus penas, y le pidió su apoyo. Éste se le otorgó, y reuniendo apresuradamente un numeroso escuadron de soldados, salió de la capital decidido á morir en la demanda ó traer á la Princesa la carta del Kan de Tartaria y al hijo del Kan, vivo ó muerto.

Despues de la partida del general, la Princesa juzgó conveniente informar al *Rey Venturoso* de cuanto había acontecido. El Rey se puso fuera de sí. Dijo que toda la historia del

pájaro verde era un sueño ridículo de su hija y de la lavandera, y se lamentó de que, fundada su hija en un sueño, enviase á tantos asesinos contra un Príncipe ilustre, faltando á las leyes de la hospitalidad, al derecho de gentes y á todos los preceptos morales.

—¡Ay hija!—exclamaba—tú has echado un sangriento borron sobre mi claro nombre, si esto no se remedia.

La Princesa se acongojó tambien, y se arrepintió de lo que había hecho. A pesar de su vehemente amor al Príncipe de la China, prefería ya dejarle eternamente encantado á que por su amor se derramase una sola gota de sangre.

Así es que enviaron despachos al general para que no empeñase una batalla; pero todo fué inútil. El general había ido tan veloz, que no hubo medio de alcanzarle. Entónces aún no había telégrafos, y los despachos no pudieron entregarse. Cuando llegaron los correos donde estaba el general, vieron venir huyendo á todos los soldados del Rey y los imitaron. Los cuarenta de la escolta tártara, que eran otros tantos genios, corrían en su persecucion transformados en espantosos vestiglos, que arrojaban fuego por la boca.

Sólo el general, cuya bizarría, serenidad y destreza en las armas rayaba en lo sobrehumano, permaneció impávido en medio de aquel terror harto disculpable. El general se fué há-

cia el Príncipe, único enemigo no fantástico con quien podía habérselas, y empezó á reñir con él la más brava y descomunal pelea. Pero las armas del Príncipe tártaro estaban encantadas, y el general no podía herirle. Conociendo entónces que era imposible acabar con él si no recurría á una estratajema, se apartó un buen trecho de su contrario, se desató rápidamente una larga y fuerte faja de seda que le ceñía el talle, hizo con ella, sin ser notado, un lazo escurridizo, y revolviendo sobre el Príncipe con inaudita velocidad, le echó al cuello el lazo, y siguió con su caballo á todo correr, haciendo caer al Príncipe y arrastrándole en la carrera.

De esta suerte ahogó el general al Príncipe tártaro. No bien murió, los genios desaparecieron, y los soldados del *Rey Venturoso* se rehicieron y reunieron á su jefe. Este esperó con ellos á los enviados que traían la carta del Kan de Tartaria, y que no se hicieron esperar mucho tiempo.

Al anóchecer de aquel mismo dia volvió á entrar el general en el palacio del *Rey Venturoso* con la carta del Kan de Tartaria entre las manos. Haciendo un gentil y respetuoso saludo, se la entregó á la Princesa.

Rompió ésta el sello y se puso á leer, pero inútilmente: no entendió una palabra. Al *Rey Venturoso* le sucedió lo mismo. Llamaron á


todos los empleados en la interpretacion de lenguas, que no descifraron tampoco aquella escritura. Los individuos de las doce reales academias vinieron luégo y no se mostraron más hábiles.

Los siete sabios, tan profundos en lingüística, que acababan de llegar sin el ave fénix, y que *por ende* estaban condenados á morir, acudieron tambien; mas, aunque se les prometió el perdon si leían aquella carta, no acertaron á leerla, ni pudieron decir en qué lengua estaba escrita.

El *Rey Venturoso* se creyó entónces el más desventurado de todos los reyes; se lamentó de haber sido cómplice en un crimen inútil, y temió la vengánza del poderoso Kan de Tartaria. Aquella noche no pudo pegar los ojos hasta muy tarde.

Su dolor fué, con todo, mucho más desesperado, cuando al despertarse al otro dia muy de mañana supo que la Princesa había desaparecido, dejándole escritas las siguientes palabras:

«Padre, ni me busques, ni pretendas averiguar adonde voy, si no quieres verme muerta. Bástete saber que vivo y que estoy bien de salud, aunque no volverás á verme hasta que tenga descifrada la carta misteriosa del Kan y desencantado á mi querido Príncipe. Adios.»





VII.

La *Princesa Venturosa* había ido con sus dos amigas á pié, y en romería, á visitar á un santo ermitaño que vivía en las soledades y asperezas de unas montañas altísimas que á corta distancia de la capital se parecían.

Aunque la Princesa y sus amigas hubiesen querido ir caballeras hasta la ermita, no hubiera sido posible. El camino era más propio de cabras que de camellos, elefantes, caballos, mulos y asnos, que, con perdon sea dicho, eran los cuadrúpedos en que se solía cabalgar en aquel reino. Por esto y por devoción fué la Princesa á pié y sin otra comitiva que sus dos confidentas.

El ermitaño que iban á visitar era un varón muy penitente y estaba en olor de santidad. El vulgo pretendía también que el ermitaño era inmortal, y no dejaba de tener razonables fundamentos para esta pretensión. En toda la co-

marca no había memoria de cuándo fué el ermitaño á establecerse en lo recóndito de aquella sierra, en la cual raras veces se dejaba ver de ojos humanos.

La Princesa y sus amigas, atraídas por la fama de su virtud y de su ciencia, anduvieron buscándole siete días por aquellos vericuetos y andurriales. Durante el día caminaban en su busca entre breñas y malezas. Por la noche se guarecían en las concavidades de los peñascos. Nadie había que las guiase, así por lo fragoso del sitio, ni de los cabrerizos frecuentado, como por el temor que inspiraba la maldición del ermitaño, pronto á echarla á quien invadía su dominio temporal, ó á quien le perturbaba en sus oraciones. Ya se entiende que este ermitaño, tan maldiciente, era pagano. A pesar de la natural bondad de su alma, su religion sombría y terrible le obligaba á maldecir y á lanzar anatemas.

Pero las tres amigas, imaginando, como por inspiracion, que sólo el ermitaño podía descifrarles la carta, se decidieron á arrostrar sus maldiciones y le buscaron, segun queda dicho, por espacio de siete días.

En la noche del séptimo iban ya las tres peregrinas á guarecerse en una caverna para reposar, cuando descubrieron al ermitaño mismo, orando en el fondo. Una lámpara iluminaba con luz incierta y melancólica aquel misterioso retiro.

Las tres temblaron de ser maldecidas, y casi se arrepintieron de haber ido hasta allí. Pero el ermitaño, cuya barba era más blanca que la nieve, cuya piel estaba más arrugada que una pasa, y cuyo cuerpo se asemejaba á un consunto esqueleto, echó sobre ellas una mirada penetrante con unos ojos, aunque hundidos, relucientes como dos ascuas, y dijo con voz entera, alegre y suave :

—Gracias al cielo que al fin estais aquí. Cien años há que os espero. Deseaba la muerte, y no podía morir hasta cumplir con vosotras un deber que me ha impuesto el rey de los genios. Yo soy el único sabio que habla aún y entiende la lengua riquísima que se hablaba en Babel ántes de la confusion. Cada palabra de esta lengua es un conjuro eficaz que fuerza y mueve á las potestades infernales á servir á quien le pronuncia. Las palabras de esta lengua tienen la virtud de atar y desatar todos los lazos y leyes que unen y gobiernan las cosas naturales. La cábala no es sino un remedo groserísimo de esta lengua incomunicable y fecunda. Dialectos pobrísimos é imperfectísimos de ella son los más hermosos y completos idiomas del dia. La ciencia de ahora, mentira y charlatanería, en comparacion de la ciencia que aquella lengua llevaba en sí misma. Cada nombre de esta lengua contiene en sus letras la esencia de la cosa nombrada y sus ocultas calidades. Las co-

sas todas, al oirse llamar por su verdadero nombre, obedecen á quien las llama. Era tal el poder del linaje humano cuando poseía esta lengua, que pretendió escalar el cielo, y lo hubiera indudablemente conseguido, si el cielo no hubiese dispuesto que la lengua primitiva se olvidase.

Sólo tres sabios bien intencionados, de los cuales han muerto ya dos, guardaron en la memoria aquel idioma. Le guardaron asimismo, por especial privilegio de los diablos, Nembrot y sus descendientes. El último de éstos murió, una semana há, por disposición tuya, ¡oh *Princesa Venturosa!* y ya no queda en el mundo sino una sola persona que pueda descifrarte la carta del Kan de Tartaria. Esa persona soy yo; y para hacerte ese servicio, el rey de los genios ha conservado siglos mi vida.

—Pues aquí tienes la carta, ¡oh venerable y profundo sabio! dijo la Princesa, poniendo en manos del ermitaño el misterioso escrito.

—Al punto voy á descifrártela, contestó el ermitaño, y se caló los espejuelos, y se acercó á la lámpara para leer. Más de dos horas estuvo leyendo en alta voz en la lengua en que la carta estaba escrita. A cada palabra que pronunciaba, el universo se conmovía, las estrellas se cubrían de mortal palidez, la luna temblaba en el cielo, como tiembla su imágen entre las olas del Océano, y la Princesa y sus

amigas tenían que cerrar los ojos y que taparse los oídos para no ver los espectros que se mostraban, y para no oír las voces portentosas, terribles ó dolientes, que partían de las entrañas mismas de la conturbada naturaleza.

Acabada la lectura, se quitó el ermitaño los espejuelos, y dijo con voz reposada:

—No es justo, ni conveniente, ni posible ¡oh *Princesa Venturosa!* que sepas todo lo que en esta abominable carta se encierra. No es justo ni conveniente, porque hay en ella tremebundos y endemoniados misterios. No es posible, porque en cuantas lenguas humanas se hablan en el día son estos misterios inefables, inenarrables y hasta inexplicables. El linaje humano por medio de su incompleta y enfermiza razón llegará á conocer, cuando pasen millares de años, algunos accidentes de las cosas; pero siempre ignorará la sustancia que yo conozco, que conoce el Kan de Tartaria y que han conocido los sabios primitivos que se valieron, para sus *elucubraciones*, de esta lengua perfectísima é intransmisible ya por nuestros pecados.

—Pues estamos frescas, dijo la lavanderilla; si después de lo que hemos pasado para encontraros, y siendo vos el único que podeis traducir esa enmarañada carta, salís ahora con que no quereis traducirla.

—Ni quiero ni debo, replicó el vetusto y se-

cular ermitaño; pero sí os diré lo que la carta contiene de interesante para vosotras, y os lo diré en brevísimas palabras, sin pararme en dibujos, porque los momentos de mi vida están contados y mi muerte se acerca.

El Príncipe de la China es por sus virtudes, talento y hermosura, el favorito del rey de los genios, el cual le ha salvado mil veces de las asechanzas que el Kan de Tartaria ponía contra su vida. Viendo el Kan que le era imposible matarle, determinó valerse de un encanto para tenerle léjos de sus súbditos y reinar en lugar suyo en el celeste imperio. Bien hubiera querido el Kan que este encanto fuera indestructible y eterno, mas no pudo lograrlo á pesar de sus maravillosos conocimientos en la magia. El rey de los genios se opuso á su mal deseo, y si bien no pudo hacer completamente ineficaces sus encantamientos y conjuros, supo despojarlos de gran parte de su malicia.

Al Príncipe, aunque convertido en pájaro, se le dió facultad para recobrar por la noche su verdadera figura. Tuvo tambien el Príncipe un palacio, donde vivir y ser tratado con todo el miramiento, honores y regalo debidos á su augusta categoría. Se acordó, por último, su desencanto, si se cumplian las siguientes condiciones, que el Kan, así por la mala opinion que tiene de las mujeres, como por lo pervertida y viciosa que está la raza hu-

mana en general, juzgó imposibles de cumplir.

Fué la primera condicion, ya cumplida, que una mujer de veinte años, discreta, briosa y apasionada y de la más baja clase del pueblo, viese á los tres mancebos encantados, que son los más hermosos que hay en el mundo, salir desnudos del baño, y que la limpieza y castidad de su alma fuesen tales que no se turbasen ni empañasen con el más ligero estímulo de liviandad. Esta prueba había de hacerse en el equinoccio de primavera, cuando la naturaleza toda excita al amor. La mujer debía sentirle por la hermosura y admirarla vivamente; pero de un modo espiritual y santísimo.

Fué la segunda condicion, ya cumplida tambien, que el Príncipe sin poder mostrarse sino tres instantes, y esto bajo la forma de pájaro verde, inspirase un amor tan vehemente y casto, cuanto invencible, á una Princesa de su clase.

La tercera condicion, que ahora se está acabando de cumplir, fué que la Princesa se apoderase de esta carta, y que yo la interpretara.

La cuarta y última condicion, en cuyo cumplimiento habeis de intervenir las tres doncellas que me estais oyendo, es como sigue. Sólo me quedan dos minutos de vida, mas ántes de morir os pondré en el palacio del Príncipe al lado de la taza de topacio. Allí irán los pájaros y se zambullirán y se transformarán en hermosísimos mancebos. Vosotras tres los vereis;

mas habeis de conservar, viéndolos, toda la castidad de vuestros pensamientos, y toda la virginidad de vuestras almas, amando, empero, cada una á uno de los tres, con un amor santo é inocente. La Princesa ama ya al Príncipe de la China y la lavanderilla al escudero, y ambas han mostrado la inocencia de su amor: ahora falta que la doncella favorita de la Princesa se enamore del secretario por idéntico estilo. Cuando los tres mancebos encantados vayan al comedor, los seguireis sin ser vistas, y allí permanecereis hasta que el Príncipe pida la cajita de sus entretenimientos y diga, besando el cordoncito:

¡Ay, cordoncito de mi señora!

¡Quién la viera ahora!

La Princesa, entónces, y vosotras con la Princesa, os mostrareis al punto, y cada una dará un tierno beso en la mejilla izquierda al objeto de su amor. El encanto quedará deshecho en el acto, el Kan de Tartaria morirá de repente, y el Príncipe de la China, no sólo poseerá el celeste imperio, sino que heredará asimismo todos los kanatos, reinos y provincias, que por derecho propio posee aquel encantador endiablado.

Apénas el ermitaño acabó de decir estas palabras, hizo una mueca muy rara, entreabrió la boca, estiró las piernas y se quedó muerto.

La Princesa y sus amigas se encontraron de súbito detras de una masa de verdura, al lado de la taza de topacio.

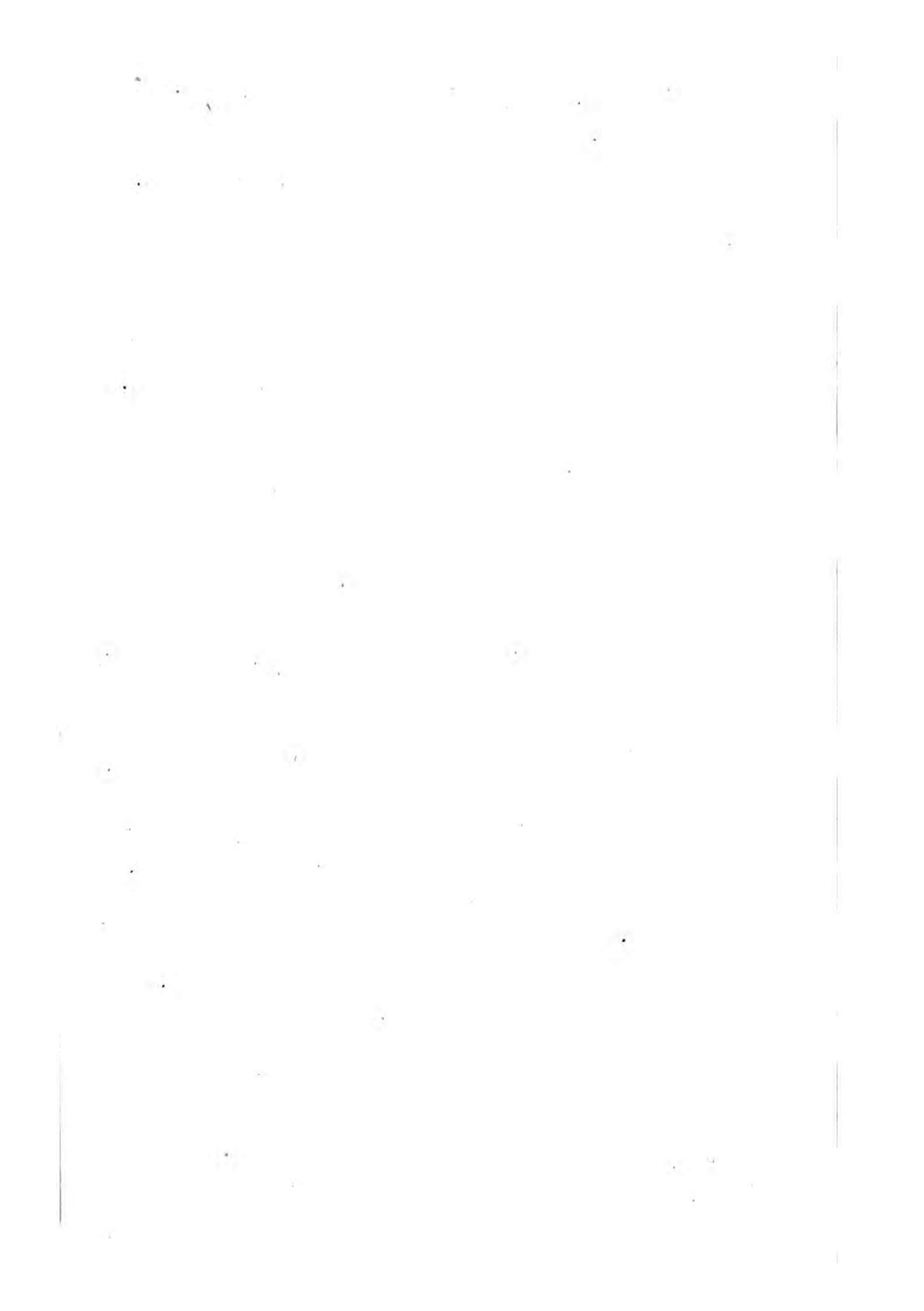
Todo se cumplió como el ermitaño había dicho.

Las tres estaban enamoradas; las tres eran castísimas é inocentes. Ni siquiera en el punto comprometido de dar el regalado y apretado beso sintieron más que una profunda conmocion toda mística y pura.

Así es que inmediatamente quedaron desencantados los tres mancebos. La China y la Tartaria fueron dichosas bajo el cetro del Príncipe. La Princesa y sus amigas lo fueron más aún casadas con aquellos hombres tan lindos. El *Rey Venturoso* abdicó, y se fué á vivir á la corte de su yerno, que estaba en Pekin. El general que mató al Príncipe Tártaro obtuvo todas las condecoraciones de China, el título de primer mandarin y una pension de miles de miles para él y sus herederos.

Se cuenta, por último, que la *Princesa Venturosa* y el ya Emperador de China vivieron largos y felices años, y tuvieron media docena de chiquillos á cual más hermoso. La lavanderrilla y la doncella, con sus respectivos maridos, siguieron siempre gozando del favor de Sus Majestades, y siendo los señorones más principales de toda aquella tierra.







PARSONDES

Aunque se ame y se respete la virtud, no se debe creer que sea tan vocinglera y tan espantadiza como la de ciertos censores del día. Si hubiéramos de escribir á gusto de ellos, si hubiéramos de tomar su rigidez por valedera y no fingida, y si hubiéramos de ajustar á ella nuestros escritos, tal vez ni las *Agonías del tránsito de la muerte*, de Venegas, ni los *Gritos del infierno*, del padre Boneta, serían edificantes modelos que imitar.

Por desgracia, la rigidez es sólo aparente. La rigidez no tiene otro resultado que el de exasperar los ánimos, haciéndoles dudar y burlarse, aunque sólo sea en sueños, de la hipocresía farisaica que ahora se usa.

Véase, si no, el sueño que ha tenido un amigo nuestro, y que trasladamos aquí íntegro,

cuando no para recreo, para instruccion de los lectores.

Nuestro amigo soñó lo que sigue:

—Más de dos mil seiscientos años há, era yo en Susa un sátrapa muy querido del gran Rey Arteo, y el más rígido, grave y moral de todos los sátrapas. El santo varon Parsondes había sido mi maestro, y me había comunicado todo lo comunicable de la ciencia y de la virtud del primer Zoroastro.

Siete años hacía ya que Parsondes, despues de iluminar el mundo con su doctrina, y de formar varios discípulos dignos de él, había desaparecido, sin que le volviese á ver nadie, ni vivo ni muerto. Los buenos creyentes daban, pues, por seguro que Parsondes había subido á la region de la luz increada, cerca de Ahura-Mazda, donde brillaba casi tanto como los Amschaspandes y los Izeds, y donde eclipsaba á su propio *feruer* con beatíficos resplandores. Allí militaba aún en el ejército de los espíritus luminosos contra el príncipe de las tinieblas Ahrimanes, cuya soberbia había humillado en esta vida terrenal, y cuyo imperio contribuía poderosamente á destruir en la otra vida, procurando que se realizase la santa esperanza del triunfo definitivo del bien sobre el mal. Los sectarios de la religion de Ahura-Mazda creían, pues, á puño cerrado, que Parsondes debía contarse en el número de los veinte ó treinta

grandes profetas, precursores y continuadores de Zoroastro hasta la consumacion de los siglos. Aunque en Susa y en todo el imperio de los medos, con los reinos tributarios, había hombres de otras varias religiones y creencias, todos respetaban y casi divinizaban igualmente á Parsondes, si bien por diversos estilos. Unos decían que había encontrado la flecha de Abaris y se había ido por el aire, montado en ella; otros, que se había elevado al empíreo en el trono flotante de Salomon ó en un carro de fuego; otros, que el dragon Musaros, que en la antigüedad más remota civilizó á los asirios, y que tenía cuerpo de pez, cabeza de hombre y piernas de mujer, se le había llevado consigo á su palacio submarino, en el fondo del golfo pérsico. En resolucion, aunque por distinta manera, todos convenían en que Parsondes, el virtuoso y el sabio, estaba viviendo con los dioses. En las plazas públicas de Susa se veneraba su imágen, coronada la cabeza de una mitra con quince cuernos, en razon de las quince virtudes capitales que resplandecieron en él, y vestido el cuerpo de un ropaje talar lleno de otros símbolos más extraños aún en nuestros dias, aunque entónces no lo fuesen.

Entre tanto, las malas costumbres, el lujo, la disipacion, los galanteos y las fiestas dispendiosas iban en aumento desde la muerte ó desaparicion de Parsondes, el cual, miéntras vivió

entre nosotros, no hizo más que condenar aquellos abusos.

El Rey de Babilonia, Nanar, tributario de mi augusto amo Arteo, Rey de Media, había roto todo freno y corría desbocado por el camino de los deleites. Nosotros acusábamos á Nanar, como Parsondes le había acusado ántes; pero nuestra voz, ménos autorizada que la suya, no tocaba el corazon de Arteo, ni le decidía á destronar á Nanar, y á poner otro Rey más morigerado en Babilonia. Nanar era más descreído y libertino que Sardanápalo, y en Babilonia no se adoraba ya á otro dios que al interes y á Mílita, ó como si dijéramos, á Vénus. En vano mis camaradas y yo predicábamos contra la corrupcion. El vulgo y la nobleza se nos reían en las narices. Nosotros nos vengábamos con hablar de la santa vida de Parsondes y con ponerla en contraposicion de la vida que ellos llevaban.

Así iban las cosas, cuando una mañanita Arteo me hizo llamar muy temprano á su presencia.

—Hay esperanzas, me dijo, de que Parsondes viva aún; pero, si ha muerto, es menester vengarle y castigar á su matador, que no puede ser otro que el rey Nanar.

—Tu sabiduría, señor, le contesté, es como la luz, que lo penetra y descubre todo. Vences al cocodrilo en prudencia y al lince en perspi-

cacia; pero, ¿cómo has sabido que Parsondes puede vivir aún, y que, si ha muerto, Nanar ha sido su asesino? ¿No han asegurado los magos que Parsondes está en el cielo? ¿No han descubierto los astrólogos en la bóveda azul una estrella, ántes nunca vista, y no han reconocido en esa estrella el alma de Parsondes?

—Así es la verdad, replicó el Rey, pero yo he llegado á averiguar, por revelacion de algunos caballeros babilonios descontentos de Nanar, que éste, furioso de lo que Parsondes clamaba contra él, envió siete años há emisarios por todas partes para que ocultamente le prendiesen y llevasen á su alcázar; y allí debe de estar Parsondes, ó muerto, ó padeciendo tormentos horribles.

—¡Ah, señor! exclamé yo al punto, postrándome á los piés del Rey, justo es vengar una maldad tan espantosa. Permite que yo sea el instrumento de tu venganza, y que salve á mi querido maestro del cautiverio en que, si no ha muerto, se halla.

El Rey me dijo que con ese fin me había llamado, y que al instante me preparase á partir con el acompañamiento debido, y órdenes terminantes tuyas para que Nanar me respondiese con su vida de la del santo varon, ó le pudiese en libertad.

Aquel mismo dia, que era uno de los más calurosos del estío, salí de Susa en un magnífico

carro tirado por cuatro caballos árabes. Un hábil cochero iba dirigiéndole, y dos esclavos etíopes me acompañaban también en el carro, haciendo aire el uno con un abanico de plumas de avestruz, y sosteniendo el otro, sobre un rico varal de marfil, prolijamente labrado, el ancho parasol de seda. Cuatrocientos jinetes, todos con aljabas, arcos y flechas, vestidos de malla y cubierta la cabeza con sendos capacetes de bronce, nielado de refulgentes colores, me seguían y me daban mayor autoridad y decoro. Seis batidores, montados en rayadas y velocísimas cebras, iban delante de mí, á fin de anunciarme en las diversas poblaciones. Las vituallas y refrescos que traíamos para suplir las faltas del camino, venían sobre los lomos de veinte poderosos elefantes.

Por no pecar de prolijo, no refiero aquí menudamente los sucesos de mi viaje. Baste saber que el décimo día descubrimos á lo léjos los muros ingentes de Babilonia, obra de Nabucodonosor y de Nitócris. Tenían treinta varas de espesor, circundaban la ciudad, formando una zona de veintidos leguas de bojeo, y se elevaban, por la parte más baja, ciento veinte varas sobre la tierra; tanto como los campanarios de las catedrales de ahora. Un copete de verdura coronaba los muros. Eran los jardines pensiles. Sobre los muros y sobre los jardines descollaban algunos edificios, como los palacios

reales, el templo de Belo y la famosa torre de Nemrod, que constaba de ocho pisos, de más de doscientas varas de alto el primero. Desde la cima de esta torre, que parecía tocar la bóveda celeste, presumían tratar los sabios antiguos con los dioses, secretas inteligencias ó genios que mueven los astros. Aunque tan distantes aún, y de un modo confuso, creíamos ya percibir las colosales figuras esculpidas y pintadas en las paredes exteriores de palacios y templos; aquellos toros con cabeza de hombre y aquellos hombres con cabeza de león; aquellos próceres y aquellos guerreros, ceñidos los riñones de talabartes, de que se enamoraron Oala y Oliba. El sol reflejaba desde Oriente sobre los gigantestos edificios y sobre las cien puertas enormes de la ciudad, que eran de bronce dorado. El resplandor que despedían deslumbraba los ojos. El Eufrátes y el Tigris, serpenteando y heridos también por los rayos del sol que rielaba en sus ondas, se asemejaban á dos cintas de oro en fusión que formaban un lazo.

Los batidores se habían adelantado á anunciar mi llegada. De repente vimos levantarse en la extensa y fértil llanura, entre las huertas, jardines y verdes sotos, por donde estaba abierto el camino, una nubecilla blanca que se iba agrandando. Luégo vimos una mancha oscura que se movía hácia nosotros. Poco despues

llegó á todo correr uno de mis batidores á decirme que Nanar se acercaba á recibirme con numerosa comitiva. En esto la mancha oscura se había agrandado en extremo, y empezamos á oír distintamente el són de los instrumentos músicos, el relinchar de los caballos y el resonar de las armas. Notamos, por último, el resplandor del oro y de la plata, el lujo de las vestiduras y la magnificencia de los que á recibirnos venían.

Hice entónces que el cochero aguijase los caballos, y pronto estuve cerca del Rey Nanar, que venía en un soberbio palanquin de bambú, sándalo y nácar, sostenido por doce gallardos mancebos. El Rey bajó del palanquin y yo del carro, y nos saludamos y abrazamos con mutua cordialidad.

La túnica del Rey era de tisú de oro, bordada de seda de mil colores. En el bordado se representaban todas las flores del campo y todos los pájaros del aire y todas las estrellas del éter. Llevaba el Rey una tiara no ménos estu-
penda, ajorcas y brazaletes, y por zarcillos dos redondas perlas, del tamaño cada una de un huevo de perdiz.

Su cabellera le caía en bucles perfumados sobre la espalda, y la barba formaba menudísimos rizos, artística y simétricamente ordenados. Su vestido y su persona despedían delicada fragancia. A pesar de mi severidad, no pude

ménos de admirarme de la finura del Rey Nanar, y confesé, allá en mis adentros, que era la persona más *comm'il faut* que había yo tratado en mi vida.

El Rey me alojó en su alcázar, me dió fiestas espléndidas, y me distrajo de tal suerte que casi me hizo olvidar el objeto de mi mision. Ya teníamos un concierto, ya un baile, ya una cena por el estilo de la que dió Baltasar muchos años despues. Yo no me atrevía á preguntar al Rey qué había hecho de Parsondes. Yo no comprendía que un señor tan excelente, que agasajaba y regalaba á los huéspedes con aquella elegancia y cortesanía, hubiese dado muerte ó tuviese en duro cautiverio á mi querido maestro.

Por último, una noche me armé de toda mi austeridad y resolucion, y dije á Nanar, en nombre del Rey mi amo, que en el momento mismo iba á decir dónde estaba el virtuoso Parsondes, si no quería perder el reino y la vida. Nanar, en vez de contestarme, hizo venir al punto á todas las bayaderas y cantatrices que había en el alcázar: se entiende que fuera del recinto, haren ó como quiera llamarse, reservado á sus mujeres. Las tales sacerdotisas de Milita pasaban de novecientas, y eran de lo más bello y habilidoso que á duras penas pudiera encontrarse en toda el Asia. Las muchachas llegaron bailando, cantando y tocando

flautas, crócalos y salterios, que era cosa de gusto el verlas y el oirlas. Yo me quedé absorto. Nanar me dijo, y aquí fué mayor mi estupefaccion:

—Ahí tienes al santo Parsondes en medio de esas mujeres. Parsondes, ven acá y saluda á tu antiguo discípulo.

Salió entónces del centro de aquella turba femenina uno que, á no ser por la barba, hubiera podido confundirse con las mujeres. Traía pintadas las cejas de negro, de azul los párpados, á fin de que brillasen más los ojos, y las mejillas cubiertas de colorete. Estaba todo perfumado, su traje era casi tan rico como el del Rey, su andar afeminado y lánguido; de sus orejas pendían zarcillos primorosos, de su garganta un collar de perlas; ceñía su frente una guirnalda de flores. Era el mismo Parsondes, que me echó los brazos al cuello.

—Yo soy, me dijo, muy otro del que ántes era. Vuélvete, si quieres, á Susa, pero no digas que vivo aún, para que no se escandalicen los magos, y para que sigan teniendo un ejemplo reciente de santidad á que recurrir. Nanar se vengó de mi ruda y desaliñada virtud haciéndome prisionero y mandando que me enjabonasen y fregasen con un estropajo. Despues han seguido lavándome y perfumándome dos veces al dia, regalándome á pedir de boca, y obligándome á estar en compañía de todas estas

alegres señoritas, donde he acabado por olvidarme de Zoroastro y de mis austeras predicaciones, y por convencerme de que en esta vida se ha de procurar pasarlo lo mejor posible, sin ocuparse en la vida de los otros. Cuidados ajenos matan al asno, y nadie lo es más que quien se mezcla en censurar los vicios de los otros, cuando sólo le ha faltado la ocasión para caer en ellos, ó cuando, si en ellos no ha caído, se lo debe á su ignorancia, mal gusto y rustiqueza.

Las manos me puse en los oídos para no oír semejantes blasfemias en boca de aquel sabio admirable. Desesperado y rabioso estaba yo de verle convertido en *bon vivant*, con sus puntas y collar de bribon desvergonzado; mas para evitar habladurías escandalosas, determiné aconsejar al colegio de los magos que siguiese sosteniendo que Parsondes había subido al em-píreo, y que siguiese venerando su imágen, sin descubrir nunca, ántes negando rotundamente, que Parsondes vivía con las bailarinas de Babilonia, en el alcázar de Nanar.

En esto desperté de mi sueño y me volví á encontrar en mi pobre casita de esta corte.

—Creo, añadía nuestro amigo al terminar su cuento, que con ménos riqueza y á ménos costa pueden los Nanares del día seducir á los Parsondes que zahieren su inmoralidad y sus vicios, movidos, no de la caridad, sino de la en-

vidia. Los que no estén seguros de la propia virtud y entereza de ánimo han de ser, pues, más indulgentes con los Nanares. ¡Desdichado aquel que hace alarde de virtud sin tenerla probadísima!

¡Dichoso aquel que la practica y calla!

moral tale

FIN

7

